

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NUM. 205.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1906



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

10.740

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA CARTERA DE GRAVINA

Cuando murió Gravina de resultas de las heridas que sacó del combate memorable de Trafalgar, su hermano D. Pedro, el arzobispo de Nicea y nuncio de Pío VI en España, fué el árbitro absoluto de sus papeles, los cuales, después de haber servido al cura más antiguo del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, D. Pedro Gómez Bueno, que había sido el que le había prestado los últimos auxilios espirituales, para el *Sermón fúnebre* (1) que predicó en las solemnes honras que el 22 de Marzo de 1806 se celebraron en la Real Parroquia de Santiago de la misma ciudad, por mano del capitán de fragata graduado D. Tomás de Barreda, ayudante que había sido durante muchos años del ínclito general, fueron traídos á Madrid y dirigidos á la calle del Colmillo, núm. 13, cuarto principal, donde á la sazón vivía el ingeniero naval D. José Mor

(1) *Sermón fúnebre | predicado | en las Exequias del Excmo. Sr. | D. FEDERICO GRAVINA | capitán gral. | de la Real Armada de España | gentilhombre de Cámara de S. M. | Caballero Gran Cruz | de la Real y distinguida Orden | de Carlos III | y asimismo | del orden de Santiago, etc., etc. | celebradas el 22 de marzo del año 1806 en la Real Parroquia de Santiago de la ciudad | de Cádiz, por el clero de esta Iglesia, á impulsos del amor al expresado General difunto, con | asistencia de varios Señores Tenientes Generales de la Real Armada, Jefes y Oficiales militares de la Plaza | Por | D. PEDRO GÓMEZ BUENO, Cura más antiguo del Sagrario de la Santa Catedral de Cádiz, con | destino á la mencionada Real Parroquia | =Con licencia= | Impreso en la Casa de la Misericordia de | dicha ciudad, año de 1806.—4.º—38 páginas.*

de Fuentes, para, en vista de ellos, escribir su *Elogio* (1). Luego que llenaron tan importantes objetos, cumpliendo con la disposición testamentaria, se le entregaron al Príncipe de la Paz, con otras mandas que le estaban destinadas. Quadrado cometió un error al escribir la biografía de Escaño, diciendo que á éste dejó su bastón de mando en recuerdo de haberlo ejercido en su nombre á bordo del navío *Príncipe de Asturias* cuando Gravina fué retirado herido de la toldilla (2). El bastón de Gravina, por los mandatos de su testamento, se le entregó al general Mazarredo, su espada al general Alava, y al general Escaño sus instrumentos náuticos. Al Príncipe de la Paz fueron consagrados diversos objetos, entre ellos sus cuadros y láminas, de que se formó *Catálogo*, y el tesoro de sus papeles, que formaban su bien henchida cartera.

Las aficiones artísticas del general Gravina, según del *Inventario* referido se colige, difería mucho de las que á la sazón predominaban en lo común de las gentes, hasta las más ilustradas. Todavía al pincel y al cincel no se le pedían, por lo general, sino efigies de santos ó escenas relacionadas con los asuntos sagrados. En las colecciones de Gravina no había más que retratos, algunos de historia y algunos de batallas, principalmente de las navales en que él había intervenido. El orden con que esos retratos y esas batallas se mencionan en el documento referido es el siguiente:

CUADROS PEQUEÑOS: Retrato de Mlle. La Chevalière.—

(1) *Elogio del Excmo. Sr. D. FEDERICO GRAVINA, Capitán General de la Real Armada*, por D. JOSÉ MOR DE FUENTES. Madrid, imprenta de Repullés, 1806.—En 8.º

(2) *Elogio histórico del Excmo. Sr. D. ANTONIO DE ESCAÑO, Teniente General de Marina; Regente de España de Indias en 1810; Comendador de Carrigosa en la Orden Militar de Santiago, é individuo honorario de la Real Academia de la Historia*, por D. FRANCISCO DE PAULA QUADRADO Y DE-ROO, Académico de número, Capitán de navío graduado y retirado de la Armada, Ministro plenipotenciario, etc., etc. (Madrid, imprenta de la Real Academia de la Historia, á cargo de José Rodríguez; 1852.)

Idem de Mlle. Hanson, inglesa.—Idem del general Landon.—Retratos del rey Luis XVI y de María Antonieta.—Retrato de Juan Pablo Marat.—Idem del general Pichegrú.—Idem del Duque de York.—Idem del general Carlos, conde de Clarifast.—Idem de M. Bertrand Barrère de Vienzac.—Idem del príncipe Francisco Valentino, director de las baterías de Mantua.—Idem del conde Dagobert S. Wurmser.—Idem del abate Mary.—Idem del general Hoche.—Idem del conde José Canto.—Idem de la Duquesa de York.—Idem de Mlle. Antonia Carlota Corday.—Idem del rey de Prusia Federico Guillermo II.—Idem de Carlos Jou.—Idem de Federica Luis Stonig.—Idem del general Mollendorff.—Idem del general (*sic*) Robespierre.—Idem de M. Barthelemy.—Idem del general Dumouriez.—Idem de la princesa María Carlota, hija de Luis XVI.—Idem del general Custine.—Idem del general Comburg.—Idem de lord Pitt.—Idem del general Massena.—Idem del Papa Pío VI.—Idem del general Jourdan.—Idem del general Roccacian.

CUADROS MEDIANOS: Retrato de una niña.—Idem del general Kleber.—Idem del rey de España Carlos III.—Idem del rey Fernando IV de Nápoles.—Idem de D. Antonio de Pinerá.—Otro de otra niña inglesa.—Otro de Carlos III.—Retrato de la reina María Luisa, mujer de Carlos IV de España.—Idem del general Bournonville.—Idem de Cristóbal Colón.—Idem del general Moreau.—Idem del general Berthier.—Medalla de Luis XVI.—Retrato de Napoleón Bonaparte.—Idem de Federico II de Prusia.—Idem de José II, emperador de Austria.—Idem de la reina de las Dos Sicilias.—Idem de Carlota Tucan, inglesa.—Cuatro cuadros de combates navales.—Cuadro con el plano topográfico-militar de la plaza de Rosas.—Retrato de Gustavo III, rey de Suecia.—Cuadro del mausoleo del Caballero Piñera.—Varias cartas topográficas.—Retrato de una niña inglesa.—Idem del duque de Alba.—Idem del conde de Floridablanca.—Idem de Luis XVI y el Delfín.—Idem de Carlos IV.—Idem de Jorge III de Inglaterra.—

Idem de Carlos IV á caballo.—Idem de una mujer musulmana.—Panorama del Hospital de Greenwich.

CUADROS GRANDES: Doce de Volpato, con vistas del Vaticano. — Otros diez y nueve, apaisados. — Otros diez y seis de diferentes objetos.—Cuatro de batallas navales.—Gran retrato del Príncipe de la Paz.—Diez lienzos representando todas las hazañas del general Gravina. Estos diez lienzos, por su orden, fueron remitidos á Palermo para que quedasen en su familia.

De la enumeración de estas pinturas y estampas puede deducirse algo de las aficiones y algo del carácter moral de Gravina. Por lo pronto, la repetición en varios tamaños del retrato de *Una niña inglesa*, engendra la sospecha de que también el ilustre marino español pudiera haber tenido su lady Hamilton, como Nelson. En las tertulias aristocráticas de Madrid á que él concurría cuando se hallaba en la Corte, consta que era muy estimado por las damas, y cuando fué elevado al rango de teniente general de la Armada, el ministro de la Guerra, don Antonio Valdés, al darle sus plácemes, no sólo le hablaba de la satisfacción con que este premio había sido recibido en el círculo de su familia, en el que Gravina era muy querido, sino que le añadía: «Hoy escribirán á usted muchos dándole la enhorabuena, entre ellos la duquesita y el duque de Alba, que me dijeron ayer me enviarían su carta para usted». Esta duquesita de Alba era aquella romántica dama, amiga de literatos y artistas, sobre quien injuriosamente tanto se ha debatido sobre si fué ó no retratada por Goya en actitud impúdica. De su amor á los reyes da testimonio la gran copia de retratos de los que á la sazón reinaban en varios Estados de Europa, que se encuentra en el Catálogo, haciéndose distinguir aquellos á quienes debía gratitud, veneración y vasallaje, como Carlos III, Carlos IV y María Luisa de España, ó aquellos cuyos trágicos destinos, en medio de la revolución sangrienta de Francia, habían levantado en su favor los sentimientos de humanidad de todo el Continente, como Luis XVI, María Antonieta y sus hijos, el Delfín y los demás príncipes franceses.

No por esto faltaban en la colección algunos retratos de las figuras más patibularias de la Revolución, como Marat y Robespierre, al lado de la figura idealizada de Carlota Corday. Pero los que se sobreponen á todo son los generales más insig-nes de su siglo, el mismo Napoleón, Moreau, el conde Dagobert y Dumauriez, contra quienes él mismo peleó en las costas de la Provenza; Massena, Jourdan, Berthier, Kleber, que recuerdan las campañas de Bonaparte, entre figuras históricas como las de Cristóbal Colón y el gran duque de Alba, y entre estadistas modernos, como Floridablanca y el Príncipe de la Paz. Su afición á Inglaterra también se descubre, así en el retrato de sus monarcas y príncipes, como en los de Pitt y algunos otros de sus hombres célebres de aquella época.

De los libros que poseyó no puede formarse otro juicio sino de que su biblioteca, no muy numerosa en volúmenes, y que dejó al ministro Valdés, sólo se componía de libros de ciencia, historia y arte militar. No por eso carecía de inclinaciones literarias. Casi todas sus acciones militares se prestaron á los elogios pindáricos de las musas italianas y castellanas, llamando mucho la atención que entre las muchas poesías apologéticas que se le consagraron, unas impresas y otras conservadas manuscritas en sus carteras, la mayor parte aparecen anónimas. Él mismo compuso versos en italiano y en castellano, y en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, donde se custodian muchos de sus papeles íntimos, hay, entre las poesías aludidas, una *Sextina* en italiano, toda escrita de su puño y letra, y un poemita de octavas castellanas que, aunque con letra de un buen calígrafo de la época, evidentemente es suyo, denunciándolo así, no sólo lo prosaico de sus pensamientos, como de un hombre que, como otros muchos, por exceso de imaginación y de cultura escribía versos sin sentirse poeta, sino por la multitud de italianismos que se notan en la construcción de su lenguaje (1).

(1) Esta composición, escrita en un cuaderno de cinco pliegos sueltos,

La *sextina* italiana, toda autógrafa suya, está concebida en los términos siguientes:

SESTINE

Stava la vaga Rosa si bagnata ;
 Passa divotta pioggia in via caduta
 Quando ad Anna Maria l'aveva data
 Che dal pesante l'arco già abbattuta:
 Gener pareva quasi afflitta e mesta
 Sotto al gran peso la sua bella testa.

Così pieno d'amor il bacio stava
 E le umide foglie asperse tanto,
 Ch'alla distratta vista rassembrava
 Che per li suoi rampolli era quel pianto:
 Si quai di lasciar tanto gli spiacque
 Nel florido cespuglio ove ella nacque.

Piglio sorco come era il vago fiore
 Prontamente per farne adorno al petto
 Grondanio ancora il cristallino amore
 Ascueterlo aspramente poi m'affretto;
 Ma così bruscamente o incanto ossio
 Si trance e spezza e cade al suor natio.

Queste, gridai allor, son le spietate
 Manier che spesso un debil nom dirige,
 Verso tenere menti e delicate
 Senza pensar che strazia e che trafigge:
 Ad un afflito e sconsolate core
 Pour troppo già somnesso al suo dolore.

en 4.º, no lleva título alguno, y se compone de treinta y tres octavas reales. Empieza así:

Inspira, oh sabia mía musa, hermosa Clío,
 Bellos conceptos de escucharme dignos...

(*Arch. Hist. Nac.*—Papeles de Gravina.)

Se questa Rosa io l'avessi meno
 Scossa agitata ella neavvrebbe ancora
 Piú di fiorito alla sua donna in seno,
 Che tergendolo le lagrime talora:
 Con delicate mani ad un bel viso
 Suele spesso seguir gentil sorriso.

Fuera de estas dos composiciones, que hay datos bastantes para poderlas atribuir, como ensayos literarios, al mismo don Federico Gravina, las demás que se hallaban entre sus papeles eran elogios dedicados á él y á sus empresas militares, como el *Soneto al brigadier Gravina al desembarcar tropas al socorro de la plaza de Orán*, que empieza:

Tú, Gravina, otro Marte sin segundo,
 ansioso de más gloria y más laureles,
 pretendes te tributen los infieles
 coronas que te cede todo el mundo...

Fácilmente se comprende que este soneto se escribió de 1783 á 1786, cuando se le confió el mando de una división de jabeques que en Febrero y Marzo del primero de estos años cruzó y bloqueó á Argel, y con la que concurrió de 1784 á 1785 á las demás expediciones contra los moros, empleando el de 1786 en otras comisiones de guerra en el Mediterráneo. Las composiciones en elogio de los hechos militares de Gravina que se guardan en el Archivo Histórico Nacional y en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid son varias, y, como ya se ha dicho, las hay en las dos lenguas italiana y castellana, y las hay impresas y manuscritas. Ya fuera por las inclinaciones literarias de Gravina, ya por la benignidad de su carácter y el fácil acceso que por él se lograba á su amistad, ello es que pocos hechos militares en España han sido inmortalizados por la poesía como el desastre glorioso de Trafalgar, el conjunto de sus héroes y la misma personalidad

del que mandó en él la escuadra española. Fernández Duro, en el tomo VIII de su *Armada Española*; Larrubiera, en su hermoso artículo de los *Homenajes de la poesía á la batalla naval de Trafalgar*, han compilado algunas de las composiciones escritas para exaltar aquella brillante efeméride del valor español. En el conjunto de estas composiciones se les han escapado algunas muy importantes y, sobre todo, las que exclusivamente se refieren á la glorificación de Gravina. Es de tanto interés nacional cuanto al desastre de Trafalgar se refiere, que bien merece el tributo que entonces la poesía rindió á sus héroes hacer una enumeración más exacta, mientras llega el día que el libro definitivo de Trafalgar que la Patria reclama á los escritores de España las reúna y las compendie todas. El nuncio D. Pedro de Gravina, hermano del general, reunió también muchas de estas poesías, las cuales, con algunos otros documentos y datos preciosos, las añadió á los papeles de su hermano antes de remitirlos al Príncipe de la Paz. Las composiciones que á este objeto conocemos son las siguientes:

I. QUINTANA (D. Manuel José).—Oda á los marinos españoles en el combate de 21 de Octubre. (Madrid: Imprenta Real, 1805.)—Se han hecho de ella muchas ediciones, una de ellas en inglés.

II. ARRIAZA (D. Juan Bautista), teniente de fragata.—La tempestad y la guerra ó el combate de Trafalgar, en honor de los marinos españoles que se hallaron en él.—Oda imaginada en París á 31 de Enero de 1806.—(Madrid: Imprenta Real, 1806.)

III. MOR DE FUENTES (D. José), ingeniero naval.—El combate naval de 21 de Octubre.—Silva dedicada al excelentísimo Sr. D. Antonio Escaño, teniente general de la Real Armada. (Madrid: imprenta Velasco, 1805.—Reimpresión en Cádiz en la Casa de Misericordia, 1805.)

IV. SALAMANCA (D. Secundino), brigadier de la Real Armada.—Octavas á la batalla naval del día 21 de Octubre de 1805, á la vista de Cádiz, entre la escuadra inglesa y la combi-

nada de Francia y España, por un individuo de la última, en obsequio de su respetable jefe é ilustres compañeros.—(Reimpresa en Méjico por D. Mariano de Zúñiga, 1806.—Cádiz: en la Casa de la Misericordia, á beneficio de los pobres de ella, 1805.)—(Alcalá Galiano en sus *Memorias* descubre al autor de esta composición, de la que cita las octavas referentes á la muerte de su padre, el brigadier D. Dionisio, á bordo del navío *Bahama*.)

V. CARNERERO (D. Mariano).—Al combate naval del 21 de Octubre.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1805.)

VI. SÁNCHEZ BARBERO (D. Francisco; entre los árcades romanos, *Floralbo Corinthio*).—Composiciones poéticas sobre el combate naval del 21 de Octubre de 1805.—Tres odas dedicadas al Excmo. Sr. Duque de Berwick y Alba.—(Madrid: imprenta de la Administración de B. Art. de Beneficencia, 1805.)

VII. GÁLVEZ (D.^a María Rosa).—Oda en elogio de la Marina española.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1806.)

VIII. M. D. F.—Oda á los poetas españoles que celebraron el combate naval del 21 de Octubre de 1805.—(Madrid: imprenta de la hija de Ibarra.)

IX. C. T. C. R.—Relación en la que se elogia sencillamente á los héroes del combate del 21 de Octubre, sostenido por la escuadra combinada contra la inglesa mandada por el almirante Nelson, escrita en verso octosílabo.—(Madrid: imprenta de Tomás Albán, 1805.)

X. M. B.—Oda á la heroicidad de nuestros marinos en el combate del 21 de Octubre.—(Madrid: imprenta de Repullés, 1806.)

XI. CANGA ARGÜELLES (D. Bernabé).—*Hispanis militibus navali adversus britannos praelio interfectis: Anno MCCMV.*—(Sin lugar de impresión.)

XII. Oda latina en elogio de los militares españoles que murieron en el combate naval el día 21 de Octubre.—Sin nombre de autor.—(Madrid, 1805.)—(Citada por el Sr. Fernández Duro en el tomo VIII de su *Armada Española*.)

XIII. Canción al combate naval del 21 de Octubre.—Sin nombre de autor.—Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de Madrid.

XIV. MARÓN (Martínez de la Rosa?).—Oda sobre el combate naval del 21 de Octubre de este año (escrita y fechada en Granada).—Inserta en la revista periódica de Madrid titulada *Minerva ó Revisor General*.

XV. MAURY (D. Juan María).—La agresión británica: poema.—(Madrid: Imprenta Real, 1806.)

XVI. FERNÁNDEZ DE MORATÍN (D. Leandro—*Inarco Celenio* P. A.).—La sombra de Nelson.—(Madrid: imprenta de Villalpando, 1805.)

XVII. SABIÑÓN (D. Antonio: A. S. A.).—Entrada pública del almirante Nelson en la corte de Plutón el día 23 de Octubre de este año.—(Madrid: imprenta de D. Tomás Albán, 1805.)—(La declaración del nombre la hizo el Sr. Mesonero Romanos, D. Ramón.)

XVIII. GONZÁLEZ (D. Tomás), presbítero.—El túmulo de Nelson.—(Salamanca: imprenta de D. Francisco de Tózar, 1805.)

XIX. LAIGLESIA Y DARRAC (D. Francisco).—Composiciones poéticas en la muerte del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, capitán general de la Real Armada, etc., acaecida en Cádiz el 9 de Marzo de 1806, de resultas de la herida que sufrió en un brazo en el combate naval de 21 de Octubre de 1805.—(Cádiz: imprenta de D. Manuel Quintana, 1806.)

XX. HORE (D.^a María de).—Soneto y octava á la memoria del capitán general de la Real Armada D. Federico Gravina, muerto á consecuencia de la herida que recibió en el combate naval del 21 de Octubre del año pasado de 1805.—(Hoja impresa, anónima y sin pie de imprenta, mas publicada en Cádiz. El nombre de la autora se declara en un manuscrito inédito de sus versos, en el que estas dos composiciones se hallan incluídas.)

XXI. M. B. G. S.—En elogio del Excmo. Sr. D. Federi-

co Gravina, capitán general de Marina, etc. Oda.—(Madrid: imprenta de Alvarez, 1806.)—(Este opusculillo va enriquecido con el retrato de Gravina, grabado por Perotti.)

XXII. *Anónimo é inédito*.—Al suntuoso aparato de las honras del Excmo. Sr. D. Federico Gravina, capitán general de la Real Armada.—Soneto.—(De los papeles que el nuncio D. Pedro entregó al Príncipe de la Paz.)

XXIII. PEROTTI (Prete Giovanni).—In occassione che vennero celebrata con solemne pompa le exequie per l'anima dell' Escellentissimo Signore D. Federigo Gravina. Soneto.

O mai vicina all'ultima partita
L'alma di Federico, intorno accesa
Frá la virtú, gia sue compagne in vita,
Vede una dolce, amabile contesa.
D'esserle guida all'inmortal salita
Vuole ciascunia l'onorata impresa;
Senno, rolor, i temperanza addita
I suoi gran fasti, onde alla gloria é ascesa.
Quando sorge la Fede, ah sol degg'io,
Dice, che piu d'ogn'altra al Facitore
L'assomigliai, or ricondurla á Dio.
Detto, la spoglia del mortal suo velo,
L'abbraccia, la solleva, e l'altre suore
La seguon poscia per la via del cielo.

Este soneto se halla impreso en un pliego que á la vez contiene los tres epitafios latinos que se pusieron en el catafalco, y se imprimió *Gadibus: anno MDCCCVI, ex typographia Emmanuelis Quintana*, siendo también de los documentos que el Nuncio D. Pedro Gravina añadió á los que su hermano dejó para el Príncipe de la Paz.

XXIV.—Elogio fúnebre | dedicado á la buena é ilustre memoria | del Excmo. Sr. D. Federico Gravina | Caballero Gran Cruz del Real y distinguido orden de Carlos III, Gen-

til | hombre de S. M., etc. | Es una larga composición en endecasílabos de consonantes pareados, de los que pueden servir de muestra los siguientes:

.....

Murió Gravina, sí, ¡triste desgracia!
 ¡De la muerte cruel fatal audacia!
 que ya de su segur al presto filo
 de esta vida gloriosa corta el hilo.
 Murió Gravina, sí; ¡qué dura pena
 al alma de pesares triste llena!
 ¡Dolor inconsolable y amargura!
 que embargando la voz con la ternura,
 sólo en continuas lágrimas vertidas
 podrá explicar sus quejas tan sentidas.
 Murió Gravina, sí; nos ha faltado
 el náutico excelente, el gran soldado,
 el General insigne, cuyo aliento
 del enemigo siempre fué escarmiento
 ilustrando con triunfos y victorias
 su brillante esplendor, sus altas glorias.
 Murió... mas ¿quién murió, que repetida
 la voz inconsolable, enternecida,
 tanto nombró á Gravina, sin decirse
 la falta que en su falta va á seguirse?
 Faltó la vida al héroe que admiraron
 y las grandes naciones observaron
 coronar la cabeza de laureles
 sus contrarios pugnando más crueles.

.....

Al pie de esta composición hay una nota que dice: «Este elogio fúnebre está extractado de la obra intitulada *Historia general de la escuadra combinada hispano-gala*, poema heroico, por el P. FRAY PATRICIO JOSEPH DE SEVILLA, capuchino». Se halla también en la *Cartera de Gravina*.

XXV. PARDO DE ANDRADE (D. Manuel), presbítero.—*La Herculana*, poema inédito, del que sólo se conoce el episodio de la batalla de Trafalgar, inserto en el *Elogio de Churruca*, de autor desconocido.

La cartera de Gravina solamente contenía algunas de las composiciones escritas ó publicadas antes de su muerte, y muchas anteriores á Trafalgar. De las más relacionadas con el último hecho de armas en que tomó parte, es una *Silva en elogio del general Gravina, que batió la escuadra inglesa al mando del vicealmirante sir Robert Calder, compuesta de 16 navíos, con solos seis españoles, el 22 de Julio de 1805, en el cabo de Finisterre*, que manuscrita se conserva, pero sin nombre de autor.

Como antes se ha dicho, ¿eran sus inclinaciones literarias ó la atracción de su carácter afable las que hacían que á cada una de sus acciones respondiese la poesía con sus aplausos líricos, ó era que su exquisita sensibilidad hacia los homenajes de la lisonja inducía á los ingenios de su tiempo á rendirle estos tributos más ó menos interesados? Revolviendo la cartera de sus papeles íntimos, se encuentran otras muchas piezas de congratulaciones y elogios, no escritos en verso, sino en prosa, y rendidos por otros elementos en que no cabe sospechar ningún interés mezquino. Una de las páginas más brillantes de su vida militar es la de sus campañas del año 1793 y los sucesivos, hasta la terminación de la guerra del Rosellón, con la República francesa. Al empezar el año referido, se le destinó á una expedición á las potencias marítimas del Norte de Europa, en unión con el capitán de navío D. Joaquín Valdés, hermano del ministro de Marina, D. Antonio. Después de visitar á Inglaterra é Irlanda, cuando se disponía para pasar por Holanda al continente, sobrevino la coalición de Europa contra la Convención francesa, y recibió órdenes de restituirse al Ferrol para que tomara el mando de una división que había de operar en el Mediterráneo; enarbolando su insignia en el navío *San Hermenegildo*, se trasladó del Ferrol á Cartagena, don-

de se incorporó á la escuadra del general D. Juan de la Lán-gara, y el 27 de Agosto á la inglesa, que mandaba el almirante lord Hood, empeñada en salvar en Tolón los últimos restos de la lealtad monárquica en Francia. Dos días después, una diputación de la plaza visitó á bordo á los dos jefes, lord Hood y Gravina. Inmediatamente después se presentaron ante la ciudad, y sin librar combate alguno lograron reducir plaza, castillos y fuertes. Entonces se concedió á un general inglés el mando de la plaza, y el de las fuerzas marítimas aliadas á Gravina. Desembarcaron 600 hombres de las dos escuadras, que salieron á operar en el acto contra los soldados jacobinos insurgentes en Olisulla, á dos leguas de Tolón, y no sólo fueron contenidos los movimientos de éstos, sino batidos y puestos en fuga, cogiéndoles dos cañones, dos banderas y 30 prisioneros. Reforzados los franceses, se presentaron de nuevo en la primera decena de Septiembre (6 y 9), y el 1.º de Octubre atacaron y forzaron 1.500 hombres de tropas enemigas el importante puesto de la Masque, apoderándose de la avanzada y reductos de la montaña que dominaba el fuerte Faraón. Era preciso recobrarle antes de que los enemigos lo artillasen. En la misma mañana, al frente de otros mil y quinientos hombres españoles, napolitanos é ingleses, Gravina, abandonando la pompa con que aquel día se celebraba la reapertura de las Iglesias y se enarbolaba el pabellón blanco, se presentó ante la línea francesa, repartió su fuerza en tres columnas, tomó el mando de la del centro, avanzó trepando, bajo el fuego del fusil jacobino, la montaña escarpada é inaccesible á pecho descubierto, y á las tres de la tarde sus bravos españoles con algunos soldados napolitanos cargaron al enemigo. Al entrar en sus reductos, una bala de fusil hirió á Gravina, atravesándole la pierna izquierda; pero por esto él no interrumpió su avance, continuando la refriega hasta alcanzar una completa victoria.

La *Gaceta de Madrid* (15 de Octubre), al dar noticia de este hecho, decía que el Consejo general de Tolón del día siguiente de la acción presentó á Gravina una corona de laurel,

en nombre de las secciones, dándole las gracias en un escrito, que, traducido, se expresaba así: «*Las Secciones de Tolón al General español Gravina.*—Digno y valeroso jefe de intrépidos soldados: los habitantes de Tolón, tan sensibles y reconocidos á vuestros beneficios, como justos apreciadores de vuestras virtudes políticas y guerreras, vienen á ofreceros sus respetos. Habiendo sido testigos de vuestro valor y de vuestra victoria, jamás olvidarán el día memorable en que, unidos por vuestra protección bajo las banderas de la Monarquía, han jurado fidelidad á su Soberano, ni aquel en que han visto rendidos por vuestras armas protectoras los viles y odiosos satélites de los tiranos franceses, atrevidos destructores del orden y de la felicidad pública. Generoso guerrero, vuestro valor y el de vuestros soldados merecen fiestas triunfales y trofeos gloriosos; pero nosotros os los reservamos para aquellos momentos felices en que, entregados únicamente al afecto y sensibilidad de los tolonenses, podáis cada uno de vosotros tener parte y gozar el espectáculo tierno de la gratitud y regocijo general de todas nuestras familias. Recibid entretanto este ramo de laurel, que siempre fué el premio de la victoria. Este homenaje sensible y modesto es muy propio de guerreros que más bien combaten por la humanidad que por la gloria. Haced partícipes de él á los compañeros de vuestras armas, á aquellos generosos soldados, dignos de pelear á las órdenes de un jefe tan intrépido. Émulo de los héroes de la antigua Grecia, permitid, en fin, á unos hombres cuyo amor habéis adquirido tan justamente, os rueguen que moderéis vuestro ardor guerrero, y que conservéis para nosotros y para vuestros intrépidos soldados los preciosos días de su denodado jefe. Aquiles, el memorable Aquiles, no era invulnerable. No os expongáis, pues, á que los sentimientos de alegría debidos á vuestro valor y á vuestras gloriosas victorias sean acibarados con lágrimas de dolor. Los comisarios de las Secciones y del Consejo general de Tolón, á dos de Octubre de 1793, año primero del reinado de Luis XVII.—GAUTIER.—Seguían otras diez y seis firmas.»

La cartera de Gravina contiene otro mensaje original no menos expresivo, encabezado con estas líneas:—«*Compliment à son Excellence Monsieur le Comte de Gravina, nommé Lieutenant General de l'Armée de S. M. Catholique et ayant le commandement en Chef des forces de Puissances coalisées*».—Esta felicitación, motivada por la elevación de Gravina al empleo de Teniente General, como premio á la victoria de la Masque y á la herida recibida en aquella acción, tiene tonos que deben ser conocidos para completar la noción del carácter de Gravina. Su texto original está concebido así:

«Vous nous aviez fait éprouver presque toutes les impressions dont le cœur humain peut être susceptible: l'admiration, la reconnaissance, l'attendrissement, la crainte et la douleur. Il nous restait encore un sentiment bien doux à connaître: c'est celui de la joie et votre présence qui nous annonce une convalescence heureuse nous fait éprouver ces sentiments jusqu'au transport. ¡Oh jour heureux pour la France et pour vous! La gloire de Votre Excellence se lie pour jamais au bonheur de notre Patrie, et l'histoire qui consultera un jour l'événement miraculeux qui a sauvé Toulon, et avec Toulon la France entière, consacrerá au même temps vos vertus et vos bienfaits. Ce n'est pas à nous qu'il appartient d'apprécier les talents militaires de Votre Excellence: la renommée les a d'ailleurs publiées depuis long temps, et votre auguste Souverain par une juste et éclatante récompense vient de fixer votre rang parmi les guerrières de l'Europe. Mais ce qu'il nous appartient d'apprécier c'est cette douce et aimable sensibilité qui vous caractérise; c'est cette bonté facile avec laquelle vous accueillez tous les français comme s'ils étaient les sujets de votre Roi et comme vos propres enfants. C'est surtout ce dévouement sublime avec lequel vous avez bravés tous les dangers, par nous délivrer de nos tyrans populaires et nous restituer notre liberté, notre Religion, notre Roi. ¡Ah! ¡quel mot vient-je de prononcer! Ce mot qui nous rappelle l'objet le plus cher à nos cœurs, nous rappelle aussi des

souvenirs affreux que de torrents et de suite des larmes ne pourront jamais effacer! Osserions-nous, Mr. le Comte, demander à Votre Excellence une grace que la France et votre Patrie sollicitent avec nous? Retenez à l'avenir ce courage heroique qui en expossant trop souvent vos jours precieux compromet la plus vertueuse et la plus sainte emprise qui jamais ait été formée. Mais vous savez malheureusement qu'il n'est point invulnerable. Laissez nous jouir long temps de la satisfaction delicieuse de venir vous offrir l'hommage de notre admiration pour vos talents, de notre veneration pour vos vertus et de nos vœux pour votre bonheur!» Lo curioso es que manifestaciones análogas se hacían en Londres, en favor de Gravina, hasta en los discursos anuales de su lord Corregidor y en los del Parlamento, como puede verse en *The substance of a speceh made by lord Auckland in the House of Lords, on the occasion of a motion made by the Marquis of Lausdown*, de que también la cartera de Gravina guardaba un ejemplar (1).

La no muy numerosa correspondencia particular é íntima que en esta cartera se conservaba, y que ha llegado hasta nosotros indudablemente muy diezmada, se hace interesantísima, porque en ella residen todos los datos biográficos de Gravina en la esfera particular. Claro es que, dada su carrera, sus distintas posiciones en ella y la sucesión continuada de sus servicios públicos, en esta correspondencia sostenida con personajes públicos también, no sólo se detalla lo interior de su vida particular, sino lo general y visible de su existencia oficial. La más extensa de todas es la sostenida con el ministro de Marina de Carlos IV, D. Antonio Valdés. Consta de noventa y seis cartas y volantes, desde 1792 hasta 1806. Todos los actos de la vida de Gravina en esos años están relacionados con ella; entre los dos ilustres marinos existía una estrecha intimidad que alcanzaba á la familia toda de Valdés, la cual

(1) London: Printed, for J. Walter, Charing-Cross.

tomaba una parte muy interesante en todos los sucesos de la vida militar del primero. Con todo, á pesar de esta intimidad de una amistad estrecha, Gravina no tuteaba á Valdés, como tuteaba al Príncipe de la Paz y á los generales de la Armada, Mazarredo y Grandallana. Por una comunicación de oficio á este último cuando desempeñó el Ministerio, se conoce cómo Gravina pidió á Escaño para que fuese su Mayor general en 1802. Se le había designado para el mando de una de las escuadras del Océano, y se le había indicado la conveniencia de que marchase pronto á tomar posesión de él, y Gravina contestaba: «Acabo de recibir la orden que V. E. me comunica de haberme S. M. nombrado para el mando de una de las escuadras que componen la Armada del Océano, y que al efecto debo desde luego transferirme al departamento de Cádiz á encargarme al mismo tiempo de la más activa habilitación, ya mandada hacer, de los navíos y fragatas que en el día no necesiten de carena, en el concepto de que es el ánimo de S. M. que en aparejos, velamen y cables salgan los buques á satisfacción y con el plus de gente de mar y guarnición que corresponde por reglamento al tiempo de guerra, imponiendo de todo al capitán general interino y al intendente del departamento para que corran á su cumplimiento, y que puedo desde luego arbolar mi insignia en el navío *Santa Ana*. Me pondré prontamente en marcha para el departamento de Cádiz para ejecutar la Real orden de S. M., procurando por mi parte la más pronta habilitación de los buques mandados armar y cumplir con la mayor exactitud y celo del mejor servicio con este mando que la benignidad de S. M. ha confiado á mi cuidado; y deseando con más acierto poder desempeñar un cargo de tanta importancia, suplico á V. E. haga presente á S. M., á fin de que me conceda para Mayor general de la escuadra al brigadier D. Antonino Escaño, de cuya inteligencia conocida podré prometerme de tener mejor éxito en las comisiones que S. M. se digne fiar á mi cargo».

Si por esta minuta autógrafa se revela que no es cierta

la desatención, supuesta por muchos escritores, sobre todo Mr. Thiers, en que se mandaba navegar á los buques y á las escuadras españolas, pues se le comunicaba á Gravina que se había dado orden para que los que habían de formar su escuadra fuesen bien pertrechados de aparejos, velamen y cables y con el plus reglamentario de la gente de mar y de guarnición del tiempo de guerra, en otras cartas de la correspondencia con el Príncipe de la Paz (sesenta cartas desde 1793 hasta Febrero de 1806), se ve con qué recursos pecuniarios se mandaban acometer las empresas más comprometidas. Una carta de Gravina dirigida á Godoy desde la bahía de Cádiz, con fecha del 13 de Febrero de 1798, decía de esta manera:—«Mi amado y estimado Príncipe: En ninguna ocasión he necesitado más de tu favor y amistad que en ésta, pues la creo más ardua y azarosa que ninguna: así, espero me favorezcas como siempre. Como conocerás, es regular que los ingleses, conociendo la importancia de conservar la isla de la Trinidad, habrán procurado fortificarla y asegurarla; y así, me parece corto el viático de 300.000 reales para intentar su reconquista. Las cuatro fragatas de la división del capitán de navío D. Manuel Emporan, que conducen para otro destino 600.000 reales, deben pasar en su navegación por la isla de la Trinidad: así, me parece sería conveniente viniesen conmigo hasta asegurar, si es posible, aquella empresa, y marchar después con su rumbo; bien entendido que no las detendría yo un día más de los que necesitase. Espero en tu favor, celo y buen deseo para el mejor servicio, que te avengas á ello, y que me darás contestación favorable, exponiendo á S. M. las razones en que me fundo. Las noticias de la escuadra te las da Mazarrredo, etc.» La contestación de Godoy fué la siguiente, fecha 19 de Febrero:—«Mi estimado Federico: Opiné como tú; pero la expedición no tendrá efecto por ahora. Tranquilízate, pues, y manda á tu amigo—MANUEL.»

Son curiosas é importantes las cartas con el general don Juan de Lángara durante las operaciones auxiliares de la gue-

rra del Rosellón, y las diplomáticas de 1801 y 1802 con los ministros D. José Antonio Caballero y D. Pedro de Cevallos, y superiormente interesantes las doce íntimas con los príncipes Luis de Parma y María Luisa de Borbón, reyes de Etruria. Pero como el nuncio, D. Pedro Gravina, añadió algunos documentos posteriores á la muerte de su hermano el general Federico, á la cartera que en su nombre entregó al Príncipe de la Paz, hay entre ellos tres papeles, que íntegros deben ser trasladados aquí, ya que por ventura permanecen al cabo de un siglo enteramente inéditos y desconocidos. Los tres son motivados por la herida y muerte del caudillo: el primero procede de Palermo, donde Gravina había nacido y se conservaba su casa paterna; el segundo, del ministro de Marina del Gobierno imperial de Napoleón, Decrés, y el último de lord Collinwood, el almirante británico que sucedió en el mando de las escuadras inglesas en Trafalgar, cuando lord Nelson fué herido y murió. La carta de Palermo, de Enero de 1806, estaba dirigida al mismo *Monsieur L'Admirat de Gravina, Lieutenant general des Armées navales de S. M. C.*, y decía:

«Excellence: J'ai pris autant d'intérêt que personne à la blessure que vous avez reçue, et j'ai fait les vœux bien ardents pour votre retablissement. La gloire que vous vous etez acquise dans ce dernier combat à jamais memorable, rejàillit sur la brave nation espagnole, et S. M. C. en vous conferant la suprême dignité dans ses armées, vous a rendu justice. V. E. a fait tout le qu'on pouvait attendre d'un brave et habile general. Si votre gloire s'est accrue dans un combat si sanglant et si echarné qu'on n'en a jamais vu de semblable, on a l'esperance que quand V. E. dirigiera seul et à sa volonté toutes les operations elle savra maitriser le dèstin et s'assurer outre la gloire tous les avantages qui son dues à la plus juste cause. Palerme se glorifiera toujours de vous avoir vu naître, et ceux qui ont en la bonheur de vous voir en particulier et de connaître votre caractère, aimant et genereux, apprecieront encore mieux le heros. Comme pouvais-je oublier les bontés dont

vous m'avez honoré? Je ne sais point si je resterai en Sicile. S. M. S. s'étant engagée mal à propos dans une guerre qu'elle ne pouvait pas soutenir et s'étant laisser entraîner dans le pacte anglais contre ses véritables intérêts, il serait possible que cela amena des changements notables. Je ne sais pas quels ils peuvent être, mais j'ose espérer que dans les circonstances V. E. voudrait bien m'appuyer de sa recommandation auprès de S. E. le ministre des Relations Exterieures. Je sais que V. E. étant à Paris a eu la bonté de se ressouvenir de moi. Votre suffrage qui est très honorable est assurément de plus grand poid. Je prie V. E. de vouloir bien agreer au renouvellement de cette année l'expresion de mes sentiments et l'assurance du respect avec lequel j'ai l'honneur d'être—de V. E.—le très humble et très obeissant serviteur—MARSSON.»

Si esta carta era la de un protegido agradecido, veamos las de Decrés y de Collingwood, cuyo alto sentido presta un testimonio de profunda respetabilidad para la Historia. La *Gaceta de Madrid* había dado la noticia de la muerte de Gravina el día 13 de Marzo de 1806, acompañándola de una sucinta noticia biográfica del héroe. El 27 del mismo mes la reprodujo la *Gaceta de Comercio, Literatura y Política de Bayona de Francia*; el 7 de Abril apareció en la *Gazzette de France*, de París, y en *Le Moniteur Universel*. Este mismo día el ministro imperial de Marina, Decrés, así escribía al Nuncio de Su Santidad en Madrid, hermano de Gravina:

«Monsieur: Permettez-moi d'exprimer à Votre Excellence toute la douleur que m'a causé la mort de Mr. l'Amiral Gravina. Son sang a coulé noblement pour la patrie; mais ce n'est pas dans sa patrie seulement qu'il aura laissé un nom glorieux et des regrets profonds. Il ne peut être estrangèr ni à la France qui eprouva ses honorables services, ni au corps de la Marine qui conserve de lui de si touchants souvenirs. La memoire de Gravina nous appartient aussi. Et moi, Monsieur, qui ai trouvé dans des relations intimes avec lui l'occasion plus particulière de connaître les qualités eminentes qui le distin-

guaient, je dois éprouver plus vivement encore le sentiment de sa perte; mais je trouve de la consolation à le déposer dans le sein de son frère. Je prie Votre Excellence d'agréer l'expression de la très haute considération de votre très humble et très obeissant serviteur—DECRÉS.—Paris, 7 avril 1806.»

La carta de lord Collingwood fué dirigida al marqués de la Solana, comandante general de Cádiz, y en la cartera de Gravina no existe más que una copia de su traducción en castellano. Es muy breve y dice así:

«Navío *Reina*, 19 de Marzo de 1806.—El general Collingwood al marqués de la Solana, gobernador de Cádiz.—Mi señor marqués: He oído por Gibraltar el fallecimiento del almirante Gravina. Si esto, por desgracia, fuese cierto, admita V. E. mi justa condolencia por la muerte de un hombre de bien, de un digno oficial, de un héroe.—COLLINGWOOD.»

Ante estos últimos testimonios, hay que reconocer que aquellos aplausos pindáricos que la poesía le rindió durante toda su vida por la mayor parte de sus acciones militares, no eran debidos ni á la amistad apasionada ni á las interesadas complacencias. Nadie en su tiempo fué más sensible al mérito de nuestro Gravina que el mismo Napoleón. En su correspondencia con su ministro Decrés, repetidas veces se lamentó de que en la Marina francesa no existiese ningún oficial que se le pudiese comparar, ni en la resolución y la intrepidez para el combate, ni en las condiciones de mando, tan llenas de energía como de benignidad. El voto de sus favorecidos retratan su corazón colmado de virtudes humanas. Sus superiores, desde la augusta persona del rey, tenían en él la confianza que sólo inspira el genio. El Príncipe de la Paz y los demás ministros se vanagloriaban de las atracciones de su amistad y de la admiración de sus facultades. En una carta de Godoy del 20 de Noviembre de 1794, cuando Gravina defendió á Rosas, le escribía estas lisonjeras y lacónicas palabras: «Haz proezas, pues fío en ti más que en nadie». El 22 de Diciembre siguiente le repetía: «Todo lo esperamos de tu defensa de Rosas: no

veo en tus exposiciones más que una confirmación de lo que sé por otros varios, pues tu mérito es tan público como singular». El 7 de Enero de 1795: «He visto elogiada tu constancia y tu acierto. SS. MM. saben lo mismo». Cuando Rosas tuvo que ser evacuada, todavía escribía el 2 de Febrero: «En Europa no hay ejemplar de tal defensa, y sin duda llevarás á la posteridad la más grata memoria». El general Urrutia, en su carta del 6 de Julio, reconoció que «el sitio de Rosas fué sin disputa el que volvió á dar el tono á nuestro abatido ejército, y todo el mundo sabe que es á usted esencialmente deudora la nación de la gloria de una defensa tan distinguida». Cádiz no olvidó nunca la defensa que de la ciudad y el puerto hizo en 1798 contra la escuadra que la bloqueaba y bombardeaba bajo el mando de Nelson. La ciudad de Gerona le escribía también durante el sitio de Rosas: «Esta provincia, consternada por los inesperados accidentes de la guerra, se ha recobrado á los ecos del tesón con que defendéis esotra llave, adalid glorioso. Perseverad en vuestra bizarría en el instante en que los catalanes acaban de armarse, y juntos sus votos á los nuestros, se sostendrán en su trono la religión y el rey. Este país vos será otro Tolón, pero más durable y agradecido». La cartera de Gravina tenía, además de todos estos elogios patrios, diversos números del *Evening Post* y de otros periódicos de Londres, los cuales, ya fuese Gravina aliado de Inglaterra, como en Tolón, ya su adversario, como en la coalición de España y de la Marina militar con Napoleón y la francesa, siempre tuvo para él frases de la mayor admiración. Mor de Fuentes, que sentía por él una adhesión extraordinaria, intentó su retrato moral. Su elogio más sintético está en esta frase de Napoleón á su ministro Decrès: «¡Si Francia tuviera un Gravina!»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

SOBRE EL RANGO Y EL MÉRITO

DIVAGACIONES

Me ha llamado muchas veces la atención el oír exaltar las prerrogativas de la autoridad y del orden y maldecir de la anarquía á personas no nada ordenadas y sí muy anárquicas, aunque no anarquistas. Y he dado en inquirir si por debajo de ese miedo á la anarquía no hay alguna otra cosa, y si no es algo distinto de la anarquía misma lo que más se teme por ellos. Y creo haber llegado á una solución.

Me parece, en efecto, que no es la anarquía misma, sino el nuevo orden y la nueva autoridad que de sus entrañas surgieran, lo que más se teme. No es de una revolución francesa, con su reinado del terror y su guillotina, de lo que se huye y lo que se trata de evitar; es el imperio napoleónico que tras ella viene.

—¿Y por qué este imperio? — se dirá. Orden por orden y autoridad por autoridad, poco se va de la de Luis XVI á la de Napoleón Bonaparte. Pero es menester no perder de vista que Luis XVI debía su realeza al azar del nacimiento, mejor dicho, á la sociedad francesa toda, y que su autoridad y rango eran completamente independientes de sus prendas personales y de su mayor ó menor capacidad para ser rey, mientras que Napoleón debía su imperio, ante todo y sobre todo, á sí mismo, á su propio genio. Y es de lo que se huye, de que vaya á recaer la autoridad y el rango en los más capaces.

Lo que tiene de más terrible una revolución para muchas gentes — aunque estas mismas gentes no sepan darse clara cuenta de por qué les aterra la revolución tanto — es que trae consigo el que escalen los puestos y cargos los más audaces, los más vivos, los más astutos, los más inteligentes, los más resueltos, todos aquellos, en fin, que se encuentran mejor dotados naturalmente para prevalecer en la lucha. En período revolucionario, y tanto más cuanto más anárquico sea éste, hay menos probabilidades que en el curso de nuestro orden ordinario de que un insignificante ocupe un cargo ó ejerza autoridad precisamente en virtud de su insignificancia misma.

Y obsérvese de paso lo de *orden ordinario*, que parece una redundancia, algo así como sistema sistemático, y sin embargo no lo es, pues hay orden extraordinario, y hasta orden inordinario.

No quiero decir que las cualidades que le lleven á un hombre al mando en efervescencia anárquica sean cualidades moralmente buenas ni convenientes para el bien de la sociedad; lo que quiero decir es que cuantos se sienten insignificantes y borrosos ven que se les desvanecen las probabilidades de que sean premiadas su insignificancia y borrosidad, y tiemblan, además, de que un hombre que se siente rey por dentro, rey por verdadero derecho divino, llegue á sentarse en el trono. Porque es lo que se dicen: si á su fuerza natural une el mando que la sociedad le da, ¿á qué no ha de atreverse?

Apenas hay quien no reconozca las desigualdades sociales, y cómo la sociedad eleva á los ineptos y deprime á los aptos. El tema de las injusticias sociales es inagotable; es una canción que se está recomenzando á diario. Pero en el fondo la mayoría de los hombres, unos con entera conciencia de ello y otros sin tal conciencia, sienten que las desigualdades sociales son á modo de una compensación de las desigualdades naturales. Cierto es que si un pobre obrero tiene un hijo fuerte, robusto, inteligente y decidido, este muchacho podrá no hacer carrera, y hasta morir de hambre ó poco menos, mientras

vive y triunfa el hijo de un millonario, aunque haya nacido débil, tonto é irresoluto. Pero es lo que las gentes piensan: ¿y qué culpa tiene éste de haber nacido débil, tonto é irresoluto, y qué mérito aquél en nacer robusto, inteligente y decidido? Cierto es que si á un cabrero le nace un hijo genio, podrá éste morir guardando cabras y sin haber dado á la sociedad los frutos que de él podían haberse esperado, y en tanto dirija á los espíritus una discreta medianía, porque su padre le puso en las mejores condiciones para ello; pero esto no es más que una compensación á la arbitrariedad de la naturaleza, que hizo nacer genio al hijo del cabrero y medianía al hijo del personaje.

Debo, antes de pasar adelante, advertir al lector que si aquí hablo de oposiciones entre la sociedad y la naturaleza, no es porque estime que sea aquélla algo que se da fuera de ésta. La sociedad es también naturaleza, sin duda alguna, y tan natural como lo que llamamos así por antonomasia. La plaza de una ciudad, formada por soberbios edificios levantados por mano de hombre, es tan natural como la selva primitiva á que jamás pisó planta humana. El oponer la sociedad á la naturaleza, discurrendo como si aquélla fuese algo distinto de ésta, que se rige por otras leyes—hay quien las cree opuestas á las otras—y conspira á otros fines, es, sin duda, uno de los errores más fecundos. Es el error que palpita en el fondo de las concepciones anarquistas y de los ataques á la autoridad. La autoridad podrá suprimirse cuando los lobos dejen de comer ovejas. Y si se me dijera que puede acabarse con los lobos en bien de las ovejas, y que puede llegarse á la visión de Isaías de un siglo de oro en que el león coma, como el buey, paja, entonces llegará la vez de quejarse en nombre de la paja, de las humildes yerbas y plantas que los herbívoros comen, y habrá que suprimir también á éstos.

Las desigualdades sociales son, en el fondo, tan naturales como las que llamamos naturales, y en la mayoría de los casos provienen éstas, en el hombre se entiende, de causas sociales.

Si nació genio aquel hijo de cabrero de que hablaba, fué acaso precisamente por ser cabrero su padre; y si el personaje engendró una medianía, la engendró tal en virtud de su personalidad misma. Querer separar lo natural de lo social en las cosas humanas es la empresa más absurda y más disparatada que se puede concebir, y todo el que ha pretendido llegar al hombre enteramente natural, al hombre no pervertido — es la palabra que usan — por la sociedad, no ha llegado sino al contratante social de Juan Jacobo, á un hombre algébrico ó geométrico, á un hombre por definición que ni es hombre ni cosa que lo valga. Ese es el hombre que dijo lo de «pienso, luego soy»; es decir, no ha habido hombre alguno que haya dicho semejante cosa.

Mas hechas estas prevenciones, que podrían extenderse y desarrollarse indefinidamente, y puesto que al hablar de sociedad como algo opuesto á la naturaleza queremos decir algo, aunque la sociedad sea naturaleza y parte de ella, y la naturaleza á su vez sea, en cierto sentido, sociedad, proseguiré, rogando tan sólo al lector que corrija con las advertencias que acabo de hacer lo que de cortante, parcial y crudo pudiera haber en lo que por decir me resta.

Sea ello como fuese, lo cierto es que distinguimos todos entre lo social y lo natural, y atribuimos á mérito individual ciertas ventajas que un individuo logra, y otras se las atribuimos á gracia social. Si ahondáramos, descubriríamos que tal sujeto, á quien por su talento le confió un pueblo este ó el otro puesto representativo, debe al pueblo tanto su talento como su puesto; pero las gentes temen de meterse en tales honduras, porque sospechan que en ellas todo es uno y lo mismo, y todo es verdad y es mentira todo, y se pierde allí el criterio que nos sirve para guiarnos en la vida cotidiana, que es á flor de vida.

Todos distinguimos entre el valor individual y el valor social de una persona, aunque el individuo mismo, repito, sea á su vez un producto social, y pueda repetirse con Natorp lo de

que el individuo es, como el átomo, una ficción. Con igual lógica puede decirse que la sociedad es una ficción, y que no existen, en realidad, sino individuos. Lo cual sería renovar la vieja cuestión del nominalismo y del realismo, que es la cuestión de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre; es decir, que no es tal cuestión. Quedamos, pues, en que es ficción todo.

Pero sea lo que fuere de nominalismo y realismo y de sociedad é individuo, en la vida no se discurre metafísicamente, y cuando las gentes se ponen á comer jamás piensan si los manjares que toman tienen ó no realidad objetiva. Y del mismo modo decimos todos de uno que se lo debe todo á su propio mérito, á sus esfuerzos ó á su talento ú osadía, y de otro decimos que todo se lo debe al azar, á la sociedad ó á tal ó cuál sujeto que lo ha protegido. Y conviene atenernos ahora al común decir y al común sentir, sin buscar esas otras sutilezas con que procuran consolarse los derrotados de la vida. Porque la metafísica y todas las disciplinas análogas se han hecho muy principalmente para consuelo de los que fracasan. Y de los que vencen, los cuales necesitan consolarse de haber vencido á otros.

Y así debe ser. El pensamiento es un derivativo de la acción y de la pasión; toda idea es ó un embrión abortado ó un cadáver de un acto. Es, pues, natural que el vencido urda la filosofía del vencimiento, y el vencedor la de la victoria. Y es una crueldad pretender que el vencido acepte la filosofía del vencedor, ó el vencedor acepte la del vencido. Mil veces se ha dicho, pero hay que repetirlo aún otras mil veces mil, que nuestras doctrinas no son sino la justificación *á posteriori* de nuestra conducta. Y no digresiono más, por ahora al menos, aunque la vida misma no sea sino una larga y de ordinario muy lamentable digresión.

Quedamos, pues, en que todos distinguimos de ordinario en la vida vulgar y corriente, y cuando nuestras desgracias ó nuestros triunfos no nos llevan á ser filósofos, entre el valor individual y el social de una persona. Aunque de ordinario

también solemos equivocarnos, y con equivocación no filosófica y trascendente, sino corriente y vulgar, atribuyendo valor individual á lo que en el sentido más ordinario del concepto no tiene sino valor social, y viceversa.

El valor de la autoridad para las más de las personas es un valor social, y no es raro oír que para mandar no hace falta gran talento, y hasta hay quien añade que estorba éste. «Para ser presidente del Consejo de Ministros no es menester ser un genio.» He aquí una proposición que cualquiera de mis lectores habrá oído muchas veces durante su vida. Y puesto que la ha oído, le invito á que medite en ella, y en por qué se teme tanto las iniciativas de los hombres geniales.

Por mi parte, una de las mayores ventajas que veo en las revoluciones es que, elevando á los puestos públicos á hombres de acometividad é iniciativas, hay probabilidades de cambios en el régimen. Y todo cambio me parece socialmente provechoso, no más que por ser cambio, en sí y por sí. Cada día me corroboro más en la convicción de que el progreso consiste en el cambio, en la riqueza de sucesos nuevos, y que todo eso de ir á mejor ó ir á peor no pasa de ser una estimación falta de piedra de toque social.

El progreso es un resultado de la selección, y la selección se cumple mejor cuanto mayor es el número de términos entre que puede elegirse. Se ha dicho ya, y Guillermo James es uno de los que mejor lo han dicho, que los hombres de grandes aciertos, los que producen ideas luminosas ó sugestivas, son los que tienen la mente en continua ebullición, y á quienes más conceptos y más diversos entresí—disparatados muchos de ellos—se les ocurren. El modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura.

Ya sé que á esto se dirá que vale más hacer poco y hacerlo bien que mucho y mal; pero creo que los que hacen poco no hacen bien, y que es mucho mayor el bien que hace un hombre fecundo en acciones, por muchas malas que lleve á cabo, que no el de un hombre parco en el obrar.

E. M.—*Enero 1906.*

3

Y lo que digo del hombre en la esfera del pensamiento lo digo en la de su acción social como gobernante. No soy de los que tienen miedo á los que se empeñan en gobernar mucho é innovar mucho y ensayar nuevas cosas. Spencer escribió un ensayo sobre el exceso de legislación; pero merece la pena de investigar si los males de la legislación no se corrigen ó, por lo menos, se atenúan legislando mucho.

Los que más temen á los innovadores, á los que modifican leyes é implantan otras nuevas, son los que tienen que aplicarlas. Les sacude la pereza mental y les quebranta la rutina. En el orden de la enseñanza pública, que es el que por razón de mi cargo mejor conozco, estoy harto de oír que no nos hacen falta ministros de Instrucción pública innovadores, sino que deben limitarse á hacer cumplir la ley de 1857 y á administrar y llevar al día los asuntos de su Departamento. Y añaden que el mayor mal es ese tejer y destejer de leyes y esa multiplicidad de planes de enseñanza, que se siguen unos á otros, sin tiempo á que madure ninguno de ellos.

Confieso que yo mismo he dicho esto muchas veces, y que veo tan bien como cualquiera los males que semejante curso de cosas puede producir; pero cuando me pongo á pensar en ello más detenidamente, llego á creer que el mal estriba no en los que ordenan las innovaciones, sino en los que las tenemos que aplicar. Y declaro también que, en España por lo menos, es convenientísimo que no sepan las gentes lo que han de tener que hacer mañana.

Se dice y se repite que nada hay aquí estable, que todo es interino y mudadizo, que nada se asienta, y el caso es que toda esa mudanza é inestabilidad no es más que aparente, y en el fondo es difícil que las cosas permanezcan más estacionarias de lo que hoy aquí están.

Y vuelvo á decir que la verdadera base del progreso es el cambio, sea cual fuere el sentido en que se cambie. La sociedad no sigue una línea marcada de antemano ni hay un camino trazado previamente y por el cual haya de marchar; ella

misma va haciéndose su camino según marcha. Tan absurdo es imaginarse una línea, á la que llamaremos progreso, y por la cual la sociedad discurre, como sería imaginarse que hay en los espacios celestes una inmensa elipse por la cual circula la tierra; que la órbita de ésta es algo que subsiste independientemente de ella. La sociedad se hace su camino según marcha, como se lo haría un hombre que entrase, destral en mano, por un bosque virgen, talando árboles y derribando maleza á su paso. Y este hombre no iría á tal ó cuál punto determinado, pues que no conoce el bosque.

Llamamos orden al estado general de cosas que hoy existe, y decimos que son ordenados todos los actos que encajan con el complejo mayor y dominante de las costumbres actuales; todo lo que marcha por la corriente central. Y es fuera del orden ó contra el orden todo lo que se aparta de esa corriente central ó la contraría. Y así como hay este orden, podría haber otro orden cualquiera. La cuestión está en que concuerden entre sí y se apoyen y corroboren el mayor número posible de hechos y de sucesos sociales. La cuestión está en que los sillares todos del edificio se apoyen los unos en los otros y contribuyan á la solidez de la fábrica total, aunque con esas mismas piedras se podría hacer otro edificio totalmente distinto; en vez de una catedral, pongo por caso, un puente.

Y en esta marcha de la sociedad lo que importa es que se marche, que se dé un nuevo paso, sea en el sentido que fuere, pues tal es el modo de hacerse camino. Si circulan en nuestra sociedad 300.000 conceptos, v. gr., el que fragua uno nuevo y lo pone en circulación acrecienta nuestra cultura, sea cual fuere la calidad de ese nuevo concepto, no más sino porque con 300.001 conceptos se puede hacer algunas más combinaciones que con 300.000, y de aquí la ventaja. Estoy persuadido de que si el número de los cuerpos simples es de 80, v. gr., y toda la labor del género humano se redujera á fraguar un nuevo cuerpo simple, no sería perdida la obra toda de la humanidad aunque la tierra se deshiciese al cabo en polvo cósmi-

co; porque con esos 81 elementos ó cuerpos simples se formaría un mundo más complejo, es decir, más perfecto que el nuestro, compuesto no más que de 80.

Por esto creo, y lo he dicho antes de ahora, que la muerte es el verdadero motor del progreso, porque hace que sustituyan unos hombres á otros; y todo hombre nuevo es elemento progresivo, no más sino porque es nuevo, porque es otro. Cada hombre es único é insustituible, distinto de los demás, y cuanto más distinto más activo elemento de progreso.

Y como progreso quiere decir marcha, y para que haya marcha es menester algo que marche, eso que marcha es lo inerte. El elemento conservador es lo igual, lo permanente, lo no distinto, y el elemento progresivo es lo diferente, lo mudable.

Con todo lo cual quiero decir que todo innovador es un elemento activo y progresivo, innove como innovare. Y lo malo que tienen esos á quienes se llama reaccionarios ó retrógrados no es que marchen ó pretendan hacernos marchar hacia atrás, sino que no marchan ni pretenden marchar, sino tenernos parados. Como el tiempo es una línea irrevertible y es absolutamente imposible volver de hoy para ayer, los que hacen esfuerzos por restablecer lo pasado nos están empujando al porvenir. El que piensa no es nunca reaccionario, piense como pensare. El verdadero reaccionario ó retrógrado es el que no quiere pensar ni cambiar ni dar un paso, sino dejar que le lleven las cosas en vez de llevarlas él. Y éste es para muchos el ideal del buen gobernante, éste el hombre que llena bien su cargo y á quien cae bien la autoridad.

Todo ello proviene, bien se ve, de nuestro horror á que nos hagan andar.

*
* *

En mil formas se revela la animosidad que sienten las gentes contra el mérito individual y la importancia que al prestigio social conceden. Considérase como un acto de soberbia

el de rechazar honores y distinciones, cuando con tal rechazo quiere dar á entender el rehusante que su valor individual está sobre el que le concedan los demás.

Me contaba un amigo que, estando á la mesa de una señora, empezó ésta á criticar á cuantos hablan mal de las condecoraciones, tachándoles de cursis. Y añadía la señora: «Si no fuera por la condecoración, ¿en qué se distinguiría usted del criado que nos sirve, y que viste, como usted, de frac?» Mi amigo no supo qué hacer ni qué contestar, si quitarse entonces y allí mismo la cintita que llevaba al ojal de la solapa, ó si contestar: «Pues, señora, en que él me sirve y yo soy el servido». O bien: «En nada, ni falta que hace». Y yo intenté persuadir á mi amigo de que la observación de la señora no había estado tan destituida de fundamento, y que lo de no diferenciarnos de nuestros criados más que en una cintita de seda puesta al ojal de la solapa del frac, es un acto de profunda humildad.

Y si bien se mira, la aceptación de honores, distinciones, tratamientos y títulos implica una profunda humildad, aunque sea una humildad profundamente falsa y profundamente fingida. Porque está visto que el hombre se enorgullece más de lo que le dan que de lo que de suyo tiene, y ostenta con más altanería lo que representa que no lo que es. Apenas hay quien á solas consigo mismo no se conozca y no sepa mejor que nadie de qué pie cojea y cuáles son sus flaquezas y debilidades. De donde se sigue que todo eso de la soberbia de los que se creen superiores á los demás no es más que una apariencia, y de ordinario no suele haber tal soberbia y sí sólo poca paciencia para aguantar las tonterías de los prójimos. Mas en cambio el que se encuentra con honores y preeminencias de que en el fondo de su conciencia no se siente merecedor, se ensoberbece por ello.

Porque es lo que se dice á solas un majadero cuando se ve prestigiado por las gentes y colmado por ellas de honores: «¿Qué es esto? Cuando tanto me ensalzan y me honran, debo valer mucho, mucho más de lo que yo me imaginaba». Y per-

dido el criterio de su propia estimación, puede llegar á los mayores desvaríos.

El mérito de ciertas distinciones estriba precisamente en su falta de mérito, en que son gratuitas ó debidas al azar.

Cuéntase de un hombre que, nacido en humildísima cuna, había amasado unos cuantos millones, que buscaba un título nobiliario y frecuentaba cuanto podía el trato de los condes, marqueses y duques. Y cuando al fin logró su propósito, cazando un marquesado, un marqués, llamémosle el marqués de Peñahorcada, le dijo con cierta sorna, dándole un golpecito en la espalda: «¡Hola, compañero, ya somos iguales!» Y nuestro nuevo marqués le replicó al punto: «¿Iguales? igual á usted, no; si es caso, al primer marqués de Peñahorcada». Y el marqués de Peñahorcada, más ducho en estas cosas, debió de sonreirse de la fatuidad y poco juicio del nuevo marqués su compañero.

Porque los títulos, dicen, son como el vino, que ganan cuanto más tiempo pasa y por mayor número de generaciones trascurren, y el mérito mayor no es adquirirlos, sino heredarlos. Así como hay ricos que se sienten satisfechos de su riqueza y procuran emplearla en buenos fines, reconociendo, sin embargo, que deben su fortuna á los pocos escrúpulos y acaso á la carencia de sentido moral de su padre ó de su abuelo, así hay duques que confiesan que el primer duque de su título, el antepasado á quien el rey se lo concedió, fué un bárbaro que debió á sus barbaridades mismas semejante distinción. Y luego se ha ido ésta depurando con los años. Fué acaso un soldadote rudo é inculto, de cabeza dura y corazón aún más duro que ella, que sirviendo á su rey con lealtad de perro dogo y ganándole batallas mereció se le hiciese duque. Pero una vez hecho tal, hizo educar para duque á su hijo, y cuidó muy mucho de que éste heredara su título, pero no sus maneras. Su hijo nació ya duque.

He conocido un bonapartista que decía horrores de Napoleón el Grande y sostenía que era preferible Napoleón el Chi-

co, añadiendo que Waterlío era mucho más vergonzoso que Sedán. Sin duda creía que el primer Bonaparte estaba obligado á vencer, y no lo estaba el tercero.

Y aun hay á quien le he oído sostener otra doctrina, cual es la de que el honrar con títulos y preeminencias á los hijos de los que llevaron á cabo hazañosas empresas es una compensación social á una bárbara ley de la Naturaleza: la ley de que cuando uno agota sus energías en cumplir hazañas se queda sin las suficientes para criar bien á sus hijos. O ya la vida de continuo esfuerzo y de agitación le mengua la salud, y esta mengua refluye en el organismo corporal de sus hijos, ó bien el tráfago en que se ve metido y el atender á los negocios públicos le priva de atender á la educación de ellos. Y así, me decía el sustentador de la dicha doctrina que un hombre por haberse quebrado la cabeza y quemado las cejas en estudiar reformas útiles á sus conciudadanos se puso en disposición de engendrar un hijo imbecil, y tal otro, embebido durante la mayor parte de su vida en campañas patrióticas, no tuvo ni tiempo ni atención que dedicar á la crianza de sus hijos. Justo es, pues, añadía, que la sociedad compense á éstos.

No voy á meterme á discutir esta teoría, ni mucho menos á desarrollar mi convicción de que el ejercicio del bien público, lejos de amenguar las fuerzas de un hombre, las acrecienta, y que es un error lo de creer que la imbecilidad de un niño pueda provenir de que su padre abusó del estudio. Esto me llevaría muy lejos.

Y si de los títulos nobiliarios pasamos á los académicos, nos encontramos con una cosa muy parecida, ya que el poseer un título académico se estima por muchos como una especie de nobleza inferior. Tener un título académico, aunque sea el de bachiller, se estima en muchos casos, no ya una ventaja, sino hasta una preeminencia de dignidad.

Mas es sabido también aquel caso, del que tanto se ha dicho y tanto queda aún por decir, de cierto sujeto, al que se le denunció por dedicarse, como curandero, al ejercicio ilegal de

la medicina; y al comparecer ante la autoridad que había de juzgarle, exhibió su título de médico, debidamente y en toda forma extendido, diciendo: «Con esto me han perjudicado ustedes. Yo me hice médico; y apenas obtuve mi título oficial, el título en que el Estado me declaraba apto para curar á mis conciudadanos, fuí al barrio Norte á ejercer mi profesión. Y me encontré con que no podía hacer competencia á los curanderos, que se llevaban tras de sí á casi todos los dolientes. Y entonces decidí trasladarme á este otro barrio Sur, donde nadie me conocía, guardar mi título profesional bajo siete llaves y anunciarme como curandero para poder así competir ventajosamente con los médicos. Y con esta denuncia me han partido por el eje. Pues los que tenían fe en mi curandería—y he logrado hacerme una buena parroquia—la perderán al saber que soy un médico cualquiera salido de las aulas oficiales; y los que hubieran acudido al médico, no lo harán ya al saber que se ha rebajado—pues creen es rebajamiento—hasta hacerse pasar por curandero, ocultando su título».

La historieta es muy conocida y sirve á maravilla para ilustrar un sentimiento muy arraigado en todo género de personas, incluso muchas que pasan por cultas y lo son acaso. El tal sentimiento es la admiración y el respeto á la ignorancia, ó, si se quiere, á la ciencia infusa de inspiración misteriosa. Lo que lleva á muchos á ponerse en manos del curandero es la consideración de que cura sin haber hecho estudios del arte de curar, y cura, por lo tanto — cuando cura, — por arte de birlibirloque, por arte mágica, por misteriosas vías. Su prestigio se funda en su ignorancia. Un hombre que cura enfermedades del hígado sin saber qué sea el hígado ni para qué sirva, y acaso ignorando su existencia, es un sér excepcional, que recibe sus facultades curanderas de una fuente misteriosa. Y de este mismo prestigio de la ignorancia gozan todos esos zaragozanos que huelen la lluvia á quince, veinte, treinta días ó un año de plazo.

Me acuerdo que en cierta ocasión dió un sujeto en mi pue-

blo una conferencia sobre astronomía, y los oyentes estaban suspensos y embobados al oírle el número de leguas que hay de la Tierra á Sirio. Porque es lo que se decían: «¿y quién lo ha medido? ¿cómo ha podido tenderse un cordel de aquí allá?» Y como por otra parte no se permitían dudar de lo que afirman tan redonda y tan seriamente hombres graves y sesudos, encanecidos en el estudio, sospechaban que la Ciencia—la pensaban así, con letra mayúscula—es algo augusto y misterioso, algo que se mete al espíritu por caminos muy otros que los del conocimiento vulgar y el sentido común. Mas sucedió que al siguiente día intentó un sujeto hacer comprender á una parte de aquellos maravillados oyentes de la víspera cómo podía llegarse á medir la distancia de la Tierra á Sirio; y así que vislumbraron que era por un procedimiento más complicado, sí, pero el mismo que usan los topógrafos para medir distancias en el campo, sintieron el más profundo desprecio hacia la ciencia, rebajándola á pensarla con letra minúscula. Y es lo que se dirían: «¡Bah! eso también yo lo habría hecho si me hubiera dedicado á ello!...» Y es claro: lo que también uno podría hacer, maldito si tiene valor alguno.

He aquí por qué digo que la ignorancia goza de gran predicamento y de no poco prestigio, y cómo es justo que en medio de los muchos males que la acompañan goce, á guisa de compensación y de consuelo, de algún bien; no sé hasta qué punto sea conveniente arrebataréelo mientras no acabemos con la ignorancia misma, que no acabaremos nunca. A nadie se perjudicaría más que á los curanderos con decretar la libertad de la profesión médica y que cada cual pueda dedicarse á intentar curar sin haber antes demostrado su suficiencia para ello, y en general sería la insipiencia la que recibiera más rudo golpe en sus justas prerrogativas si se suprimiese toda garantía oficial de saber. Son tantas las familias que viven del contrabando, que hay que meditar mucho antes de suprimir las aduanas, decretando el libre cambio.

El rango de los bachilleres, licenciados, doctores y titula-

dos de toda especie se funda y apoya en el rango opuesto de los que carecen de toda especie de título profesional. Porque conviene no perder de vista que los rangos son de dos clases: positivos y negativos. Y no doy á estas expresiones de positivo y negativo otro valor que el que tienen en matemáticas, ni quiero decir con rango positivo ó negativo cosa muy distinta de lo que se quería decir en un tiempo al hablar de electricidad positiva ó negativa. En una línea se supone un punto medio, al que llamamos cero, y en un sentido, hacia la derecha ó hacia la izquierda, contamos por cantidades positivas, y al otro lado, hacia la izquierda ó hacia la derecha, por cantidades negativas. En el mismo sentido hablo de rango positivo y de rango negativo, siendo indiferente á cuál de las dos especies se le aplique uno ú otro signo.

Con no menos cuidado ni menos orgullo que los aristócratas su aristocracia, guardan los plebeyos su plebeyería, y si las gentes que llamamos altas desdeñan alternar con las bajas, las llamadas bajas no menos desdeñan alternar con las altas. El desprecio es mutuo, sin que sea fácil poner en claro de qué parte sea más profundo. Y que ese orgullo de clase es igual del lado positivo que del negativo, lo prueba, entre otras cosas, el que llegando á sus extremos el orgullo une á los que parecían más separados, cumpliéndose aquello de que los extremos se tocan. Todos sabemos con cuánta más facilidad que con honrados y modestos burgueses alternan é intiman los grandes señorones con golfos, matarifes, histriones y parásitos de toda laya, y cómo se explotan mutuamente. Es el rango lo que los une, pues están tan hondamente separados que salta á la vista la diferencia, y nadie puede pensar que se unen por semejantes, aunque en el fondo lo sean. Es un caso de la ley hegeliana, de la síntesis de lo antitético. Los extremos de la línea se unen, no sé si en el infinito, como si se tratara de una línea circular de infinito radio.

El caso es distinguirse, sea individualmente, sea como miembro de una clase ó colectividad, y el que no se distinga

por algo bueno se distinguirá por lo malo, y dirá como el otro: á mí, á bruto nadie me gana. Y en último caso estribará su distinción en no distinguirse por nada, en ser uno de tantos, en pasar inadvertido, en no desentonar ni llamar la atención nunca, en llenar dignamente su propia insignificancia.

Dicen que esto de no distinguirse por cosa alguna es una de las cosas más distinguidas, y conozco, en efecto, algunos caballeros ó, digámoslo en inglés, *gentlemen* que ponen el más exquisito cuidado en no alardear de ninguna aptitud ó habilidad ó preeminencia especial, por la sencilla razón de que no la tienen. Y los tales, aunque huyen de distinguirse para así distinguirse más, se distinguen sobre todo por ser su buena educación y sus finos modales el más claro cendal del más grosero egoísmo y del desdén más repugnante hacia sus prójimos. Las personas atentas, correctas, bien educadas, producen con su trato el efecto que nos produce un sapo ó una serpiente cuando por casualidad los tocamos: una especial sensación de frío. Debajo de ciertas llamadas groserías, debajo de la descortesía, suele encontrarse una encendida cordialidad mucho más á menudo que debajo de la cortesía del caballero. Y por mi parte prefiero que me peguen por amor ó por odio á no que no me molesten por indiferencia. Hay quien cree que es menester llegar á que los hombres no puedan hacerse mal, aunque sientan mal unos de otros y se aborrezcan; mas yo prefiero que lleguemos á amarnos y á compadecernos—amarse es compadecerse,—aunque nos hagamos daño y andemos de continuo á la greña.

Amarse es compadecerse, he dicho. En efecto: el amor, el verdadero amor, surge de la compasión, de la conciencia de nuestra común miseria. Llamamos amor á mucho que no es sino enamoramiento ó voluptuosidad, como la que acerca y une á dos enamorados ansiosos de poseerse mutuamente. Cada cual de ellos no busca sino su propio goce, y el otro no es sino un instrumento de él. Acaso empiezan á amarse cuando la compasión mutua une sus almas, que por la unión de sus cuerpos es-

taban separadas; su amor nace tal vez del dolor que los embarga y junta sobre la cuna de muerte del fruto de su enamoramiento y de su unión carnal.

Y así las diferencias de rango y de mérito sólo pueden perder su malicia, sin desaparecer por ello, de la conciencia que cobremos todos de su común miseria. El que manda compadezca al que obedece, porque tiene que obedecer, y compadézcase á sí mismo porque tiene que mandar; y el que obedece compadézcase á sí y compadezca á su jefe, por tener éste que mandarle y él tener que obedecer. Compadezcamos á todo el que se distingue por aquella su distinción, de que es esclavo; y al que no se distingue, por la esclavitud de no distinguirse; y así todos nos amaremos en la común miseria.

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS SIETE INFANTES DE LARA

El nombre de estos héroes de una antigua leyenda española no dejó de repercutir en Francia en los buenos tiempos del romanticismo. Ya en 1822, Abel Hugo tradujo nueve de los romances que les están consagrados, y refirió la impresión que le produjo en Madrid la representación de la comedia de Matos Fragoso, en la que se veían, entre los frenéticos aplausos de la multitud, las ensangrentadas cabezas de los infantes, presentadas, al final de una comida, á su desgraciado padre. En 1828, Víctor Hugo, con arreglo á uno de los romances traducidos por su hermano, y pretendiendo inspirarse también en un «romance morisco» imaginario, componía libremente la trigésima de sus *Orientales*, que pone en escena la venganza tomada por el bastardo Mudarra sobre el asesino de su hermano. En 1836, Feliciano Mallefille hacía representar, con gran éxito, un drama extravagante titulado *Los Siete Infantes de Lara*, al cual la leyenda no ha suministrado más que algunos nombres propios. Lo que sobre todo constituyó en Francia la celebridad de este tema es la *dague au pommeau d'agate*, que Mudarra,

*Le fils de la renégate,
Qui commande une frégate
Du roi maure Aliatar,*

lleva en su vaina hasta que pueda hundirla en la garganta del traidor.

Esa daga parecía constituir el rasgo más romántico y más

español: romántico lo era desde luego; español hubiera podido serlo; pero salía por completo de la imaginación de Víctor Hugo, y le había sido sugerido por la necesidad de una rima.

Desde entonces, los principales romances de los Infantes de Lara han sido traducidos en los *romanceros* de Damas-Hinard y de M. de Puymaigre, y este último erudito los ha acompañado de un interesante comentario; pero la España romántica ha perdido el prestigio que ejercía en los comienzos del siglo (1), y únicamente los curiosos de literatura antigua son los que conocen hoy esos fragmentos épicos y aprecian en ellos, al través de las deformaciones que han sufrido, la original y arcaica belleza.

En España, la leyenda de los Infantes de Lara no ha cesado de ser viviente y hasta popular. Después de las «comedias» de los siglos XVI y XVII y de las tragedias de la época *afrancesada*, inspiró en 1834 á Angel Saavedra (Duque de Rivas) su drama del *Moro Expósito*, primera y esplendente manifestación del romanticismo que España, cosa curiosa, había ido á buscar á París. En 1853, Manuel Fernández y González sacó de dicha obra una novela histórica que obtuvo un éxito muy desproporcionado á su valor, y que goza todavía de una inmensa popularidad, hasta el punto de que las invenciones de ese mediocre imitador de Alejandro Dumas han creado, en los mismos lugares en que ocurre la acción de la antigua epopeya, una de esas pseudo-tradiciones que hay que librarse bien de tomar por auténticas. Si los romances mismos no parecen haberse conservado, como otros, en la memoria del pueblo, un libro popular, que se remonta al siglo XVIII, y que se apoya tanto en los romances como en las crónicas, haciendo, por lo demás, con sus datos una mezcla informe, y acompañando la narración con reflexiones ridículamente morales, no ha cesado de imprimirse en numerosas ediciones, y no falta nunca, en

(1) Del XIX.

ninguna ciudad de España, en lo que se llama *librería de cordel*, esa biblioteca popular, cuyos volúmenes, libros groseramente impresos, cuelgan de los cordeles que sirven de mostrador á los vendedores.

También la crítica erudita se ha ocupado desde hace mucho tiempo en este asunto. Aparte los romances, que no se remontan sino á los siglos xv y xvi, la historia de los Infantes de Lara está referida desde el siglo xiii en la célebre *Crónica general* del rey Alfonso X, y, aun en la forma muy alterada en que tal documento era conocido hasta aquí, era fácil discernir, en medio de la prosa, versos más ó menos mutilados y, á veces, versos que se encuentran en romances posteriores. Mientras que los historiadores discutían la realidad de los acontecimientos relatados en la *Crónica*, los filólogos trataban de comprender la relación que existía entre la versión de Alfonso y los romances. Esta relación permaneció oscura hasta que Milá y Fontanals, el verdadero fundador en España de la historia crítica de la literatura de la Edad Media, estableció que romances y crónica se remontaban igualmente á una antigua epopeya, á un *cantar de gesta* que era por lo menos del siglo xii. Probó, en efecto, que España—ó por lo menos Castilla—había tenido, como Francia, su epopeya nacional. Esta epopeya no es absolutamente espontánea: ha nacido de la nuestra, y son nuestros «Juglares» los que desde el siglo x, sin duda, importaron al otro lado de los Pirineos sus temas poéticos, sus «tiradas» de asonantes, su canto monótono y de mucho ritmo y la viola con que le acompañaban. Pero la planta exótica arraigó prontamente en el suelo en que fuera introducida, y se desarrolló en él de una manera poderosa y verdaderamente nacional. Después de haber imitado primero y acomodado luego á su sentimiento patriótico las canciones francesas, los juglares españoles no tardaron en componer otras—que no deben á las nuestras sino su forma general—sobre la historia propia de Castilla. De su trabajo, que, desgraciadamente, se ha perdido en gran parte, se han conservado por lo

menos dos admirables fragmentos: el de los *Infantes de Lara* y el más moderno del *Cid*.

De la gesta del *Cid* nos queda un poema casi completo, sin hablar de otro de menor valor; los restos de los *Infantes* han sido salvados: de una parte, por el rey Alfonso y sus copistas, que insertaron en la *Crónica general* un resumen y trozos casi textuales; de otra, por los romances que se desprendieron en el siglo xv, tal vez en el xvi, de los cantares de los que no eran al principio sino «tiradas», pero que poco á poco se alteraron, se modificaron, se desarrollaron á su manera y adquirieron una existencia propia, como esas ramas que se plantan en el suelo y que crecen en seguida lejos del tronco á que han pertenecido. Haber reconocido este hecho por lo que se refiere á los romances épicos en general, y especialmente á los de los *Infantes*, es el gran mérito de Milá y Fontanals.

Sin embargo, no vió la verdad por completo. No se dió cuenta—por falta de documentos—de que la epopeya española, como la francesa, vivió y evolucionó durante siglos. No poseía el texto primitivo de la *Crónica general*, y no sabía que esta obra había sufrido modificaciones sucesivas, las cuales tenían, para la parte relativa á los *Infantes*, una importancia capital. Comparaba los romances con la *Crónica*, sin disponer para esta comparación de los elementos necesarios. De este modo se encontraba muy perplejo en presencia de ciertos rasgos de los romances, que comprendía que no debían de pertenecer á sus autores, y que no encontraba, sin embargo, en la *Crónica* de Alfonso. Un sabio español joven, D. Ramón Menéndez Pidal, en un hermosísimo libro consagrado á nuestra leyenda (1), acaba por fin de hacer la luz sobre los puntos que estaban oscuros. Primeramente ha encontrado en los manuscritos el texto auténtico del resumen de Alfonso X; después ha demostrado que algunos retoques de ese resumen, casi desconocidos hasta él, habían introducido porciones de otros

(1) *La Leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1896, in 8.º

poemas distintos del que tuvo presente Alfonso, formas, ya paralelas, ya sucesivas, de la canción de gesta. Ha encontrado también huellas de tres cantares, y ha hecho ver que los romances habían salido, como es natural, vista su fecha, de las más recientes versiones. No es este el lugar de exponer el método y el detalle de las investigaciones del Sr. Menéndez Pidal (1); me limitaré á presentar brevemente lo que parece ser el resultado esencial.

Parece, efectivamente, que en tiempos del conde de Castilla Garci-Fernández (970-995) ocurrió en las luchas cotidianas entre cristianos y moros, luchas que, mezcladas de triunfos y reveses, preparaban la reconquista total, un trágico acontecimiento que impresionó fuertemente los espíritus. Siete hermanos, hijos del señor de Salas, villa del distrito de Lara (montañoso valle en donde corre el Arlanza), muy próximo entonces á los dominios musulmanes, fueron muertos en el llano de Almenar, cerca del Duero, en un combate que dirigía Galib, el lugarteniente de Almanzor, *hadjib* del Califa de Córdoba. Las siete cabezas, con la de un anciano, preceptor ó *amo* de los «Infantes» (2), fueron llevadas á Salas y expuestas en la iglesia principal; todavía se encuentran allí, reducidas á cráneos que caen en polvo. ¿Es cierto que los Infantes fueron víctimas de una traición y el autor de esa traición fué Rodrigo Velázquez, su tío materno? Nada hay menos imposible en sí en aquellos sombríos tiempos en que los odios atroces, los perjuros, los asesinatos, formaban, con las correrías despiadadas y las aventuras heroicas, la trama habitual de la vida de los feroces *fijos-dalgo*. Pero también podría ser debido á la imaginación popular, que en todo desastre ve una traición. Sea como fuere, la tradición lo creyó y lo repitió; y en este motivo, eminentemente épico, la epopeya naciente no tardó en inspirarse.

(1) He consagrado al libro de Menéndez Pidal dos artículos en el *Journal des Savants*.

(2) Este título, reservado hoy á los hijos segundos de los reyes, era entonces dado á todos los hijos de familias nobles.

Hacia fines del siglo XI ó los comienzos del XII, se formó una primera canción, que se limitaba, sin duda, á relatar la traición de Rodrigo, la muerte de los Infantes y de su *amo* Muño Salido, y el piadoso depósito de sus cabezas en la iglesia de Santa María, de Salas. En el transcurso del siglo XII, sin duda, fué á añadirse á ese núcleo primitivo una segunda parte: el sentimiento de la justicia poética reclamaba un desquite: la venganza de las víctimas, el castigo del traidor; así fué cómo entre nosotros la canción primitiva que relataba la traición de Ganelón y la muerte de Roldán, recibió un complemento en que los sarracenos son vencidos y Ganelón es descuartizado. Aquí se simuló que el padre de los Infantes, Gonzalvo Gustioz, había sido encargado, por el pérfido Rodrigo, de un mensaje cerca de Almanzor en Córdoba; que, arrojado por éste á la prisión, fué sometido al espantoso suplicio de verse presentar de improviso las cabezas de sus hijos, enviadas á Córdoba; pero que en su cautiverio tuvo de una princesa mora un hijo, Mudarra, el cual, educado en Córdoba, supo un día el secreto de su nacimiento, fué á Castilla y vengó á su padre y á sus hermanos en Rodrigo Velázquez. Este *cantar de gesta*, así amplificado, fué el que conoció Alfonso X en el siglo XIII y que resumió en su Crónica.

Los otros *cantares* no son sino variantes de aquél; y las diferencias que presentan se ofrecen en general, pero no siempre, como posteriores. Dieron á Gonzalvo Gustioz, á los Infantes, á Rodrigo, una historia anterior, por un procedimiento que encontramos á cada instante en las renovaciones de nuestras canciones de gesta; modificaron, bajo la misma influencia de esas canciones—que, por lo demás, ya había largamente experimentado el primer *cantar*, por lo menos en su segunda parte,—ciertos detalles, introdujeron ciertos episodios de un carácter novelesco y caballeresco; añadieron á la muerte de Rodrigo el suplicio de su mujer, Llambla, causa primera de la terrible tragedia; pero, en suma, conservaron intacto el fondo del poema primitivo, y ese fondo es el que por ellos ha pasado

al reducido grupo de romances antiguos consagrados á los Infantes de Lara, y el que hace de ese grupo, con el de los romances del Cid, el más bello y el más verdaderamente épico del romancero castellano.

Ese *cantar* es, en efecto, una obra de primer orden, como nos lo permiten juzgar los restos que de ella se han salvado. Ciertos trozos, gracias al rey cronista y á los arregladores de su obra, nos han llegado casi intactos, con su ritmo y sus asonancias (1), con su estilo enérgico y pintoresco. Otras partes no se encuentran tan bien conservadas, pero podemos siempre seguir la narración y apreciar su carácter. Quisiera, mediante un análisis mezclado de traducción, dar á los lectores una idea de ese poema tan original y tan vigoroso, en el que revive toda la antigua Castilla de la época bárbara, en el que se describen con una ingenuidad saliente su orgullo, su pundonor extraño y despiadado, su espíritu de familia, sus supersticiones, sus odios y sus ternuras, su individualismo altivo, su encarnizada lucha contra el moro y sus perpetuas inteligencias con él. Es un cuadro de colores á la vez brillantes y sombríos, que no es una obra ficticia de imaginación retrospectiva, que es la imagen viviente creada por un rasgo poderoso y espontáneo de la misma época que en ella se representa. Me serviré, para la reproducción que trato de dar, de todas las formas que el Sr. Menéndez Pidal ha encontrado tan laboriosamente y que á menudo ha restaurado con un gusto tan seguro; indicaré solamente en nota, cuando me parezca interesante, las variantes que yo no haya admitido en mi exposición. Trataré de dejar intacto el color del antiguo fresco, convencido de que precisamente lo que á menudo ofrece de extraño y de bárbaro es lo que constituye en parte el interés, y de que las bellezas de orden imperecedero que se encuentran han de ser más salientes si se comprende bien el medio, profundamente original y particular, en el que han florecido.

(1) El Sr. Menéndez Pidal ha reconstruido con fortuna un gran número de versos del cantar, según las crónicas.

He aquí, pues, lo que era en sus dos partes el *cantar* de los Infantes de Salas que los juglares de Castilla la Vieja cantaban en el siglo XII, acompañando con unos sonos en la vihuela la melopea de los largos versos de catorce sílabas.

*
* *

Gonzalvo Gustioz, señor de Salas, se había casado con doña Sancha, hermana de Rodrigo ó Ruy Velázquez, señor de Vilvestre. Tuvo siete hijos, los siete infantes de Salas, que se llevaban poca edad (1), todos los cuales fueron educados por el buen caballero Muño Salido y armados caballeros el mismo día por el conde de Castilla, Garci Fernández. Eran ya caballeros cuando su tío Rodrigo Velázquez se casó con D.^a Llambla (este es el nombre latino *Flammula*), prima del conde. Las bodas se celebraron en Burgos, con gran magnificencia, y duraron cinco semanas; hubo grandes diversiones, *hofordis* y corridas de toros, juegos de damas y de ajedrez. En la última semana, Ruy Velázquez hizo levantar un tablado muy alto, fuera de la ciudad, á orillas del Arlanzón, y prometió un rico presente á quien lo derribase de una lanzada. Todos los caballeros presentes lo intentaron, pero sin conseguirlo. Alvar Sánchez, primo hermano de D.^a Llambla, dió un golpe tan fuerte en la viga más alta, que se le oyó desde la ciudad. Doña Llambla, que se había quedado en Burgos con su cuñada D.^a Sancha y los siete infantes, al saber que era su primo quien había asestado aquel golpe, exclamó:

—¡Ved, amigos, lo que es Alvar Sánchez! Nadie sino él ha podido pegar en lo alto del tablado.

Gonzalvo Gonzálvez, el menor de los Infantes, picado por aquellas palabras, tomó su lanza, se encaminó solo, sin que lo

(1) Los romances, sin duda, según un *cantar* más reciente, dicen que D.^a Sancha tuvo sus siete hijos de una vez, lo que hace que D.^a Llambla la trate de *puerca*.

notaran, al lugar, y pegó tan rudamente en el tablado, que rompió una de las vigas del medio. Doña Sancha y sus hijos, cuando lo supieron, recibieron una gran alegría, y D.^a Llambla experimentó un gran despecho. Pero Alvar Sánchez se puso á insultar á Gonzalvo, hasta el punto de que éste, de un terrible puñetazo, le rompió los dientes y las quijadas, y le dejó muerto á sus pies.

Cuando D.^a Llambla supo el acontecimiento se puso á llorar y á gritar, diciendo que jamás una dama había sido insultada de aquella suerte en sus bodas (1). A sus gritos acudió Ruy Velázquez, que se lanzó al lugar del suceso, en donde los Infantes se habían reunido con Gonzalvo, y dió al último un bastonazo en la cabeza, que le hizo brotar sangre por cinco lados. Gonzalvo le dijo que, por su vida, no lo volviera á hacer; y como Ruy levantase de nuevo su bastón, Gonzalvo, que no tenía armas, cogió un azor que llevaba en el puño un escudero, y pegó con él tan violentamente en el rostro á su tío, que la sangre brotó de sus narices. Ruy Velázquez llamó á sus hombres á las armas; los Infantes, por su parte, reunieron á sus vasallos, é iba á entablarse una pelea furiosa, cuando llegaron el conde Garci y Gonzalvo Gustioz, que restablecieron la paz. Ambas partes declararon que se perdonaban, pero un rencor inextinguible ardía en el corazón altivo de doña Llambla.

Disimuló, sin embargo, é invitó á sus sobrinos á ir á su castillo de Barbadillo, mientras que el padre de ellos y el marido de ella acompañaban al conde en una expedición militar. A orillas del Arlanza, que baña á Barbadillo, los Infantes cogieron pájaros con sus halcones, y los ofrecieron á su nueva tía. Mientras se esperaba la comida, D.^a Llambla, desde su palacio, vió á Gonzalvo, que no creyéndose observado, y deseando bañar á su halcón en el río, se había quedado con su traje inte-

(1) Hacer una afrenta á una desposada en el día de sus bodas es un delito castigado por el *Fuero real*.

rior (*paños de lino*). D.^a Llambla quiso ver en aquello una ofensa mortal.

—Amigas—dijo á sus mujeres,—¿veis en qué traje se presenta Gonzalvo ante nosotras? Es para que nos prendemos de él; pero os digo que no se me escapará sin que yo me haya vengado.

Y llamando á uno de sus hombres, le dijo:

—Coge una calabaza, llénala de sangre, y échasela al pecho de aquel que ves que está allí bañando su halcón; y si te amenaza, huye y ven á mí, y no tengas miedo: yo te protegeré.

El hombre hizo lo que se le había dicho, y llenó de sangre las blancas vestiduras de Gonzalvo. Los Infantes, que se creían bien con D.^a Llambla, se echaron á reir; pero Gonzalvo exclamó:

—Hermanos, hacéis mal en reir; y os digo que si semejante ultraje se hubiera hecho á uno de vosotros, yo no viviría un día sin haberle vengado (1).

Entonces Diago Gonzálvez, el mayor de los hermanos, dijo:

—La cosa es grave, en efecto, y merece reflexión. Corramos hacia ese hombre: si nos espera sin temor, es que no ha querido sino bromear; pero si huye hacia D.^a Llambla, es que ha obrado por orden suya, y entonces le mataremos, aun cuando ella quisiera protegerle.

Tomaron, pues, sus espadas y subieron al palacio, y el hombre, cuando les vió, corrió hacia D.^a Llambla, y ésta le cubrió con su manto.

—Tía—le dijeron los Infantes,—no tratéis de proteger á ese hombre.

—Es mi servidor—dijo ella;—y puesto que se halla bajo mi custodia, os prohibo tocarle.

Pero ellos le arrancaron de debajo del manto y le mataron á la vista de ella, y la sangre que brotó de algunas de las es-

(1) Manchar el traje de alguien arrojándole una calabaza es también ofensa castigada por un fuero.

tocadas que le dieron saltó al tocado y al traje de D.^a Llambla, hasta el punto de que quedó completamente ensangrentada (1). Después se fueron á su castillo de Salas, poco distante de Barbadillo.

Doña Llambla hizo elevar en medio de su patio un catafalco, en donde colocó el cuerpo del muerto, y durante tres días le lloró con sus mujeres, desgarrando sus vestiduras y diciendo que era viuda y no tenía marido. Y cuando Ruy Velázquez llegó á Barbadillo, ella se arrojó á sus pies deshecha en llanto y con los vestidos desgarrados, y le pidió venganza.

—Doña Llambla—respondió Rodrigo,—callaos y tened paciencia; porque os prometo que os vengaré de tal manera de esa injuria, que dará que hablar al mundo entero.

Tal es el sangriento prólogo de la tragedia.

*
* *

Mientras tanto, Gonzalvo Gustioz, de regreso en Salas, supo la cosa é invitó á sus hijos á que apaciguasen á su tío; le ofrecieron, en efecto, una satisfacción, y Rodrigo simuló aceptar; les dirigió palabras lisonjeras, y se mostró como su mejor amigo. Algunos días después dijo á su cuñado:

—Sabéis que Almanzor de Córdoba es mi amigo desde hace mucho tiempo, y me ha prometido una ayuda en dinero para mis bodas, que me han ocasionado grandes gastos. Me prestaríais un servicio si quisierais llevarle una carta y pedirle que cumpla su promesa.

Habiendo consentido Gonzalvo de buen grado, Rodrigo mandó escribir, á un moro que tenía, una carta en árabe, en la que se decía: «A vos, Almanzor, de mí Ruy Velázquez: salud, como al que amo con todo mi corazón. Os hago saber que los hijos de Gonzalvo Gustioz, el que os lleva esta carta, nos han in-

(1) Era la ofensa más grave que se pudiera hacer á una mujer de alto rango: el manto que extendía sobre un fugitivo era un asilo inviolable.

sultado á mí y á mi mujer, y como no puedo vengarme de ellos en tierra cristiana, como quisiera, os envío á su padre, rogándoos, si me queréis, que le hagáis decapitar. Por mi parte, reuniré una tropa y entraré en vuestro territorio como para combatiros, y llevaré conmigo á mis siete sobrinos al llano de Almenar. Enviad allí un ejército á las órdenes de Galve y Viara, amigos míos; les entregaré á mis sobrinos, á los que decapitarán. Esto será para vos una gran ventaja, porque no tenéis entre los cristianos enemigos más terribles, ni en los que tenga más confianza el conde Garci-Fernández.» Después—habiendo hecho matar al escribiente—se dirigió á Salas y entregó la carta á Gonzalvo, dándole las gracias, y diciendo á D.^a Sancha, su hermana, que Gonzalvo volvería rico de su misión.

Cuando Almanzor, habiendo recibido á Gonzalvo, hubo abierto la carta que le tendía, se horrorizó de tal perfidia y no quiso matarle; se contentó con encerrarle en su prisión. Después ordenó á Galve y Viara que reuniesen un ejército y le condujesen, para el día señalado, á la llanura de Almenar.

Mientras tanto, Ruy Velázquez proponía á sus sobrinos el hacer con él una batida por territorio moro, y les citaba en el llano de Almenar, en donde les precedería, puesto que su castillo de Vilvestre estaba más cerca del lugar que Salas. Los Infantes se pusieron en marcha acompañados por su fiel *amo* Muño Salido, el cual era un gran *aguorero*, es decir, muy versado en esa ciencia de augurios, que desempeñaba un papel esencial en la vida de los aventureros castellanos. En un desfiladero de un valle que descendía, vió unos pájaros de tan funesto presagio, que invitó á los Infantes á volver sobre sus pasos y esperar mejor coyuntura. Pero Gonzalvo le respondió que el presagio concernía solamente sin duda á Rodrigo, jefe de la expedición, y que no volverían. Entonces Muño Salido les dijo:

—Hijos, os digo la verdad. Si estáis resueltos á desafiar esos augurios, enviad á decir á vuestra madre que os haga eri-

gir siete catafalcos cubiertos de negro en medio de su patio, y que os llore como muertos.

—Muño Salido—exclamó Gonzalvo,—si no fueseis mi *amo*, os mataría por esas palabras: os prohibo repetir las.

—Puesto que es así—dijo Muño,—dadme la despedida, porque me vuelvo á Salas y no nos volveremos á ver.

Se volvió hacia Salas; pero en el camino pensó que hacía mal en dejar así, por temor á la muerte, á los que había educado, sobre todo siendo como él de edad avanzada, y que era más natural en él afrontar la muerte que en ellos, que eran jóvenes y estaban llenos de porvenir, y que, puesto que no temían á la muerte, menos debía él temerla, y que si ellos morían y sobreviviese él, se encontraría deshonorado; «y sería gran vergüenza para mí, pensó, haber sido considerado en mi juventud y ser despreciado en mi vejez». Y volviendo grupas, tomó de nuevo el camino que seguían los Infantes.

Cuando les alcanza se encuentran ya con Rodrigo, en el val de Febros, y le han contado los esfuerzos del viejo para detenerlos. Sigue entre Rodrigo y Muño un cambio violento de palabras, y el terrible Gonzalvo mata de un puñetazo á un caballero de su tío que quería pegar al *amo*. Los dos bandos van á llegar á las manos, cuando Rodrigo, sabiendo que no le ha de escapar su venganza, acepta la satisfacción legal de los quinientos sueldos que le ofrece Gonzalvo, y todos se dirigen al llano de Almenar.

No relataré la batalla, en la cual los Infantes, abandonados por su tío y envueltos por enemigos, no son vencidos sino por el cansancio, que llega á ser tan grande que ya no pueden levantar el brazo para herir. Citaré solamente el rasgo sublime de la muerte del viejo Muño Salido, quien, al principio del combate, aunque acaba de tener la prueba de la traición de Rodrigo, dice á los Infantes:

—Hijos, no temáis nada, porque los augurios que os dije que eran adversos, no lo eran; eran buenos y daban á entender que seríamos vencedores y cogeríamos un gran botín. Id

audazmente, y os digo que yo asestaré el primer golpe, y os encomiendo á Dios.

Y, espoleando á su caballo, se arroja en medio de los enemigos, y cae acribillado de heridas.

Hay un momento en que los Infantes pueden enviar á uno de ellos á Ruy Velázquez, que permanece con su tropa como espectador de la matanza de los suyos, para preguntarle si les va á socorrer.

—Amigo—le responde Rodrigo,—vete á tu buena aventura. ¿Creéis que he olvidado la afrenta que me inferisteis en Burgos cuando matasteis á Alvar Sánchez? ¿Y la que hicisteis á mi mujer, doña Llambla, cuando la arrancasteis á su servidor de debajo del manto, y le matasteis ante ella, y ensangrentasteis su tocado y sus vestidos? ¿y la muerte del caballero que me habéis matado en Febros? Sois buenos caballeros: defendeos como podáis, porque de mí no tendréis ninguna ayuda.

Cuando los Infantes fueron conducidos á la tienda de Galve y de Viara, éstos, llenos de admiración y de piedad, están prontos á salvarles la vida; pero acude Ruy Velázquez y les amenaza con denunciarles á Almanzor, y entonces dan la orden de decapitar á los Infantes, lo que se realiza comenzando por el mayor, Diago, y concluyendo por Gonzalvo, el menor. Rodrigo sacia sus ojos en aquel espectáculo; después vuelve á Vilvestre. Galve y Viara se dirigen á Córdoba y presentan á Almanzor las cabezas de los Infantes y la de Muño Salido.

Gonzalvo Gustioz estaba en su prisión cuando vió entrar á Almanzor.

—Salud, señor—le dijo;—pienso que si me visitas es porque quieres libertarme.

—Sí, pero primero escucha. Mis guerreros han combatido á los cristianos en el llano de Almenar, y hemos alcanzado la victoria; me han enviado ocho cabezas, siete de jóvenes y una de viejo. Se dice que son del distrito de Lara. Vélas, y di si las conoces.

Y llevó al prisionero al salón de su palacio, en donde, sobre un paño blanco, estaban expuestas las cabezas, en primer término la de Muño, después las de los siete infantes, por orden de edades. En cuanto las vió Gonzalvo las reconoció y cayó al suelo como muerto. Después se levantó y, cogiendo las cabezas en sus manos una tras otra, consagró á cada una de ellas la oración fúnebre á que tenía derecho.

Este trozo, por una feliz casualidad, nos ha llegado casi intacto. No se puede imaginar nada que sea á la vez más profundamente épico y más particularmente castellano y de la Edad Media. Gonzalvo no se limita á vanas lamentaciones: se dedica—y esto es lo profundamente épico y lo que jamás se le hubiera ocurrido á un poeta de salón,—según va cogiendo las cabezas, á hacer el elogio, respectivamente, de aquellos á quienes pertenecían; pone de relieve las cualidades de cada uno, que hacen su pérdida deplorable; y tales cualidades son hasta tal punto características del tiempo y del lugar, que dan á esa conmovedora oración fúnebre, al lado de su alto valor poético, todo el valor de un incomparable documento de historia y de arqueología. Véase:

Tomó primero en sus brazos
e razonaua con ella
«Salve vos Dios, Muño Salido,
¿e que fué de los míos fijos,
porque en Leon e en Castiella
e de mejores que vos
De Dios seades perdonado,
si fuestes vos en consejo
lo que non fariades vos
Catariades los agüeros
non vos querría creer
ca se doldría de mí
E perdonat me, compadre,
que mucha falsedat

la de don Muño Salido
como si fuera bivo:
mi compadre e mi amigo,
que en vuestra mano ove metidos,
erades vos muy temido,
erades servido.
mi compadre e mi amigo,
con su tío don Rodrigo,
por lo que vos no avia visto.
como amo e padrino;
Gonzalo Gonzalez, mi fijo,
porque yazía en cativo.
e mi buen amigo
sobre vos había dicho».

La cabeza de don Muño
 e la de Diago Gonzalez
 e mesando sus cabellos
 «Señero, so, e mezquino
 Fijo Diago Gonzalez,
 fazíalo con derecho,
 Grant bien vos quería el conde,
 tambien toviestes su seña
 á guisa de mucho ardido
 fiziestes en ese día,
 ca voz alzastes la seña
 fue tres veces abaxada
 e matastes con ella
 Desen arriba, los moros
 metiense por las tiendas
 muy bien sirviestes al conde
 bueno fuera Ruy Velazquez
 Trasnocharon los moros,
 diovos ese día el conde
 la media poblada es
 Desde vos moristes, fijo,
 La cabeza de don Diago
 e alimpiandola con lagrimas
 Cada uno como nascio

La de Martin Gonzalez
 «O fijo Martin Gonzalez,
 quien podrie asmar que en vos
 atal jugador de tablas
 bien e mesurada miente
 Que yo viva ó que muera
 mas mucho he fiero duelo
 sin fijos e sin marido
 La cabeza de Martin
 e la de Suero Gonzalez

tornola en su lugar,
 en los brazos fué á tomar;
 e las barbas de su faz:
 para estas bodas bofordar!
 á vos amaba yo más,
 ca vos nacierades ante.
 ca vos erades su alcalle,
 en el vado de Cascajar;
 muy onrrada la sacastes
 fijo, un ensayo muy grande;
 e metistela en haz
 e tres veces la alzastes,
 dos reys e un alcayde.
 ovieronse de arrancar
 que non avien vagar;
 cayéndoles en alcance
 si ese día finase!
 fueronse para Gormaz;
 Carazo por heredat
 e la media por poblar.
 lo poblado se despoblara».
 entonces fué á besar
 volviera á su lugar.
 asi las yua tomar.

en sus brazos la tomaba:
 persona mucho onrrada
 avie tanta buena maña!
 non lo avie en toda España,
 vos fablavades en plaza.
 de mi ya non me incala,
 de vuestra madre doña Sancha,
 fincara tan desconortada!»
 luego llorando dexava
 en los brazos la tomaba.

«A fijo Suero Gonzalez,
de las vuestras buenas mañas
de aves erades maestro,
en cazar muy bien con ellas
Malas bodas vos guiso
á mi metio en cativo
los que oy son por nascer

Desi beso la cabeza
e la de Ferrant Gonzalez
«Fijo, cuerpo tan onrrado,
del conde Ferrant Gonzalez,
De las vuestras mañas, fijo,
matador de oso e de puerco,
quier de pie, quier de cavallo
nunca de rafez campaña
mas con las grandes e altas
Vuestro tío don Rodrigo
que á vos fizo matar,
traydor le llamaran

Desi beso la cabeza
e la de Ruy Gonzalez
«Fijo Ruy Gonzalez,
de las vuestras buenas mañas
muy leal para señor,
mejor cavallero de armas
Malas bodas vos guiso
a vos fizo descabezar
Aferos aqui finados
mas el por siempre avía

Esa cabeza besando
e la de Gustios Gonzalez
del polvo e de la sangre

cuerpo tan bueno e leal,
un rey se debía pagar:
non avie vuestro par
é á su tiempo las mudar.
el hermano de vuestra madre,
a vos levó á descabezar;
traydor le llamaran».

e llorando la dexo
en sus brazos la tomo:
e nombre de buen señor
aquel que vos bateo;
pagar se ye un emperador:
de cavalleros señor,
que ningún otro mejor;
erades vos amador
bien aveniades vos.
malas bodas os guiso!
e a mi metio en prision;
quantos por nascer son».

e en su lugar la miso,
entre los brazos la priso:
cuerpo muy entendido
un rey serie cumplido!
verdadero para amigo,
que nunca ome vido.
vuestro tío don Rodrigo,
e a mi metio en cativo!
de este mundo mezquino,
perdido el parayso».

en su lugar la dexaba
en los brazos la tomaba,
muy bien el rostro alimpiaba,

faziendo tan fiero duelo
 «A fijo Gustios Gonzalez,
 non dixerades mentira
 caballero de grand guisa
 que a quien davades de lleno
 ¡Malas nuevas yran, fijo,

Desi beso la cabeza
 la de Gonzalo Gonzalez
 remesando sus cabellos
 «Fijo Gonzalo Gonzalez
 E las vuestras buenas mañas
 buen amigo para amigos,
 conocedor de derecho,
 en armas mucho esforzado
 alcanzador de tablado
 en camara con las dueñas
 davades les vuestras donas
 menester avie agudeza
 e mucho serie agudo
 Los que me temien por vos
 aunque yo torne á Lara
 non he pariente ni amigo
 mas me valdría la muerte
 La cabeza de las manos
 e dio en tierra amortescido
 peso mucho a Almanzor

por los ojos le besaba:
 aviades buena maña:
 por cuanto avie en España;
 muy buen feridor despada
 tollido ó muerto quedava.
 de vos al alfoz de Lara!»

e puesta en su lugar
 en brazos la fue tomar,
 faziendo duelo muy grande:
 a vos amava vuestra madre...
 qui las podrie contar?
 e para señor leal;
 amavades lo juzgar;
 a los vuestros franquear
 nunca ome lo vido tal;
 mesurado en el fablar
 muy de buena voluntad;
 quien con vos se razonase,
 si lo peor non levase.
 enemigos me seran,
 nunca valdre un pan;
 que me pueda vengar
 que veer este pesar.»
 sobre las otras se le cae
 que de si non sabie parte;
 e comenzo de llorar.

A esta escena tan elevadamente patética sucede otra de las más extrañas, en la que estallan la movilidad y la brutalidad de aquellas almas primitivas. Almanzor, al salir de la sala trágica, encuentra á su hermana, «que era muy bella y virgen, y que hablaba muy bien y muy discretamente», y le dice que vaya á confortar al desgraciado padre con buenas palabras. Ella se niega al pronto; pero él lo exige amenazándola, y ella

entra en la sala en la que Gonzalvo continúa en el suelo. Ella le levanta, le sienta á su lado y empieza á consolarle, diciendo:

—Confortaos, cristiano; me parecéis muy cobarde, y dicen que en la batalla no teméis ni á vivos ni á muertos. No hubierais soportado lo que he sufrido yo. Mi hermano Almanzor me casó con un rey poderoso y rico, y tuvimos siete hijos; y al dirigirnos todos á Córdoba para una fiesta, fuimos sorprendidos en los campos de Sevilla por los cristianos, que mataron á mi marido y á mis siete hijos; yo huí y me escondí, y durante varios días sufrí gran miseria. ¡Y, sin embargo, no me maté de dolor como hacéis! Y veo que, á pesar de vuestros cabellos blancos, tenéis el rostro fresco, y tal vez podréis tener todavía hijos que venguen á los otros.

Todo lo que decía era mentira, porque era virgen y no tenía edad para haber tenido siete hijos. Y Gonzalvo Gustioz se fijó en ella y en las palabras que había dicho, y le dijo:

—Señora, ¡haga Dios que sea así! Y con vos he de hacer el hijo que vengue á los otros.

En vano se defendió ella, y dijo que su hermano les mataría á los dos; él respondió que no la dejaría marchar por todos los moros que había en España. Y aunque estaba minado por la rudeza de la prisión y los malos alimentos, la cogió y la poseyó, y Dios quiso que de aquella unión quedase ella en cinta de un hijo que, más adelante, se llamó Mudarra Gonzálvez, que fué buen cristiano y mató á Ruy Velázquez y á D.^a Llambla, y vengó á sus hermanos (1).

La *infanta* partió sin que nadie hubiera sospechado la aventura; Almanzor volvió, y dijo á Gonzalvo:

—No gano nada con tenerte prisionero, porque ya no tie-

(1) Sigo la versión de un arreglo de la *Crónica general*, y la que adoptó Alfonso X es mucho más vulgar: Almanzor, como los reyes sarracenos de tantas canciones de gesta nuestras, encargó á una mora fija dalga que cuidase del prisionero; Gonzalvo y ella se amaron en la prisión, y así llegó á ser la madre de Mudarra.

nes fuerza ni sentido. Te devuelvo la libertad, y te haré acompañar hasta las fronteras de Castilla, y te daré esas cabezas en un cofre para que las lleves á tu país.

Gonzalvo le dió muchas gracias, y al día siguiente se puso en camino. Pero, antes, la infanta había ido á verle en secreto, y le dijo:

—Si tengo un hijo de ti, ¿cómo encontrará á su padre?

—Si es una hija—dijo Gonzalvo,—quédate con ella y que tu hermano la case. Si es un hijo, he aquí la mitad de un anillo del que guardo la otra mitad; cuando sea hombre, que vaya á buscarme á Salas y me lo lleve.

Y él partió para Salas, en donde D.^a Sancha le recibió con gran alegría; pero Gonzalvo abrió el cofre que había traído, y le enseñó las cabezas.

—¡He aquí—le dijo—el presente que os envía Ruy Velázquez, vuestro hermano!

Ella cayó inanimada al suelo, y desde entonces ni ella ni él tuvieron un día de alegría.

Sus desgracias no habían llegado todavía al colmo. Ruy Velázquez, para escapar al castigo de su traición, se apoderó de los castillos cuya custodia ejercía para el conde de Castilla, y se rebeló contra él. Tomó también, uno tras otro, todos los dominios de Gonzalvo, y no le dejó sino Salas, que se desmoronaba, y en donde D.^a Sancha y su marido no tenían más que una pobre sirviente. Gonzalvo, á fuerza de llorar, había perdido la vista, y andaba con un palo en la mano. Todos los días, Rodrigo, no contento con aquella miseria y aquel dolor, hacía arrojar siete piedras á las ventanas del viejo, para recordarle la muerte de sus siete hijos. Y esta vida duró diez y ocho años, pero al fin Dios proveyó.

*
* *

Mударra, hijo de Gonzalvo y de la infanta mora, se criaba en el palacio de Almanzor, que le quería mucho como sobri-

no (1), y que apreciaba las bellas cualidades que demostraba desde la infancia. Cuando tuvo diez y ocho años, su madre y su tío le dijeron de quién era hijo y la traición en que sus hermanos habían perecido. Resolvió al punto ir á buscar á su padre, si vivía, y vengar á sus hermanos. Se dirigió, pues, á Salas en compañía de unos cristianos, prisioneros de Almanzor, que éste puso en libertad y se los dió.

Una noche D.^a Sancha soñó, y contó el sueño á su marido:

—Señor, sabed que esta noche, cerca de la mañana (2), he soñado que vos y yo estábamos en una elevadísima montaña, y de la parte de Córdoba veía que llegaba un alzor volando y se posaba en mi mano, y abría sus alas, y me parecía que era tan grande que su sombra nos cubría á ambos, y se alzaba é iba á posarse en el hombro de Ruy Velázquez, el traidor, y le apretaba tan fuertemente con sus garras que le arrancaba un brazo del cuerpo, y corrían de él arroyos de sangre, y yo me arrodillaba y bebía la sangre.

Gonzalvo suspiró, y dijo que tal vez Dios realizaría aquel sueño.

Aquel mismo día, cuando el anciano, de vuelta de misa, lloraba en su mansión ruinosa, se presentó Mudarra y se dió á conocer á su padre. Gonzalvo temía que D.^a Sancha se ofendiese con la revelación de la existencia de aquel bastardo; pero, lejos de ello, presintiendo en él al vengador prometido por su sueño, exclamó:

—Pecados como éste, Gonzalvo, quisiera que hubieseis hecho siete, y más.

Para demostrar bien lo que decía, Mudarra entregó á Gonzalvo la mitad del anillo que había dividido, y Dios hizo un doble milagro: las dos mitades del anillo se juntaron, y tocándose con él los ojos, Gonzalvo recobró la vista.

(1) Hay que suponer que la hermana de Almanzor confesó su aventura, y que él no la castigó.

(2) Es la hora en que son más verídicos los sueños.

Doña Sancha no se cansaba de mirar á Mudarra, que era el vivo retrato de Gonzalvo Gonzálvez, el menor y más amado de sus hijos. Los tres fueron á Burgos á ver al conde, y al día siguiente, día en que el bastardo fué bautizado y armado caballero, ella le adoptó, «como lo prescribe el fuero de Castilla», haciéndole entrar por una manga de un amplio manto y salir por la otra.

Alentado por el conde, Mudarra partió en seguida para poner su venganza en ejecución. Atacó primero y tomó, uno tras otro, los castillos más próximos, de los que se había apoderado Ruy Velázquez. Ruy, aunque tenía á sus órdenes un ejército numeroso, huyó ante su enemigo y atravesó toda Castilla. Por fin, no lejos de Vilvestre y de Salas, habiendo perdido algunas horas en tratar de recobrar un halcón escapado, vió llegar á Mudarra con los suyos, y se decidió á esperarlo (1). Los dos enemigos se provocaron, y convinieron en combatir solos. Después de algunos golpes terribles, Mudarra clava su lanza en el pecho de Ruy, que cae de su caballo. Le transportaron á su propio castillo de Vilvestre, cuyos hombres abrieron las puertas al vencedor.

«Y D. Mudarra Gonzálvez envió á Salas á buscar á su madre D.^a Sancha para que fuese de la boda (2). Y ella, cuando lo supo, fué al punto y con gran alegría, y cuando D. Gonzalo Gustioz y su hijo Mudarra Gonzálvez supieron que llegaba, salieron á su encuentro «bofordando» y arrojando las lanzas al aire y demostrando gran contento; y cuando estuvieron cerca de D.^a Sancha, D. Mudarra fué á besarle la mano, y todos, contentos, marcharon al castillo y echaron pie á tierra. Entonces Mudarra dijo á D.^a Sancha:

—Señora, aquí veis al traidor: hacedle castigar como os plazca.

(1) Según el poema, la escena pasa en *val de Espeja*, que se llama desde entonces *val de Espera*. No se encuentra hoy en aquellos parajes un lugar de ese nombre.

(2) «De la fiesta»: expresión de una alegría feroz en tal circunstancia.

Y el traidor cerró los ojos y no quiso verla, y D.^a Sancha le miró así yaciendo, y vió la sangre que corría, y dijo:

—Alabado sea Dios, y gracias le sean dadas por la merced que me hace. Porque he aquí cumplido el sueño en que soñé que bebía la sangre de este traidor.

Entonces ella se acercó y se arrodilló para beber la sangre que corría; pero Mudarra Gonzálvez la cogió por el brazo y la levantó, y dijo:

—Madre y señora, no quiera Dios que tal cosa suceda: que la sangre de un traidor éntre en un cuerpo tan bueno y tan leal como el vuestro. Está en vuestras manos: decid cómo queréis que sea castigado.

Después que se hubo largamente deliberado sobre el suplicio que se aplicaría á Ruy Velázquez, D.^a Sancha decidió que le ataran por los pies y las manos á dos postes clavados en medio de un campo, y que todos los que tuvieran que vengarse de él, todos aquellos especialmente cuyos deudos fueron muertos con los Infantes, le lancearan con dardos, venablos y otras armas, hasta que sus carnes cayeran á jirones, y que en seguida todos le lapidaran. Lo que ella dijo fué hecho; y lanzaron tantas piedras sobre su cuerpo, que fué cubierto por un montón, en el que bien habría diez carretadas; «y hoy todavía todo el que pasa por allí, en vez de decir un *Pater noster*, le arroja una piedra y desea á su alma la condenación eterna. ¡Amén!»

En cuanto á D.^a Llambla, los relatos acerca de su fin varían mucho. Parece que en el primer cantar escapaba á todo castigo, á causa de su parentesco con el conde Garci Fernández. Pero esta impunidad chocaba con el sentimiento popular, y más adelante se contó que Mudarra no la hizo nada mientras que vivió el conde; pero que después de la muerte de aquél, la quemó viva ó la infligió el mismo suplicio que á su marido; otras versiones decían que, rechazada por el conde, huyó á Sierra de Mena, y erró por allí largamente hasta que murió miserablemente. Una tradición poco antigua presenta en Bur-

gos la torre desde lo alto de la cual se tirara. En el mismo Lara, otra tradición, en la que por lo demás todo está extraordinariamente desfigurado, pretende que se precipitó en un abismo, del que todavía sale algunas veces un espantoso clamor.

*
* *

He aquí lo que durante tres siglos cantaron los juglares en Castilla la Vieja, en donde ocurrió el drama de Almenar; después, á medida que se extendió la reconquista, en España entera. El cantar de los Infantes de Salas es sin duda la primera obra original que haya sucedido á las adaptaciones de los cantares de gesta franceses; sirvió de modelo á los poetas que, poco después, celebraron las hazañas del Cid. Estos dieron á la epopeya castellana un fondo más amplio y más grandioso; el héroe que hicieron inmortal idealizándole no encarnó solamente el orgullo, los odios y las venganzas de la familia feudal: representó la gran obra nacional de la reconquista del suelo español sobre los conquistadores extranjeros; simbolizó las relaciones de los nobles con la monarquía y con el pueblo; se hizo á la vez el campeón de las libertades comunales contra la tiranía real y el de la España cristiana contra los musulmanes. Los cantares de los Infantes, más individuales, más impregnados del espíritu bárbaro de los antiguos tiempos, compensan por la intensidad del pensamiento que les anima lo que les falta en amplitud y en ideal. Encontramos en ellos, en un fiel y viviente sello, la salvaje energía y la pasión concentrada de una época y de una clase de hombres que han desaparecido, pero cuyo espíritu ha sobrevivido largo tiempo y circula al través de toda la poesía como al través de toda la historia española. Penetran en lo más profundo del alma nacional, y nos hacen sentir su vigor y también su ferocidad primitiva, que diez siglos, á pesar de tantas transformaciones y aparentes eclipses, no han agotado todavía. Así esos cantares no se han borrado nunca del corazón de la nación que los pro-

dujo; se han perpetuado en los romances, que no eran al principio sino trozos separados, en el teatro que les ha acogido mil veces y que no los ha presentado jamás al público español sin que éste se reconociese en ellos estremeciéndose. Aparte su interés histórico, nos atraen por su belleza sombría y por lo que en su inspiración hay de generalmente humano, tanto por lo que en su forma hay de tan particular y tan lejos de nosotros. Merecen tomar puesto al lado de las más bellas de nuestras canciones de gesta feudales, de *Raoul de Cambrai* ó de *Renand de Montaubau*. Tienen sobre nuestros poemas la gran ventaja de que, no obstante las mutilaciones y alteraciones que han sufrido, poseemos por lo menos ciertas partes en su forma original, tales como salieron del alma y de los labios de sus primeros autores, mientras que nuestros poemas no nos han llegado más que en arreglos de tercera ó cuarta mano.

Esa forma original, cuya restitución debemos á los esfuerzos del Sr. Menéndez Pidal, merecía ser presentada á los lectores franceses, que no han conocido hasta aquí de la patética leyenda sino sus últimas transformaciones. En la vieja pared de la iglesia de Santa María de Salas, en donde están encerradas desde hace muchos siglos, se deshacen hoy en polvo las cabezas de los siete infantes y del viejo *amo*; si las tuviéramos ante nosotros, únicamente por un esfuerzo de pensamiento podríamos volverlas á su integridad primera, revestirlas con su carne y verlas aparecer tales como fueron llevadas del campo de batalla, casi vivas aún, con los ojos espantados, con la boca abierta para gritar y la sangre fresca cayendo sobre las mejillas... Lo que sólo la imaginación puede hacer para este espantoso espectáculo, una ciencia ingeniosa y paciente, ha sabido realizarlo con los cantos que suscitó en otro tiempo y presentárnoslos casi íntegramente, con todo su horror sombrío y su saliente belleza.

GASTÓN PARÍS

LA EVOLUCIÓN DEL SOCIALISMO EN ITALIA

I.—Enrique Ferri y sus tendencias políticas.

La política revolucionaria de Enrique Ferri entra á su oca-
so, cediendo terreno al socialismo evolucionista de Felipe Tu-
rati. Los mismos anarquistas que sirvieron de base al ilustre
criminólogo para derrotar á su adversario, organizan conspi-
raciones domésticas contra él; su hegemonía dentro del partido
socialista peligra. Acaso concluya muy en breve. Su talento,
por todos reconocido, no será escudo eficaz para obstar las
consecuencias de sus propios yerros; la caída será una resul-
tante lógica del encumbramiento. Suele narrarse que el inven-
tor de la pólvora fué víctima de una explosión intempestiva:
Ferri ha inventado la pólvora política.

La presente crisis del socialismo en Italia tiene una historia
muy sencilla. Sus causas deben buscarse en la alta sociología
política, al mismo tiempo que en el juego modestísimo de pa-
siones humanas, demasiado humanas.

La mayoría de los anarquistas de Italia, para evitar las
persecuciones del Gobierno, se refugió en el partido socialista.
No pudiendo con su temperamento — pues éste es la base fun-
damental de sus predilecciones doctrinarias, — comenzaron á
trabajar de zapa dentro del partido, que se vió imposibilitado
para eliminarlos en masa ó neutralizar su acción. Combatir á
esos anarquistas vergonzantes era sacrificar la propia popula-
ridad. Felipe Turati, cerebro culto y carácter integérrimo,
asumió valientemente esta actitud desde el primer día.

Enrique Ferri, personalmente enemistado con Turati, creyó llegada la ocasión para consolidar su predominio personal dentro del partido. Actuando en plena contradicción con sus ideas científicas más fundamentales, puesto que es evolucionista, hizose leader de la fracción llamada revolucionaria y derrotó á la fracción reformista acaudillada por su antiguo rival. El último Congreso entregó á los ferristas la dirección del partido y la redacción del *Avanti!*, su órgano. Turati, desde Milán, continuó su prédica, esperando que los acontecimientos le dieran plena razón, haciendo primar la realidad de los hechos sobre la elocuencia de las retóricas tribunicias.

Ferri se creyó árbitro de los destinos de Italia. Así como los anarquistas vergonzantes se sirvieron de él para anular á Turati, él los aprovechó para hartar su inconmensurable amor propio. Puso su talento, su reputación y su elocuencia prodigiosa al servicio de los enemigos internos del partido, quienes retribuyeron el holocausto con las monedas falsas de la popularidad callejera. Ferri mantuvo ese prestigio acariciando y elogiando las pasiones de la masa, fácilmente sugestionable por los que más gritan de revolución y de catástrofes reivindicadoras. Embarcado en esa política demagógica, dió muchos traspiés; tantos como pasos llevó á cabo.

Los afiliados más sectarios continuaron aplaudiéndole, pero todos los ciudadanos ajenos á su cofradía comprendieron muy luego su imprudencia. Llegaron las últimas elecciones generales. El partido, ya anarquizado, fué á las urnas sin disciplina alguna; los conservadores de todo matiz, hastiados por el palabreo crónico de los revolucionarios y por su inconsulta manía de provocar huelgas absurdas (á punto de haber fracasado todas ellas), concurrieron compactos. El partido socialista sufrió en Italia su primera derrota electoral, gracias á la política de Ferri, y, por ende, á la influencia subrepticia de los anarquistas infiltrados en sus filas.

Sobrevino entonces una reacción, naturalmente. La catástrofe reveló á Ferri todo lo que sus pasiones le ocultaban. Los

reformistas adquirieron nueva pujanza para oponerse á los revolucionarios y el nombre de Turati comenzó á pronunciarse con creciente simpatía. Ferri sintió que faltaba el suelo bajo sus pies; hizo varias declaraciones que le acercaban á los reformistas, consiguiendo que éstos no las tomaran en cuenta y que los revolucionarios desconfiaran de él. Temiendo á los reformistas, se desgració con los revolucionarios.

Una tarde, á fines de Mayo próximo pasado, entramos al *Avanti!* para corregir las pruebas de un artículo editorial; encontramos la redacción convertida en alborotado avispero. Los redactores, en masa, estaban sublevados contra Ferri, y habían renunciado colectivamente, pidiendo se convocara á la dirección del partido y, si era menester, un congreso, para optar entre ellos y el director. La causa incidental fué una leve arbitrariedad de Ferri: el nombramiento de un cronista que antes había sido excluído por incorrecciones que es inútil precisar. Pero las causas verdaderas, según nos dijo Enrique Leone, jefe de la redacción, gritando á fin de que las oyera el interesado, que estaba en el salón contiguo, eran dos: la inaguantable megalomanía de Ferri y una nueva divergencia política que se ha concretado bajo el nombre de «sindicalismo».

—¡Estamos hartos de Ferri—gritaba,—hartos de política! La acción parlamentaria es ineficaz para los intereses del proletariado. La lucha política debe relegarse al segundo plano. Es necesario organizar sindicatos obreros y plantear la lucha de clases en el terreno económico...

En suma: los revolucionarios que ahora conspiran contra Ferri, como ayer lo hacían contra Turati, son anarquistas de cepa más ó menos genuina, aunque se califiquen de otra manera. Como Ferri no se presta completamente á servir su política negativa, han resuelto hostilizarlo en la misma forma que á Turati. Esto los obliga, por fin, á salir de su posición equívoca y á descubrir su verdadero credo político, aunque no se deciden á confesarlo de plano.

II.—Felipe Turati y sus tendencias políticas.

La política del partido socialista en Italia atraviesa por una crisis que se resolverá, probablemente, por un brillante desquite de Turati; su tendencia reformista cuenta ya con el apoyo de casi todo el grupo parlamentario socialista.

Felipe Turati es un hombre feo, pero extraordinariamente simpático, encantador. Su físico es la antítesis del de Ferri, lo mismo que su método político. Es de buena estatura y viste correctamente, aunque sin elegancia. Usa una barba anormal, pero discreta. Sus ojos, en una sola mirada, dicen más que un libro de trescientas páginas. Es amable sin afectación; una ingenua sonrisa orna su feo hocico, pareciendo embellecerlo. Es sencillo hasta la familiaridad, como todo grande hombre que se ignora á sí mismo; Ferri, en cambio, según dicen sus propios amigos, no se ignora ni se olvida un solo momento en todo un año. Turati ha tenido siempre el valor de confesar abiertamente sus opiniones sociológicas, casi siempre adversas al socialismo impulsivo y sentimental de las masas obreras; eso le ha valido muchas invectivas, y las turbas le han honrado con sus injurias. Se le dijo burgués, traidor, aspirante á ministro, traficante político; un diario de los labriolistas le enderezó esta metáfora: «venenosa serpiente que amenaza morder el corazón del proletariado». Turati se ríe de sus adversarios y los compadece. Él sabe más que ellos: los ignorantes no pueden ofender al estudioso.

Turati cree que, en rigor, no existen dos tendencias dentro del socialismo italiano. Para él, la tendencia revolucionaria es, en los más, un penacho verbal para jugar con el sentimentalismo de las masas, exento de influencia sobre la acción real de los mismos que lo adoptan por coquetería; en otros es un simple disfraz del anarquismo negativo y antisocialista, que pretende reconquistar en el partido italiano la ciudadanía que perdió en la violenta ruptura de 1892, en el Congreso de Génova.

va. La cuestión de las dos tendencias ha sido analizada ampliamente desde esa época. Fué muy fácil separar la cuestión superficial, fundada en discordias mezquinas, artificio pueril para diferenciarse y para dominar dividiendo, de la otra cuestión real y profunda, jamás negada: el conflicto entre la tendencia socialista y la tendencia anarquista; pero, según Turati, esta última cuestión debe colocarse en su sitio verdadero, es decir, fuera del partido. «La orden del día Mocchi-Labriola, aprobada en el Congreso de Brescia en 1904, no es más que la formulación abstracta y sintética—ni siquiera nueva—de aquellos principios y de aquella táctica que siempre hemos combatido como ajenos y enemigos del socialismo moderno, al mismo tiempo que ajenos y enemigos de todo el moderno movimiento del proletariado» (1). Por eso, frente á las irrealizables intenciones de concordia y unión de las fracciones socialistas, Turati ha definido su criterio en una frase más elocuente que una disertación. «La unidad del partido socialista debe ser la unidad del partido socialista solo—jamás el contubernio entre socialistas y anarquistas, sea cual fuere el disfraz que éstos adopten.»

Con igual intención, diez años antes, en el Congreso de Génova, pudo exclamar Prampolini, dirigiéndose á los anarquistas y á los corporativistas: «Desde hace años estamos empeñados en combatirnos en los diarios, en las asambleas, en las plazas, en los Congresos. No diré que haya mala fe de una ú otra parte; pero es indiscutible que esta lucha existe, es de todos los días, de todas las horas, porque somos dos partidos esencialmente diversos, y recorreremos dos caminos absolutamente opuestos. No puede haber comunidad alguna entre nosotros» (2).

Esos son los verdaderos términos del conflicto que palpita

(1) Turati: «La fine delle tendenze», en la *Critica Sociale*, núm. 4, 1904.

(2) Prampolini: «Discurso» publicado en la *Lotta di Classe*, Agosto 29 de 1892.

en el movimiento socialista italiano, siendo, á su vez, un reflejo del conflicto latente en el socialismo internacional.

En Italia, como en todas partes, el socialismo nació indefinido, caótico. Antes de llegar á la forma en que Turati lo concibe, pasó por diversos períodos evolutivos cuya ley general conocemos ya. La evolución es evidente; conviene generalizar su análisis, incluyendo la fase italiana del socialismo dentro del movimiento internacional, que ahora asume caracteres de política positiva.

III.—La interpretación utópica del socialismo.

El socialismo debe entenderse como una interpretación del movimiento social, dadas las condiciones especiales del presente momento histórico en los países más evolucionados de la civilización ariana. Es la simple intelección de un fenómeno, independiente de la «voluntad social» y de toda política sectaria ó partidista. Así como es ilusión el libre albedrío individual, lo es también el sociológico ó político. Los hombres no hacen la historia; los socialistas no hacen el socialismo. Existe una política socialista porque los fenómenos sociales se reflejan en los cerebros humanos y determinan su orientación en cierto sentido, que les corresponde naturalmente. Los modos de pensar no son la causa, sino el producto de los modos de vivir y del momento de la evolución en que aparecen. El socialismo, por ende, no debe considerarse como un proyecto, un deseo, un ideal, un programa ó un objetivo: es una constatación del rumbo presente de la evolución social. En este sentido, reviste caracteres de doctrina sociológica, superior á los menudos intereses de cualquier facción política militante.

Esa es la forma en que puede hoy plantearse y discutirse sociológicamente el socialismo, prescindiendo de toda la hojarasca plebocrática con que lo enmarañan los que operan sobre el sentimiento de las masas.

El pensamiento humano, para llegar á una interpretación

exacta de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones fenoménicas, suele atravesar distintas etapas, verdaderos períodos. Antes de arribar á la intelección científica de un fenómeno, pasa por sus interpretaciones teológica y metafísica. Ésta es una de las pocas verdades esenciales que nos ha legado Augusto Comte, cuyas mejores intenciones sociológicas naufragaron en el caos de sus postreras divagaciones metafísicas. Todos los modos del conocimiento atraviesan por tres períodos progresivos.

El desarrollo económico de la civilización europea determinó una nueva tendencia de la evolución social, cuya interpretación constituye el núcleo de la doctrina socialista. Esa interpretación ha pasado necesariamente por tres etapas, de acuerdo con la teoría general del conocimiento. La primera fase, utópica, corresponde al período teológico; la segunda, empírica (pretendida «científica»), corresponde al período metafísico; la tercera, crítica y práctica, es propia del período verdaderamente científico y positivo.

Conviene advertir que existe un grupo de tendencias y aspiraciones sentimentales asociadas actualmente al socialismo, las cuales han existido en toda época; aunque ejercen influencia en la política militante, aportando el concurso de las masas, nada tienen que ver con la teoría científica del socialismo. Antes bien, son una maraña perjudicial y perturbadora; las concesiones á ese sentimentalismo son nocivas al estudio de los problemas sociales, debilitan ó anulan sus conclusiones ante la crítica científica. Son la expresión de esa eterna tendencia de la humanidad hacia el mejoramiento sucesivo de sus condiciones materiales de vida. Junto á cada progreso realizado, á cada aumento de bienestar, surge la aspiración hacia un nuevo mejoramiento. Es la perpetua quimera, el «más allá» siempre soñado, que más se aleja cuando creemos aproximarnos más á él. El problema de la desigualdad social de los hombres y el deseo lírico de obviarla ha preocupado á muchos soñadores de todos los tiempos. No será menester que remonte-

mos hasta Confucio y Platón, ni habrá que escudriñar las intenciones ó los proyectos de Marco Aurelio y San Agustín, Campanella y Bacón, Tomás Moorus y Harrington. Huelga también recordar que una de las fases del cristianismo primitivo, con su moral caritativa, fraternizadora, protectora de los siervos y de los serviles, podría llenar algunas páginas en la historia de las utopías precursoras del socialismo sentimental.

Al evolucionar la sociedad feudal hacia la sociedad burguesa, surgen las condiciones materiales que determinan la evolución económica capitalista; ella, á su vez, prepara la ruta posterior de la evolución en sentido socialista. Pues, digámoslo desde ya, su rasgo esencial característico es la tendencia á socializar los sistemas productivos y los medios de producción.

El movimiento intelectual, que tuvo su más acabada expresión en los enciclopedistas, fué el reflejo ideológico de la gran transformación social que se operaba; tomando por causa el efecto más aparente y ponderable, se le consideró como el propulsor de la Revolución francesa. Se ve la hélice que gira y se le atribuye la marcha de la nave; nadie advierte la presión del vapor en las calderas. Las ideas se mueven en el mundo como hélices y agitan á las masas como paletas de hierro que baten el agua inerte; pero, en rigor, el mundo social marcha gracias á la presión de invisibles calderas: las mismas fuerzas físico-naturales que mueven á las nebulosas y á los cristales, á la encina robusta y á la hormiga. Esa es la conclusión que nos impone la filosofía científica en su más reciente concepción del universo.

La realización de la república burguesa es el exponente de un simple hecho económico. El predominio de la economía burguesa sobre la feudal implica el advenimiento de la república burguesa sobre la monarquía feudal. Pero dentro de esa realización latía ya el problema venidero: todo fruto maduro contiene la semilla de otra nueva planta. Morelly—y no Dide-

rot, como se creyó al principio y aún repiten muchos socialistas mal informados—expuso é intentó difundir un sistema encaminado á legislar el «estado social perfecto», con el nombre de *Código de la Naturaleza*: era una especie de comunismo coercitivo, draconiano. Al tiempo mismo, aunque por otro camino, Rousseau formulaba su *Contrato Social*, verdadero *vademecum* de los revolucionarios, quienes sancionaron su triunfo en la noche del 4 de Agosto, en la Asamblea de Versalles; pues, como dice Taine en *Los Orígenes de la Francia contemporánea*, la Revolución francesa fué algo así como el «Contrato Social» en acción.

Poco después, sobre las huellas de Morelly, Baboeuf pretendió completar la obra revolucionaria, organizando su célebre conspiración comunista, que le condujo á la guillotina.

Cerrado ese ciclo embrionario, el socialismo utópico comienza á formularse en sistemas definidos. Aparece Saint-Simon, cuyas teorías, de importancia suma, no es posible mencionar sin respeto; fué un gran observador y un vidente. Poco después, Fourier enunció sus teorías económico-sociales, vislumbrando, como entre ensueños, su sistema basado en la organización falansteriana. Mas tarde, cúpole el turno á los ensayos prácticos de Roberto Owen, quien creyó posible la organización de colonias obreras ideales, perdidas como islotes en el océano de la civilización capitalista; se arruinó junto con la quiebra de su proyecto. Cabet siguió huellas análogas, fracasando como él, ruidosamente. Pero cabe reconocerles un mérito grande, aunque indirecto. Ellos fueron los instigadores de ese género de estudios que poco más tarde, con Adam Smith y Ricardo, constituyó una ciencia nueva: la economía política. Ese origen explica las singulares aplicaciones que se exigieron á esa ciencia en sus comienzos. En su nombre se intentaba justificar ó demoler todos los planes de utopías sociales. Era, alternativamente, el torpedo y la red metálica de los conservadores y de los revolucionarios. El 48 dió su consagración de sangre á todo el movimiento de los utopistas. Luis Blanc,

subido al poder en los albores de aquella República demagogizada, enunció oficialmente el derecho al trabajo é intentó la organización de sus célebres é infortunados talleres nacionales. Es conocido el desastre de tan extemporáneo y absurdo socialismo de estado, que tanta sangre costó en las siniestras jornadas de Junio.

Durante todo ese primer período, el socialismo es una simple teología humanitaria y sentimental; un caso de culto por principios abstractos, que nada significan en la política positiva de un país, pues no corresponden á realidades tangibles, ni expresan situaciones de hecho. El sentimiento, rebelde á toda injusticia, no mesura la reacción bajo el control de la inteligencia; siempre es desbordante, excesivo. Desde Babeuf hasta Luis Blanc, encontramos una concepción del socialismo como reacción sentimental, en nombre de palabras que nada concretan, como «justicia», «libertad», etc.; en su honor florece el lirismo y se idolatra la utopia. Pero hay en toda utopia, como en toda paradoja, un núcleo exacto, alguna parte de verdad objetiva cuya realización es imposible evitar; ella sobrevive á las bien intencionadas imprudencias de sus amigos y á las inicuas represalias de sus adversarios.

En suma: cuando los países más evolucionados entraron á la economía capitalista, aparecieron y se intensificaron ciertos males que son inherentes á nuestra civilización misma, según demostró Edward Charpenter en un libro agudo y paradójal. Entonces surgió el socialismo utópico, como vigorosa expresión de agravios contra los males propios de la organización económica capitalista, como lirismo plebocrático, mezcla de rencores y de filantropías, de rebeliones y de ensueños.

En la utopia no se diseñaba, sin embargo, el núcleo de realidad posible.

IV.—La interpretación marxista del socialismo.

El primer período es pobre, en cuanto á su parte positiva; se caracteriza por negaciones antes que por afirmaciones. Es-

tas se formulan en el segundo período. Todo no era fronda en la selva del utopismo idealista. Los leñadores descubrieron algunos troncos resistentes y seguros; desdeñando la fronda, que sólo podía durar una estación, el socialismo comenzó á definirse en algunos principios sociológicos verdaderos ó verosímiles, poniéndolos como armazón de su vestidura doctrinaria.

Después del vendaval revolucionario del 48, floreció el movimiento socialista de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En Noviembre del año anterior se había reunido en Londres un Congreso iniciado por la Liga de los Comunistas; Marx y Engels habían sido encargados de redactar un programa, que fué el célebre «Manifiesto del Partido Comunista», cuya aparición coincidió con los movimientos revoltosos del 48. De allí arranca el «marxismo». Comparado con el socialismo de los utopistas, señala un gran progreso en la interpretación del movimiento social. No obstante ser en gran parte empírico y metafísico, planteó los problemas sociales en forma accesible y facilitó su análisis crítico, preparando lentamente una transformación ulterior del socialismo hacia su fase evolucionista y determinista. A partir de esa época, se formuló una interpretación realista de la historia, completando el concepto materialista de la escuela de Feuerbach, constituida por la extrema izquierda del hegelianismo alemán; se determinó la importancia fundamental de los factores económicos en la evolución social, incurriendo en exageraciones impuestas por los objetivos políticos que la doctrina estaba llamada á apuntalar; se enunció en sentido absoluto una teoría de la lucha de clases, que sólo resultó exacta en sentido relativo y como una de tantas formas de la lucha por la vida entre los hombres; una teoría del valor, ampliación generosa de la enunciada por Ricardo, y menos inexacta que las demás teorías corrientes sobre este punto; una ley «de bronce» de los salarios, inexacta como ley absoluta, pero indiscutible como tendencia general del precio de los salarios, etc. Al lado de esos ensayos de doctrina verdadera florecían concepciones catastróficas de la evolución

social, risueñas teorías sobre la concentración de la riqueza y el empobrecimiento cada vez mayor de los pobres, presagios apocalípticos sobre la inminente desorganización del Estado ó de la familia, eglógicas demostraciones de la imposibilidad de las guerras, proyectos de bonos de trabajo para reemplazar á la moneda, dictadura de la clase obrera, etc. A ese conjunto de cosas verosímiles y de fantasías absurdas, de ilusiones y de realidades, se pretendió con precipitación adjudicarle el nombre de «socialismo científico», como antítesis del «utópico», calificativos consagrados por Engel en un capítulo de su *Anti-Durhing*, que circula profusamente como folleto de propaganda. En rigor, sólo fué un sistema metafísico, más próximo de la verdad que la teología de los utopistas. Y fué, lógicamente, el precursor inmediato del socialismo positivo que se va formando á sus expensas, aprovechando los buenos muros que están de pie entre sus escombros. El pomposo calificativo de «científico» sólo pudo significar que algunos afiliados al socialismo—pongamos veinte intelectuales por cada millón de proletarios ignorantes—trataban de sustituir la retórica sentimental de los demagogos por fundamentos pedidos á las ciencias modernas, particularmente á la economía política y á la sociología.

Toda la crítica del marxismo—como interpretación del movimiento socialista—puede limitarse á poner de relieve un absurdo fundamental que anula su valor en cuanto él pretenda ser un sistema de política científica. W. Sombart, el ilustre profesor de Breslau, en un libro afortunado, señaló claramente esta contradicción entre el pensamiento y la acción de Marx, entre su teoría y su política. Mientras su doctrina histórico-social es determinista y evolucionista, en el mejor sentido sociológico de la palabra, él no ha cesado jamás de predicar la agitación revolucionaria y de anunciar la inminencia de una revolución sangrienta (1). A este hecho real suelen

(1) W. Sombart: *Le Socialisme et le mouvement social au XIX siècle*. Traducción francesa, pág. 108-110.

oponerse sofismas de justificación, más dignos de leguleyos que de sociólogos, pretendiendo explicar lo que significan los términos evolución y revolución, para deducir que la segunda es el período terminal ó crítico de un ciclo de la primera, en el mismo sentido en que lo afirma Eliseo Reclus, no en sus obras de sabio, sino en cierto socorrido folleto de propaganda. Para obviar ese confucionismo, propio de los que no tienen ideas claras ó encuentran ventajas en las obscuras, especificaremos en qué consiste la contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse á la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentado que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable é independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx—y en el de todos los anarquistas militantes contemporáneos—está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales, mediante la dictadura del proletariado, según los unos, ó la expropiación revolucionaria, según los otros.

Esta contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx—que hemos enunciado desde hace muchos años, combatiendo ilusiones revolucionarias de los socialistas militantes—á la larga se impuso á la atención de todos los críticos del socialismo, amigos ó adversarios, determinando una nueva fase de su interpretación. Sin embargo, durante medio siglo ese ha sido el criterio general del socialismo político internacional; en él se encuentra la gran masa de los socialistas de todos los países.

En esa etapa, el núcleo de realidad posible comenzó á delinearse entre las nebulosas de la utopía.

V.—La interpretación contemporánea del socialismo.

Mientras el socialismo prosperaba en la política militante y esparcía sus aforismos entre las glebas, recolectando votos

por millares y escalando las bancas de los Parlamentos, los estudiosos pusieron sus doctrinas en el alambique y las sometieron á la prueba purificadora. De allí van saliendo, poco á poco, transformadas substancialmente. Sus atenuaciones son esenciales las más de las veces, pero adquieren carácter científico de verdad. Se está separando toda la escoria sentimental y metafísica, inconciliable con los conocimientos de la sociología positiva.

Los críticos adversarios fueron numerosos: Spencer, en Inglaterra; Richter y Haeckel, en Alemania; Garofalo, Negri, Fiorentini, Massarani, Morasso, Pareto, Vitelleschi, Ferraris y Longoni, en Italia; Guyau, Leroy Beaulieu y Picot, en Francia; y cien más. Pero fueron, sin duda, más eficaces los críticos salidos del propio socialismo, como el idealista Malón, el político Bernstein y el anarquista Merlino; y más que ellos, mucho más, los sociólogos independientes y más bien partidarios: Schäffle, Sorel, Loria, Cunow, Hugo, Masarik, Croce, Labriola, Posada, etc.

Así, á los dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas, sucede el tercer período, caracterizado por la crítica del socialismo y su adaptación á las necesidades de una política positiva. Watson, Bernstein, Vandervelde, Turati, Millerand, Merlino, Jaurés, Bissolati, Deville, representan políticamente esta tercera etapa del socialismo. Los «principios» del período utópico son olvidados ó repudiados por los socialistas inteligentes; quedan, por lo menos, relegados á un plano muy secundario, como simple recordación sentimental de un pasado de estériles luchas y sacrificios; otras veces significan una simple concesión á las preocupaciones de las masas que deben servir de plantel político á los jefes inteligentes. Esa concesión, por supuesto, sólo existe tratándose de jefes inteligentes; muchos ignorantes que llegan á dirigir masas obreras ó á influir sobre ellas siguen creyendo de buena fe en las panaceas revolucionarias. Sueñan subvertir el orden social en el momento oportuno, con la misma facilidad con que

se cambian las bambalinas en un entreacto de espectáculo teatral.

En este período eminentemente crítico y positivo del socialismo, sus objetivos políticos se especifican claramente y se concretan en los titulados «programas mínimos»; sus procedimientos de realización se traducen por las diversas formas de «lucha dentro de la legalidad». Las reformas comunes á todos los programas mínimos socialistas pueden enunciarse en pocos acápites fundamentales: extensión del republicanismo democrático, legislación protectora del trabajo, estado laico, nación armada; las reformas particulares varían con las condiciones de cada país, consultando su régimen monetario, su forma de gobierno, su sistema agrario, educativo, judicial, etc., según las circunstancias. Ese programa se limita á propiciar la finalidad completa del Progreso en nuestro momento histórico: la política evolucionista, la civilización misma. Verdad es que algunos programas suelen estar mechados por ingenuidades anticientíficas, como la justicia por jurados, el voto de las mujeres, etc.

Esa tiende á ser la política de los partidos socialistas más prósperos y evolucionados. La política que organiza todo un Ministerio socialista en Australia, presidido por Watson; la que en Francia ocupa ministerios en un Gabinete republicano, con Millerand; la que en Italia apoya al Ministerio monárquico de Zanardelli, con Turati; la que en Bélgica persigue la educación y organización de las masas, sin hacer hincapié en la forma monárquica de gobierno; la que en todos los países comienza á librarse de la pesadilla marxista de la «lucha de clases» absoluta, tan cara á las plebes, y concibe á su lado la «cooperación de clases», que suele ser su eficaz contrapeso y correctivo en la vida real.

El núcleo de realidad posible se desvincula definitivamente de la utopía y tiende á realizarse.

VI.—La lucha de clases y la cooperación de clases.

Ésta es, en Italia, la política de Felipe Turati, con las variantes impuestas por las condiciones propias de tiempo, modo y lugar.

Una larga charla con el ilustre sociólogo—en que intervino de paso la Dra. Ana Kulischioff, su intelectual compañera—confirmó nuestra concepción de la política socialista.

Mientras el socialismo se limitó á ejercer una acción opositora puramente negativa en el orden político (como la erigida en sistema por los anarquistas), pudo mantenerse en la intransigencia, libre de tocamientos con las fracciones progresistas de la burguesía más evolucionada, consecuente con la teoría de la «lucha de clases». Pero cuando un partido acepta la acción política dentro del orden legal existente, interviene en la vida electoral y parlamentaria, y formula un programa realizable dentro del sistema económico actual, su actitud política se modifica forzosamente. Cuando entra á ejercer una acción positiva—ya no de simples negaciones antiburguesas, sino persiguiendo la realización de un programa,—surge la necesidad de coincidir y concordar con otros partidos, toda vez que éstos emprendan reformas de carácter socialista. Esa cooperación de los partidos á los fines del progreso, superiores á los propósitos de cada partido, es una ley general en política; Roberto Peel, el más proficuo de los reformadores ingleses, fué un conservador que, por la fuerza de las cosas, adoptó una gran parte del programa de los progresistas.

Aunque algunos de sus jefes no lo reconozcan abiertamente, la política de los partidos socialistas comienza á adaptarse á ese criterio.

Al concretar su acción presente á los programas mínimos, ha desterrado al porvenir las reivindicaciones trascendentales y ha roto el yugo de muchas anticuadas preocupaciones. La inflexible antítesis entre el socialismo y la economía presente ha cedido su puesto á cooperaciones más y más racionales.

En Francia hemos visto á Millerand participando provechosamente á la política de un Ministerio republicano, con una eficacia que sólo niegan ó desconocen otros socialistas que no pudieron llegar á ministros, no obstante desearlo; y más tarde, los socialistas de casi todas las fracciones, con Jaurés á la cabeza, entraron en el «bloc» republicano é hicieron política ministerialista para aniquilar á la reacción clérico-militar. En Australia, desde hace varios años, el partido socialista vota en el Congreso, junto los progresistas y los liberales, alternativamente, según que unos ú otros estén en el poder y le ofrezcan realizar alguna parte de su programa; y cuando ellos organizan el primer Gabinete socialista del mundo, presidido por su propio jefe, Watson, pueden mantenerse pocos meses en el Gobierno, gracias á los votos de alguna de las fracciones burguesas. En Italia, cuando el Ministerio Zanardelli ofrecía garantizar las más fundamentales libertades democráticas y era fuerza apoyarlo para evitar la reacción que estaba en acecho, el grupo parlamentario socialista, en masa, votaba por el Ministerio día á día; allí se manifestó abiertamente la disidencia entre los socialistas modernos dirigidos por Turati, llamados «ministerialistas», y la fracción jacobina y semianarquista, que tuvo á Ferri por abanderado.

En Bélgica y en Alemania, el partido socialista ha dado su voto en cien cuestiones, que implicaban renunciar á algunas de las premisas de principio, en homenaje á las necesidades de la práctica y á la oportunidad del voto. Por fin, en Buenos Aires, el partido socialista se ha asociado en varias circunstancias á otros partidos ó á asociaciones netamente burguesas, con fines determinados y *contingentes*; su único diputado al Parlamento fué elegido por pocos electores socialistas y muchísimos de varias fracciones burguesas opositoras al Gobierno.

Todo este cambio en la acción política del partido, esta evolución de una intransigencia obstinada hacia una armonización fácil, sólo implica determinar ó amenguar la más anar-

quista de las premisas sentadas por Carlos Marx: la «lucha de clases» y el «antagonismo absoluto de los intereses entre el proletariado y cualquier fracción de la burguesía».

Primero fué la crítica sentimental de Malon, que hizo sonreír á los marxistas empedernidos. Después la heterodoxia fué más firme con Bernstein (1), cuyo libro alborotó el cotarro á punto de que Kautsky (2) tuvo que escribir otro para contestarle; ambos volúmenes fueron ponderados con ecuanimidad por el propio Sorel (3). Bernstein tuvo de su lado en el Congreso de Hannover (1899) á Wollmar, David, Auer y otros conocidos jefes del socialismo alemán. Sus vistas fueron bien acogidas en el extranjero; Jaurés en Francia y Turati en Italia proclamaron que junto con la «lucha de clases» existía la «cooperación de clases», y que esto debía modificar la sistemática intransigencia seguida hasta entonces por el partido.

La teoría marxista es unilateral y sencilla; por eso mismo es accesible á los progagandistas ignorantes y simpática á las masas. Engels (en el *Anti-Dühring*) escribe que toda la historia humana es una historia de la lucha de clases; esas clases son el producto de los métodos y las relaciones de producción ó, en otras palabras, de las condiciones económicas de su época. En la sociedad moderna hay lucha de clases entre los capitalistas detentores de los medios de producción y los productores despojados de ellos, los asalariados. El perpetuo é inevitable antagonismo entre esas dos clases, la una explotadora y la otra explotada, señala el punto de partida de la lucha de clases.

Se ha objetado por los mismos socialistas que esa teoría parte de premisas falsas. No hay *una* burguesía y *un* proletariado, ni existen *dos* intereses, ni éstos son siempre y necesari-

(1) *Socialisme théorique et social—democratie pratique*. París, edit. Stock.

(2) *Le marxisme et son critique Bernstein*. París, edit. Stock.

(3) En *Revue Internationale de Sociologie*. París, Mayo 1900.

riamente antagonistas. La actividad económica de un país crea *varios* intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea *varios* intereses diversos correspondientes á los obreros industriales, á los agricultores, á los medianeros, á los pequeños propietarios. De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases no menos complejas é importantes: la lucha de razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre los sexos, la lucha entre las profesiones, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo ó la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva: hay intereses comunes á toda la humanidad, intereses comunes á toda una raza, á toda una nación, á toda una clase, á todo un sexo, á todo un gremio, á toda una familia ó á un solo individuo (1).

En esas condiciones, las fuerzas que actúan en la vida política y social no pueden siempre dividirse en capitalistas y proletarias. En mil circunstancias hay intereses de raza ó de nación que son comunes al millonario y al hambriento. Una subida en el precio de los cereales beneficia á todos los argentinos, y una invasión de langosta los perjudica á todos. Una reacción monárquica ó clerical en Francia perjudicaría por igual á los republicanos, á los radicales y á los socialistas; en cambio, el Ministerio monárquico de Zanardelli favorecía á todos esos partidos en Italia con sólo garantizar las libertades más primordiales.

En un orden más concreto, á la vez que más general, los intereses de la clase obrera pueden concordar en mil casos con los de una ú otra fracción de la burguesía, ó ser menos perjudi-

(1) S. Faure: *La Douleur Universelle*; Ingegnieros: *La Simulación en la lucha por la vida*, cap. III, etc.

cados por una que por otra. Existen, pues, varias acciones accesibles al proletariado, que pueden convenirle según las circunstancias.

La cooperación de todas las clases es una necesidad para los fines de utilidad común: el aumento de la riqueza y del bienestar nacional, que á todos beneficia. La cooperación del proletariado con fracciones evolucionadas de la burguesía es posible, toda vez que puede tener intereses paralelos ó sinérgicos. La cooperación del proletariado á la acción política de la fracción que menos lo perjudica contra la que más lo perjudica es lógica. La acción independiente del proletariado sólo se impone para gestionar aquellos intereses que le son exclusivos y que pueden ser antagonistas con los de todas las demás clases sociales; en este caso, y sólo en éste, hay verdadera lucha de clase y política de clase en el sentido marxista.

Con esto no negamos que haya intereses de clase propios del proletariado; pero afirmamos que además de esos pueden existir otros, comunes con la burguesía ó con alguna de sus fracciones. Adviértase que la cooperación de clase presupone la existencia de dos clases distintas, por lo menos, y que para distinguir las en economía y en política es necesario casi siempre que exista entre ellos una divergencia ó lucha de intereses. La «cooperación de clase—como ha demostrado con brillo Felipe Turati—coexiste con la lucha de clases. Se concilian—en determinados casos y circunstancias—los intereses opuestos» (1).

Estas ideas no son, indudablemente, las más cómodas para hacer política á base de obreros; pero es el caso de elegir entre la verdad sociológica y las conveniencias electorales de un partido. El obrero concibe el socialismo en su forma lírica y sentimental; está siempre dispuesto á usar de la política como de un instrumento de lucha antiburguesa. Su móvil es el hambre

(1) *La crisi del movimento socialista*. — Ivanoe Bonomi.—Biblioteca de *La Critica Sociale*, 1904, pág. 9.

ó el descontento, no la sociología. Su «fe» no implica una «convicción» ni equivale á ella. Pero todo espíritu estudioso se ve obligado á denunciar esos errores, máxime cuando hace—como es nuestro caso—sociología socialista y no política de partido. Felipe Turati, en cuya compañía mental se nos encontrará con mucha frecuencia, es bien decisivo á este respecto. Considera que el socialismo, como doctrina sociológica, es inaccesible á los obreros; llega hasta repudiar su adhesión, si ella tiene por precio las ilusiones y por causa la inconsciencia. «No es esto, me parece, lo que debemos perseguir; no son estas adhesiones tumultuarias, á las cuales no sabemos qué concepto exacto corresponde en la mente de las multitudes arrastradas á la causa. Nada, en efecto—se ha escrito muchas veces,—es más difícil para el adulto que rehacer en sí mismo la psicología del niño, á pesar de que todos hemos pasado por ella; y con mayor razón nos es difícil representarnos la mentalidad del campesino. Lo que para nosotros es una convicción, fruto de un proceso mental laborioso, de luchas combatidas interiormente, de dudas vencidas, consolidada y templada al mismo tiempo por toda una serie compleja de conceptos acerca de la morfología y la evolución de las sociedades, en aquellos cerebros vírgenes—demasiado vírgenes—todavía, bien puede ser la expresión exclusiva de un deseo, la ilusión subjetiva de una inminente y peligrosa palingenesia social, para la cual sólo bastaría la fuerza del número, sin ver los obstáculos que hacen largo y áspero el camino, sin suponer los inevitables coeficientes de reducción que acompañan su aplicación gradual. De eso pueden nacer peligros insospechables para la vida misma del partido y para el progreso del movimiento emancipador. La conciencia socialista de las masas, que es el objeto de nuestra propaganda, no puede ser una improvisación; en el campo de la actividad política, lo mismo que en el de la investigación científica, para nada sirve precipitar las conclusiones. Si se requieren años para transformar por completo el hombre físico, sustituyendo células nuevas á las viejas

y gastadas, se requiere aún más tiempo para transformar al hombre intelectual y moral, dada la predisposición natural del plasma renovado para asumir cada día las mismas actitudes, las mismas vibraciones del que acaba de ser reemplazado poco á poco. Los milagros de la gracia son buenos para la religión, la cual se ocupa de los asuntos del más allá; pero no pueden tener aplicación en las cosas de este mundo. La fe puede ser una fuerza formidable cuando viene á coronar una convicción madurada y positiva; pero mientras la preceda ó la reemplace, sólo puede ser una debilidad y un obstáculo á la formación de esa conciencia, cuyos aspectos externos simula: en ese caso, ella no hace convencidos, sino fanáticos que se agitan al tanteo en plena obscuridad. Esta concepción de la inevitable lentitud de todo movimiento histórico ampliamente humano, debe aplicarse á toda la acción socialista» (1).

Conviene, pues, al socialismo renunciar á todas las exageraciones violentas, otrora exigidas por las masas como condición de su aplauso y de sus votos. Se advierte entre sus directores la necesidad de aceptar el régimen económico actual, y perseguir dentro de él reformas de verdad; los sociólogos conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa é indispensable [para toda evolución ulterior.

En las fases parciales de la acción socialista encontramos transacciones semejantes. El antimilitarismo sistemático cede ante un discreto oportunismo; los más violentos tribunos callan ante la inminencia de cuestiones internacionales que ponen en jaque graves intereses económicos de todo un país, inclusive los del proletariado. El internacionalismo se convierte en bonito penacho, siempre que no contraste con los sentimientos y conveniencias de la nación; en París, á Gabriel De-

(1) «Misticismo Socialista», en *Le leghe di resistenza e il partito socialista*.—Bibl. *Critica Sociale*. Milano, 1902, pág. 43-44.

ville, al rendir cuenta de su mandato ante sus electores del cuarto distrito, pocos días después de la cuestión de Marruecos, le hemos oído terminar con estas palabras: «Soy francés primero, y después internacionalista». Carlos Marx le habría lapidado; los electores de su partido le aplaudieron. La religión se declara materia privada, aunque en rigor el partido es anticlerical. La abolición de la familia y el amor libre se han convertido modestamente en unión libre; y muchos admiten ya que hay ventajas administrativas en mantener la ley de matrimonio civil, con las atenuantes de un divorcio amplio y fácil.

Y no insistiremos sobre los renunciamientos y apuros sucesivos en que se ha visto el socialismo, toda vez que le ha sido menester ocuparse de *política socialista agraria*. Destrée y Vandervelde (1) nos dicen que en Bélgica los votos socialistas agrarios suelen obtenerse como simples votos de oposición. Kautsky (2) se ve en serios aprietos para conciliar el programa socialista agrario y la teoría marxista de la lucha de clases, acabando por afirmar la imposibilidad de formular un programa idéntico para todos los países y en todos los momentos; sin contar con las serias divergencias que minan el socialismo alemán respecto del problema agrario. Engel (3) decía que si los poderes públicos vinieran á manos de los socialistas éstos no pensarían en expropiar á los pequeños propietarios, planteando el debatido problema de la pequeña propiedad rural. Ese reconocimiento implícito es la causa de graves discordias; refleja, en parte, el antagonismo entre la teoría científica y los intereses electorales. Jaures (4) se plega á este modo de ver con razones más hábiles que lógicas. Por eso Galli (5) puede argumentar en su contra: «Obligados los socialis-

(1) *Le Socialisme en Belgique*. Segunda edición, 1903.

(2) *La politique agraire du parti socialiste*. Trad. francesa, 1903.

(3) En *Die neue Zeit*, 1894, núm. 10.

(4) *Socialisme et Paysans*. París, 1897.

(5) *Le Socialisme et l'Agriculture*. París, 1902.

tas franceses á conciliar su doctrina con las exigencias prácticas de la lucha política diaria, armonizan términos teóricamente opuestos, gracias á un «colectivismo» en el cual, á falta de un capitalismo agrícola, creador de masas asalariadas, se deja un puesto para la pequeña propiedad privada, disfrazándola como propiedad de «instrumento de trabajo». Este problema agrario ha impuesto modificar lo más esencial de las doctrinas, la parte relativa á la socialización de la propiedad misma.

Para estas ideas encontramos una completa confirmación en las de Felipe Turati. Volviendo á hablar de Italia, agregó el ilustre sociólogo:

—Es inútil pretender la mezcla del agua y del aceite; nosotros, los reformistas, somos los antípodas políticos de los anarquistas titulados revolucionarios. No debemos seguir juntos, ni nos conviene perpetuar estos equívocos que llevan al confusionismo. En cuanto á Ferri, la culpa es suya, y es tarde para quedar bien con todos; si antes fué complaciente con los muchachos de Labriola, ahora debe resignarse á ser el cómplice forzoso de sus errores y exageraciones.

VII.—Arturo Labriola y sus tendencias políticas.

¿Quién es Arturo Labriola?

Al salir del estudio de Turati—en un cuarto piso desde cuyas ventanas se domina el Duomo, que enorgullece por igual á los ateos y católicos de Milán—encontramos á Pablo Mantica, codirector del *Divenire Sociale*, revista de entonación revolucionaria que aspira á equilibrar la influencia de la *Critica Sociale*, dirigida por Turati. A dos pasos de allí, en la Galería, nos sentamos á paladear una limonada; al punto sobrevino Monicelli, uno de los redactores renunciantes del diario oficial del partido socialista. Ambos revolucionarios (excelentes hijos de familia, después de todo) nos acompañaron al domicilio de Labriola, donde encontramos á dos ó tres jóvenes

más, perfectamente anónimos; el término medio de su edad no llegaba á los veinticinco años. Antes de tres minutos advertimos que se trataba de una conspiración en regla contra Ferri, repitiéndose las acusaciones de megalómano y politiquero existista. De paso aplicaban á Colajanni los más feroces cáusticos verbales, pues el ilustre sociólogo se había permitido zamarrear sin piedad al cabecilla de los revolucionarios sindicalistas, á Arturo Labriola.

A pesar del apellido, y no obstante la creencia general, este joven no es hijo ni siquiera pariente lejano del ilustre profesor Antonio Labriola, que fué uno de los más eminentes críticos del socialismo marxista. Arturo es un muchacho, más por su temperamento que por su edad, pues frisa en los treinta y dos años, aunque sólo aparenta veinticuatro. Es rubio, casi buen mozo, de estatura mediana; tiene ojos clarísimos y muy vivaces; no usa barba ni bigote, porque aún no le nacen. En su fisonomía hay algo especial que revela una constante hipertensión nerviosa; Colajanni se permitió clasificarlo de epiléptico y neurasténico. Labriola habla vertiginosamente, sin detenerse, pasando de un tema á otro sin agotar ninguno. Habla mucho de sí mismo, dejando traslucir que no está muy libre de la misma flaqueza egolátrica que atribuye á Ferri.

Labriola comparte con Enrique Leone y Walter Mocchi (el popular marido de la actriz Ema Carelli) la jefatura del grupo; son pocos, pero obvian al número con la audacia y la actividad. Creyeron poder arrastrar á Ferri en su corriente anarquista; mas ahora Ferri no se atreve á seguirlos, temiendo la crítica de los reformistas; como consecuencia de su moderación, los revolucionarios intentaron eliminarlo de la dirección del *Avanti!* Para justificar esa hostilidad personal han inventado una disidencia de principios y de métodos entre revolucionarios simples y revolucionarios sindicalistas. Las palabras de Enrique Leone, antes mencionadas, sintetizan el programa de estos «muchachos», como los llama Turati, que no llegan á cien, pero gritan como doscientos mil.

En el reciente congreso regional, celebrado en Brescia á principios de 1904, Mocchi y Labriola presentaron un orden del día que obtuvo 73 votos contra los 68 que pudo reunir Turati. He aquí los dos artículos sensacionales del documento semianarquista:

«1.º Confirmando el carácter de la acción proletaria, permanentemente é intransigentemente revolucionario y adverso al estado burgués, el Congreso declara que es una degeneración del espíritu socialista el transformar la organización política de la clase proletaria en partido principalmente parlamentario, oportunista, constitucional y posibilista monárquico; por tanto, rechaza, como incoherente con el principio de la lucha de clases y con la verdadera esencia de la conquista de los poderes públicos, toda colaboración del proletariado con la burguesía, ya sea mediante la participación de los miembros del partido en cualquier Gobierno monárquico ó republicano, ya sea mediante el apoyo á cualquier rumbo gubernamental de la clase burguesa.»

«4.º Aunque la acción parlamentaria del partido es preeminente en la obra de agitación, y para habilitar al proletariado en la gestión de los asuntos públicos, el partido considera que en los Parlamentos no podrá ser resuelta la abolición de la propiedad privada, ni siquiera todas aquellas conquistas previas de carácter político y económico que están fuera de la constitución italiana,—el Congreso afirma una vez más que no renuncia á ninguno de los medios de ataque y de defensa contra el Estado y el Gobierno, reservándose también el uso de la violencia para los casos en que fuera necesario.»

Fácilmente se comprenderá que Labriola y sus amigos asumen el rol de rivales de Turati; esos artículos son la antítesis teórica y práctica de los propuestos por el diputado de Milán, respecto de la actitud correspondiente al grupo parlamentario socialista: «Considerando que los partidos burgueses, representados en el Parlamento y en el Gobierno, no constituyen una compacta y única masa igualmente reaccionaria, pero es-

tán divididos entre sí por antagonismos de intereses, que pueden hacerles preciosa la cooperación eventual de las fuerzas proletarias; el Congreso considera que el grupo socialista debe seguir atentamente, á los fines de su propia política, el giro y los conflictos de la política burguesa, favoreciendo las combinaciones y tendencias que concurran á una democratización cada vez mayor del Estado, y combatiendo las combinaciones y tendencias que nos alejan de ella» (1).

Basta con lo dicho. Si Turati es el polo positivo del socialismo italiano, Labriola es su polo negativo.

VIII. — La política socialista.

En presencia de esta evolución de las doctrinas y de la política del socialismo—incontrastable, no obstante las dificultades accidentales que el encubierto anarquismo de las fracciones revolucionarias pueda atravesar en su camino,—podría suponersele destinado á una próxima decadencia ó desintegración. ¿Qué queda de él?

Si no lo más, queda ciertamente lo mejor: el núcleo realizable, libre de utopias. Esa depuración no es la muerte, como podrían creer los partidarios ilusos ó los adversarios obcecados; es la salvación del socialismo. Si la política del partido se ha transformado, es porque progresar implica transformarse. Las doctrinas y los hombres necesitan rejuvenecerse continuamente para ser viables y no desfallecer; los estudiosos necesitan rendir homenaje incondicional á las lecciones de las cosas y de los acontecimientos, abandonando todos sus prejuicios doctrinarios y todos sus apriorismos. Turati, que es sociólogo y no tribuno, lo reconoce abiertamente. «El partido socialista se ha transformado; es un partido de reformas progresivas. Su acción es eminentemente reformadora, tornándose cada vez más legalitario. ¿Debería rebelarse al orden legal

(1) Informes publicados en la *Critica Sociale*, Febrero 15 de 1905.

que le permite vivir y desarrollarse?» (1). Turati, y cien como él, se aleja cada día más de la vieja ortodoxia marxista, como ya se han alejado Bernstein y Jaurés. Por eso pudo objetarle con toda razón el talentoso sociólogo Enrique De Marinis, diputado que emigró del partido socialista al radical: «Tú, mi querido Turati, sufres una ilusión mental: continúas creyéndote marxista, pero ya no lo eres, ni puedes serlo. Cuando crees defender el pensamiento científico y sociológico de Marx, lo derumbas ó lo modificas» (2). La misma objeción puede repetirse á la mayoría de los militantes, que aparentan seguir pensando á la manera de hace veinte años, como si ello fuese un mérito ó una prueba de coherencia mental: la inmutabilidad del adoquín.

La transformación del socialismo y de los socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad: los seres vivos se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, se enferman, *viven*, en una palabra. La materia inorgánica es la única inerte; dejar de transformarse es negar la vida, es morir. La crítica del marxismo ha servido para depurarlo; si sólo quedara de él una nueva orientación para el estudio genético de la Historia, ello compensaría de los muchos errores que en su nombre se han difundido entre las masas ignorantes. La política socialista puede agradecer á Sorel, á Labriola, á Loria, á Croce, á Bernstein y á cien más la crítica desmenuzadora operada en las teorías de su barbudo apóstol.

Libre de sus primitivas inflexibilidades y de sus aforismos apodícticos, el socialismo se impone ahora como interpretación positiva del movimiento social contemporáneo. Para la sociología determinista no es bueno ni malo: es una tendencia inevitable de la evolución. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son las causas de esa evolución, sino una de

(1) F. Turati: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milano, 1902.

(2) E. De Marinis: *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milano, 1902.

sus diversas manifestaciones, pues se traduce en actividades más complejas que la simple fase económica, aunque todas orientadas convergentemente.

Así comprendido, el socialismo no puede identificarse con ninguna acción política estrecha y sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido. No es un invento filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor: es un hecho, una realidad de la evolución social, que los ricos combaten sin comprenderla y los pobres defienden comprendiéndola menos. Y así debe ser. Si es una verdad sociológica, una demostración científica, claro está que no puede saberla el ingenuo rentista ahogado en millones ni el escuálido proletario analfabeto.

Sería fácil, sin embargo, demostrar la lógica de esa evolución socialista á los hombres estudiosos, á los que gustan de escudriñar los problemas sociológicos. Las conclusiones mejor sentadas de la filosofía científica concuerdan con el núcleo de realidad posible contenido en la tercera fase del socialismo, que podría clasificarse de «reformista, posibilista y legalitaria». La simple enunciación de las siguientes proposiciones basta para evidenciar su lógica rigurosa.

Las sociedades civilizadas evolucionan hacia una creciente generalización del bienestar medio de los individuos que componen los grupos sociales. Esa evolución está subordinada al incremento de la actividad económica productiva. La organización y división del trabajo social tiende á crear instituciones en que el principio de solidaridad reemplaza al principio de antagonismo en la lucha por la vida, con beneficio para todos los componentes del agregado social. En el momento histórico presente, el fenómeno económico fundamental es la formación del sistema productivo capitalista, que modifica substancialmente las bases económicas de todo el orden social. Esa modificación determina, á su vez, cambios profundos en las demás instituciones sociales, en concordancia con las nuevas relaciones económicas. La expresión «actual y posible» de todos esos

cambios constituye un programa de reformas económico-sociales á cuya actuación se encaminan los países civilizados.

Esos rasgos generales bastan para caracterizar la «acción socialista» dentro del movimiento social contemporáneo. Figuran en diversa proporción en las tres maneras de interpretar el socialismo.

Para los creyentes que se han detenido en el primer período —siguen siendo el mayor número entre los sectarios ignorantes,—el programa mínimo es una concesión hecha á la realidad presente, de importancia secundaria; el socialismo es «lo otro»: la fraternidad universal, la igualdad, la supresión de la propiedad privada, de la nacionalidad, de la familia, etcétera.

Esa es todavía la forma popular del socialismo, la forma plebocrática; en rigor, tales socialistas son simples anarquistas, no obstante diferenciarse de ellos en que aceptan la acción electoral y parlamentaria. La masa ignorante no puede encarar el problema de otra manera. Desde que el socialismo se ha fundado sobre bases científicas serias, ha dejado de ser accesible á la inteligencia infantil de las muchedumbres. Además de Turati, otro de los más ilustres críticos del marxismo lo afirma explícitamente. En su conjunto—dice—la doctrina del materialismo económico, entendido como filosofía, ó sea «como una concepción general de la vida y del mundo, no me parece que pueda entrar entre los artículos accesibles á la cultura popular» (1). Por eso caen en el abuso los políticos militantes que suelen desbarrar en su nombre, llevados por su criterio simplicista y unilateral.

En los que profesan el socialismo en su segundo período, hay una concepción menos errónea del asunto: reconociendo que los «ideales» y los «principios» no son realizables actualmente, se limitan á afirmarlos como desiderátum remoto; pero

(1) Antonio Labriola: *Discorrendo di Socialismo e de Filosofia*. Roma, 1899; pág. 11.

luchan en el campo político y económico por el conseguimiento de lo realizable, por las reformas enunciadas en el «programa mínimo». Este es el criterio general del socialismo de Bebel y de sus similares.

Para los del tercer período, el socialismo relega la utopía á la utopía, se ocupa de la vida actual, de los problemas actuales, propone leyes y aborda ministerios: es el socialismo de Millerand y de Watson. Es un socialismo que está «en los hechos», no en las palabras ó en las preocupaciones sectarias, ya vengan los hechos de la plaza ó del Ministerio.

En esta última tendencia estuvimos decididamente enrolados durante las postrimerías de nuestra larga y precipua actuación militante en el partido socialista argentino. En el mismo orden de ideas escribía el Dr. Juan B. Justo, distinguido propagandista: «Es el caso de rebatir cierto modo de ver, cierta manía de trascendentalismo todavía demasiado común entre los socialistas. Absortos ante la perspectiva de la futura forma social que anhelamos y prevemos, todo lo refieren á la inmediata realización del ideal, y desprecian ú olvidan las necesidades y las ventajas «actuales» de la clase trabajadora».

Y, confirmando su concepto real y objetivo de la acción socialista, terminaba una conferencia sobre la cooperación obrera, diciendo: «Por eso yo quedaría muy contento si de esta conferencia algunos de ustedes salieran resueltos á asociarse nada más que para consumir, por ejemplo, el pan y el jabón mejores y más baratos».

¡Cuán lejos están los socialistas inteligentes de pretender subvertir, con un decreto dado en la convención ó sobre la barricada, la propiedad individual, la nacionalidad, la familia, la constitución!...

Esta última forma no cuenta con el apoyo de las glebas. Pero el progreso de las ideas innovadoras nunca fué obra de las mayorías ni de las masas populares, ya se titulen reaccionarias ó revolucionarias. Es siempre un pequeño núcleo de hombres ilustrados y activos el que piensa, dirige y realiza

las innovaciones. Aciertan en ello Reclus, Kropotkine y Faure, cuando afirman la eficacia de las minorías revolucionarias y las resistencias de las masas populares, por incapacidad de comprenderlas. Pero olvidan que esa misma teoría es aplicable también dentro del movimiento socialista y anarquista; la multitud, allí como doquiera, es ignorante y reaccionaria. Sólo es inteligente una pequeña minoría estudiosa, que viene á ser la levadura de la chusma inerte; ésta sigue lo mismo á un fraile católico que á un anarquista, á un ateo que á un salvacionista. En último caso, la acción política innovadora resultará de que la grey prefiera los nuevos pastores á los viejos, como hemos sostenido ha poco tiempo en el órgano oficial del socialismo argentino (1).

Confirma ese criterio la opinión del ilustre revolucionario Pierre Lavroff (2). En su teoría del progreso atribuye toda la evolución histórica á una pequeña minoría de «intelectuales», es decir, de individuos capaces de desenvolverse mentalmente y de sentir la necesidad de ese desenvolvimiento. Es esa minoría de «elite» intelectual la que realiza el progreso *contra* la inercia ó los desvaríos absurdos de la multitud rutinaria ó enfurecida. La masa es tan funesta al progreso cuando es reaccionaria como cuando exagera y magnifica ideales que halagan sus sentimientos. Su entusiasmo no es robustez mental, sino hipertrofia degenerativa; no es masa de músculo vigoroso para la acción, sino tumor de grasa que dificulta el movimiento.

De allí una sencilla diferenciación. La retórica antiburguesa y dinamitera es el plato favorito de las multitudes socialistas, mientras que el socialismo positivo, la política que lo realiza, sólo es comprensible y practicable por hombres ilustrados. Estas conclusiones nos acercan por muchos conceptos al llamado socialismo de la cátedra.

(1) «Comentario á Max Nordau» en *La Vanguardia*, 1.º de Mayo de 1902.

(2) *Lettres historiques*. Traducción de Goldmith. París, 1903.

Aquiles Loria, nuestro ilustre maestro, ha podido afirmar con razón en su último libro (1) que las ideas extremas jamás han triunfado en la historia; el triunfo ha correspondido siempre á las ideas medias, cualesquiera fuesen las condiciones de tiempo, modo y lugar. Cada idea extrema que fracasa tiene su idea media correspondiente que triunfa. La historia del desenvolvimiento *ideológico* de la humanidad sería, simplemente, la historia de sus ideas extremas; pero la historia del desenvolvimiento *sociológico* de la humanidad—de las «realizaciones» sociales—sólo sería la historia de la actuación de sus ideas medias correspondientes.

IX.—La lección del socialismo italiano.

La evolución del socialismo italiano—y las generalizaciones que sugiere, aplicables á todos los países—merecen estudiarse como una lección de política positiva. Ella iluminará por igual á los revolucionarios ilusos y á los reaccionarios imprevisores.

Los países nuevos—y es incomprensible que la Argentina se empeñe en no figurar entre ellos—tienen el privilegio de no estar amarrados por rutinas y tradiciones seculares; pueden ponerse á la cabeza de la civilización y demostrar que es posible realizar progresivamente los programas socialistas. Australia ha dado el ejemplo de su amplia legislación del trabajo, convirtiéndose en un verdadero laboratorio de sociología experimental. Allí, por vez primera en el mundo civilizado, se constituyó en Abril de 1904 un ministerio socialista, siendo su jefe el leader del partido, Watson.

Estos hechos sancionan definitivamente la tendencia que Turati quiere imprimir al socialismo italiano. Ya no puede considerarse como una simple protesta de rebeldes ó de ham-

(1) A. Loria: Verso *La Giustizia Sociale*. Edit. Soc. Ed. Libreria, Milano, 1904, pág. 435 y sig.

brientos; es fuerza reconocer que es una forma de política positiva, la manifestación más moderna de la sociología aplicada, que es la única política científica.

Los hombres estudiosos, cuya imparcialidad de criterio estriba en su alejamiento de la política militante, no necesitan adular á los electores ni aplaudir á los gobernantes. Por eso pueden advertir á éstos que el socialismo no se evita con leyes de resistencia ó con persecuciones policiales, y recordar á aquéllos que su advenimiento no se apresura con discursos incendiarios ó con huelgas inopinadas.

Las nociones fundamentales del evolucionismo determinista—no menos exactas en sociología que en todas las ciencias biológicas y sociales—deberían iluminar por igual á los perezosos y á los apresurados, á los reaccionarios y á los revolucionarios.

Flujo y reflujo de una marea secular, la evolución social vive de afirmaciones y negaciones sucesivas, de palabras grandes y de hechos pequeños. En la vasta utopía de ayer se incubaba la modesta realidad de hoy, así como en la exuberante utopía de mañana palpitarán nuevas realidades, modestas pero infinitas. Es el ritmo de vaivén eterno que determina, en definitiva, la marcha humana, siempre acicateada por el ensueño en su interminable peregrinación de escalamiento y de progreso.

Ya no es posible creer en toda la utopía; pero es indispensable aceptar toda la realidad.

JOSÉ INGEGNIEROS

Milán, 1905.

RECUERDOS

¿En qué punto quedé de mis recuerdos al escribir el último artículo de esta serie?

Han pasado cuatro meses y medio, en que el presente se ha confundido de tal suerte con lo pasado, que á veces he creído que mis treinta últimos años se habían suprimido de pronto por arte de magia, y que había vuelto al período de mi vida más difícil y más desagradable. Aquellos tiempos, digo, en que me sentía envuelto por la política, agravada por multitud de problemas de resolución casi imposible, y que, sin embargo, era forzoso resolver en el breve espacio de unos cuantos días.

Han sido cuatro meses de algo así como un sueño, ó, mejor dijera, una pesadilla.

¡Pasaron, y vuelve mi existencia á su curso habitual.

Busco el último número de LA ESPAÑA MODERNA, y en él encuentro que, al suspender mis narraciones, habíame quedado frente á frente de D. Pedro, y no el Justiciero, aunque justiciero era por naturaleza mi buen amigo.

Era el estudio de un carácter el que me ocupó en el artículo á que me he referido; pero no un carácter forjado por mi fantasía, sino el de un hombre de carne y hueso, el de un hombre que sufrió mucho, en parte por lo que le hicieron sufrir los demás, pero en otra parte, aún mayor, por lo que se hizo sufrir él á sí mismo.

Suponía odios y persecuciones; pero la verdad es que en las postrimerías de su vida él fué el que se persiguió á sí mismo.

Y ya voy atando el hilo de mis recuerdos, y ya puedo continuar mi narración.

*
* *

Hubo por aquel tiempo una vacante en la escala de la Magistratura, y D. Pedro, según su costumbre en casos semejantes, cayó sobre el ministro con una exposición larguísima en que alegaba en forma sus derechos y exponía la serie de iniquidades que, según él, habían cometido todos los ministros anteriores, no concediéndole el puesto que con arreglo á la ley se le debía.

También, según costumbre, prescindió el ministro de las reclamaciones del viejo y terquísimo magistrado cesante, y al sufrir este nuevo desengaño acudió á mí D. Pedro reclamando mi protección y mi defensa.

Valiente protector y valiente defensa la mía.

Yo era por entonces un profesor más ó menos distinguido, al decir de mis amigos, de la Escuela de Caminos. Pero ¿de qué habían de servirme ni la Mecánica racional, ni la Mecánica aplicada, para defender á D. Pedro?

Yo no figuraba en política ni poco ni mucho; á ningún partido político estaba afiliado.

Pronunciaba discursos en las secciones del Ateneo; pronunciaba discursos en los mitins de la Bolsa; escribía artículos de Economía política. Era amigo respetuoso, y no muy íntimo, seguramente, del gran orador Alcalá Galiano; había saludado dos ó tres veces á González Brabo; alguna más intimidad tenía con nuestro patriarca del librecambio, D. Luis María Pastor, y á quien me unían lazos más estrechos era á D. Laureano Figuerola.

Por último, y aquí termina la lista de los personajes con quien yo estaba en contacto, era también amigo de D. Salustiano Olózaga por el intermedio de su sobrino Celestino, que murió trágicamente pocos años después, y que había sido mi discípulo.

En suma, que mi importancia social era muy modesta; que yo no podía proteger á nadie, y que aquel que en mi valimiento se fiase no podía recoger más que desengaños, y no por culpa mía, seguramente.

Así se lo expliqué á D. Pedro, agregando que no era que yo me negase á hacer en su favor cuanto hacer pudiera, sino que no estaba en mi poder ayudarle en su empresa de reparación, como yo hubiera querido.

—Sé todo eso—me contestó,—y sin embargo usted puede hacer mucho por mí, si no es que ya le han prevenido en contra mis enemigos.

—No empiece usted con sus delirios, y dígame lo que puedo hacer, que yo lo haré de muy buena gana.

—Usted sabe escribir—me dijo—en esa jerga periodística que hoy se usa.

—Muchas gracias, D. Pedro, por mí en particular y por la prensa en general.

—Sí, señor—continuó diciendo;—usted puede escribir un artículo que produzca sensación. Yo le proporcionaré á usted datos; le escribiré la historia minuciosa de las injusticias que conmigo se han cometido; le citaré las leyes orgánicas, Reales decretos y Reales órdenes que abonan mi pretensión justísima; pondré á su disposición toda la serie de mis exposiciones á una serie interminable de ministros, y usted con esos antecedentes puede escribir un artículo terrible, fulminante, abrumador, como esos que usted escribe contra los proteccionistas; sólo que lo que usted escribe sobre el proteccionismo es pura música, y lo que usted escriba en mi defensa será en defensa de la verdad y de la justicia.

—Muchas gracias, D. Pedro. Pero una vez que yo escriba ese artículo, suponiendo que sepa escribirlo, ¿qué hacemos con él?

—A eso voy. Entre las personas que me ha citado usted, como amigos ó conocidos, ha olvidado usted la más importante, al menos para mi causa, que es D. Práxedes Mateo Sagas-

ta, el gran progresista y director de *La Iberia*, compañero de usted en el Cuerpo de Caminos, y amigo de usted, según me ha dicho usted muchas veces, á no ser que para no servirme quiera usted ahora negarlo.

—Es usted agrio como un limón sin madurar, aunque va usted estando maduro de sobra. Sí, Sagasta es amigo mío; ¿y qué?

—Pues bien sencillo: el artículo que usted escriba se lo lleva usted á Sagasta, y como será un artículo de rabiosa oposición, en que se pondrán de manifiesto las injusticias, las maldades y los atropellos del partido moderado, Sagasta lo publicará sin dificultad en *La Iberia*.

No tenía manera de defenderme, y me rendí á discreción y escribí el artículo, que le pareció admirable á D. Pedro, aunque agregando que lo que él escribía, sin ser tan aparatoso, era más sólido.

En suma, que le llevé el artículo á Sagasta. Me recibió cariñoso como siempre, como siempre simpático, con esa simpatía y esa afabilidad que le acompañaron al sepulcro y en que ningún hombre político le ha igualado.

Leyó el artículo, le gustó muchísimo, ó al menos dijo que le gustaba; vaya usted á saber lo que él pensaría.

El caso es que se indignó contra los perseguidores de don Pedro, y afirmó que era una felonía lo que con aquel pobre hombre se estaba cometiendo.

—¿De modo que se publicará en *La Iberia*? —le pregunté.

—Ya lo creo que se publicará, y en sitio preferente, y á más tardar dentro de dos ó tres días.

—Entonces lo firmaré—le dije,—porque el artículo es tal que puede venir una denuncia, y yo no quiero comprometerles á ustedes.

Esto lo decía yo de mala gana, porque aunque yo era muy amigo de D. Pedro, no me agradaba verme envuelto en una causa que Dios sabe hasta dónde podría llegar.

Pero, en fin, la honra es honra, y yo no quería aparentar miedo.

Sagasta me sacó del apuro, adivinando sin duda lo que yo sentía.

—No sea usted niño—me dijo;—¿á qué ha de tener usted un disgusto por servir á un amigo en asunto en que, después de todo, ni le va ni le viene? *La Iberia* publicará ese artículo, y eso debe bastarle á usted y á su amigo D. Pedro.

Y yo insistí.

—Pero ¿y si denuncian el artículo?

—¿Y qué importa una denuncia más para *La Iberia*, que tiene ya sobre sí no sé cuántas?

Además—me dijo, bajando la voz,—deje usted que vengan denuncias: esto acabará muy pronto.

Estábamos, en efecto, en los preludios de la Revolución.

—Como usted quiera—le dije;—y le confieso lealmente que me quita usted un peso de encima.

Y me despedí de Sagasta.

El artículo se publicó, según creo recordar, pocos días después.

Mi amigo D. Pedro quedó agradecidísimo, y me dió un estrecho abrazo.

Decididamente, no estaba yo vendido á sus enemigos.

*
* *

Necesito terminar este episodio; y rompiendo el orden cronológico y anticipando los tiempos, referiré las últimas escenas de la historia que voy relatando, aunque luego tenga que volver atrás para reanudar el hilo cronológico de mis narraciones.

Pasaron algunos años.

Seguía yo siendo el amigo íntimo de D. Pedro.

Entré en el Ministerio de Fomento, y pasó D. Manuel Ruiz Zorrilla al Ministerio de Gracia y Justicia.

D. Pedro vió el cielo abierto: creyó llegada la hora de la justicia, y vino sobre mí con todos los empeños de la amistad y todas las ilusiones de la esperanza.

—Llegó el momento—me dijo,—amigo D. Pepe. Usted lo puede todo.

—D. Pedro, yo no puedo nada.

—No se me eche usted atrás. Usted lo puede todo. Usted es amigo íntimo de Zorrilla; si usted le pide mi reposición, Zorrilla no se la niega á usted.

Yo sabía que mi fuerza no era tan grande como D. Pedro imaginaba. Sabía que mi fuerza política era escasa: la de uno que empieza, y nada más. Conocía, además, el carácter de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y preveía grandes obstáculos; pero no quise desengañar á D. Pedro; lo diré francamente, me daba miedo desengañarle: eran tan grandes sus ilusiones, tenía tanta confianza en mí, se había imaginado que mi influencia era tan decisiva, que no me sentí con ánimos para presentar ante él la verdad, que no la hubiera creído.

Le prometí ayudarle con todas mis fuerzas, y le cumplí mi palabra.

Pero yo, sin duda, no sé pedir.

Sin embargo, una y dos y tres veces le hablé á D. Manuel Ruiz Zorrilla, le expliqué el asunto, le entregué el artículo que había publicado Sagasta, le hice grandes encomios de la rectitud y del carácter de D. Pedro; pero, lo declaro humildemente, mis pretensiones avanzaban con una lentitud que desesperaba á D. Pedro.

—Usted no hace fuerza bastante—me decía,—usted no toma el asunto con interés.

—No es usted justo, D. Pedro—le argüía yo;—me supone usted una influencia que no tengo: mis relaciones con D. Manuel Ruiz Zorrilla no son relaciones de igualdad. D. Manuel es un prohombre del partido, es uno de sus jefes, me quiere y me protege á su modo; pero yo, en cambio, no tengo autoridad bastante para disponer de su voluntad, yo no puedo enfa-

darme con él si no me sirve. Le he hablado varias veces de usted y de su asunto con todo empeño; pero yo no puedo obligarle á que firme una Real orden.

Y no le decía á D. Pedro, por no desalentarle, que las últimas veces que hablé á Zorrilla de mi amigo, D. Manuel se echó á reír, me dió una palmada en el hombro, y me dijo, sin entrar en mayores explicaciones:

—Es usted muy bueno; á usted le engaña cualquiera: en política hay que tener mayor malicia.

—Pero si no es asunto de política ni de malicia, D. Manuel; si es de justicia.

—Ya veremos, ya veremos...

Y pasaban días, y no veíamos nada; es decir, yo veía á D. Pedro á todas horas, y habíase convertido para mí en una obsesión.

Por fin, le dije:

—D. Pedro, yo no puedo más; hice cuanto pude hacer, y nada conseguí: ¿quiere usted que le presente á Zorrilla, y usted le explica su asunto?

Muy bien le pareció mi plan, y aquel mismo día le pedí á Ruiz Zorrilla hora para presentarle á D. Pedro.

Desde luego me la concedió D. Manuel, con su cariñosa condescendencia de siempre, y yo en persona, acompañando á D. Pedro, fuí al Ministerio, y Zorrilla, D. Pedro y yo celebramos una larga conferencia.

Pero yo no desconocía la situación: D. Manuel estaba prevenido contra D. Pedro; en el Ministerio le habían hablado en términos poco favorables de mi amigo, que, á decir verdad, no tenía muchos amigos en el mundo, ni menos en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Le habían hablado á Zorrilla de aquel dichoso expediente origen de todas las desgracias de D. Pedro, y todo esto había creado en el ánimo de D. Manuel una atmósfera de desconfianza y de repulsión hacia mi pobre amigo.

Una circunstancia me hizo comprender, desde el principio

de la entrevista, que la causa de D. Pedro estaba perdida, que de antemano tenía D. Manuel prevención contra aquel pobre magistrado, que había estado sujeto á un expediente; y lo comprendí por una circunstancia muy curiosa: como dato histórico y de carácter, vale la pena de referirla.

* * *

D. Manuel era sordo de un oído, pero el otro era finísimo, y esto daba motivo á que bromeásemos en muchas ocasiones.

—No sabe usted—me decía—cuántas ventajas me proporciona este defecto. Estoy en la cama, ladra un perro, ó cantan gallos, ó suenan ruidos estrepitosos, que á ninguna persona dejarían dormir: pues yo me echo sobre el oído bueno y quedo incomunicado con el mundo exterior.

Vienen á darme una mala noticia, que eso se adivina en la cara del que viene: pues aplico el oído sordo y apenas me entero. La noticia es buena: aplico el otro oído con toda su agudeza.

Y proseguía, riendo:—Llega á pedirme cualquier favor un *moderado*: allá se encuentra con el oído sordo; y como no me entero, no le sirvo. Es un liberal, un patriota el que solicita favores: pues para él reservo el oído sano, y como me sea posible le sirvo.

—No se haga usted el fanático, D. Manuel—le decía yo;—si no le he visto á usted nunca hacer diferencia, al resolver un expediente, en el color político de la persona.

—Eso es distinto, porque á todo el mundo hay que hacer justicia; pero unas veces se hace justicia de buena gana, y otras á regañadientes. Lo que hay es que usted no tiene espíritu político, y en el partido moderado tiene usted, por su desgracia, muchos amigotes. Ya sé, ya sé, porque yo tengo buena policía, que le visita á usted con frecuencia en el Ministerio D. Ramón Campoamor, que es un reaccionario de tomo y lomo. Me parece que usted acaba mal.

—Es verdad que con frecuencia viene al Ministerio D. Ramón Campoamor; pero ¿á que no sabe usted de qué hablamos? Pues hablamos de Poesía ó de Metafísica, ó de ese tomo que yo he publicado sobre *Teorías modernas de la Física*.

—¿Y no le habló á usted nunca de una carretera?

—Es verdad—le contesté riendo; — pero de carreteras me hablan lo mismo los conservadores que nuestros correligionarios; y de las teorías modernas de la Física, sólo me habla don Ramón de Campoamor.

Y ahora que me acuerdo, también usted corre peligro, mi querido D. Manuel; porque yo sé que es usted gran amigo de D. Manuel Tamayo, y ese no pertenece á los partidos de la revolución.

—Es distinto: es una gran persona, y no es un moderado; en todo caso, aseguran que es carlista; pero no creo que sea político, y en todo caso, que sea carlista me importa poco; por lo que yo no pasaría es por que fuese moderado.

Para los progresistas de aquella época, el partido moderado de los once años era su odio vivo y su enemiga eterna.

Pero sigamos con la historia de D. Pedro.

*
* *

Entramos á ver á D. Manuel Ruiz Zorrilla mi amigo D. Pedro y yo; y después de la debida presentación, se sentaron en un sofá D. Manuel y D. Pedro; pero observé con sobresalto que D. Manuel, ó con intención ó por casualidad, le ofrecía á mi pobre amigo el oído sordo.

Asunto perdido, dije para mí.

¡Qué conferencia tan interminable!

¡Qué discurso tan seco, tan árido, tan agresivo, pronunció D. Pedro!

¡Qué cara tan poco expansiva tenía mi D. Manuel!

Le oía con mucha calma, muy cortésmente. Pero ¿le oía? Lo dudo.

D. Pedro peroraba como si estuviese dictando una sentencia: tono altanero, acusaciones sin fin contra el Ministerio de Gracia y Justicia; durísimas recriminaciones; ni un solo acento amable, ni una frase de conciliación, ni una sola sonrisa para ganarse la buena voluntad del ministro.

Y D. Manuel bajaba la cabeza, que era en él un gesto habitual cuando estaba muy aburrido, y murmuraba á trechos: «Ya, ya... sí, sí... pues bien...»

Ese «pues bien» equivalía á un punto final en la conferencia; pero D. Pedro no hacía caso, y convertía aquella serie de puntos finales en una serie de puntos suspensivos.

Tuve yo que intervenir y que decir por mi cuenta: *pues bien*, el señor ministro ya está enterado; si necesita más datos ya se los traeremos, y yo creo que no debe usted ocupar más tiempo su atención.

Terminó la conferencia: D. Manuel le ofreció estudiar el asunto con todo interés, y D. Pedro se marchó majestuoso y satisfechísimo, según me aseguró, por haberse desahogado ante un ministro de aquella carga que hacía tantos años le abrumaba.

—¿Qué impresión saca usted?—me preguntó.

Yo no pude ocultarle que era muy mala.

—D. Manuel—le dije—está prevenido: en el Ministerio le han hablado, y no le han hablado bien, de usted, y D. Manuel es un carácter muy rígido.

—Eso es natural—me replicó D. Pedro;—pero más le ha de creer á usted que á sus oficinistas, si es que usted toma el asunto con verdadero empeño.

—¿Puede usted dudarlo?

—Yo no dudo nada, pero me atengo á los hechos.

Al día siguiente hablé con Zorrilla del asunto de D. Pedro, y D. Manuel me desahució por completo.

—Ese señor—decía D. Manuel,—en primer lugar es anti-pático, en segundo lugar es vanidoso, y lo peor de todo es que tiene en su carrera un expediente muy feo.

—Salió de ese expediente limpio como el armiño.

—Porque se lo lavotearon sus parientes los moderados, sobre todo su primo D. Fulano, que es uno de los moderados más malos que han existido, y que en aquella época tenía una influencia decisiva.

—Está usted en un error: ese ha sido su principal enemigo.

—Ahora lo serán; entonces no lo eran.

—Ahora no pueden serlo, porque se murió su primo hace años.

—Esa honrosa determinación debió tomarla desde el año 50.

—¡Pero, D. Manuel!...

—Es inútil, mi querido Echegaray. ¿Qué dirían de mí los patriotas, si en la vacante que usted pretende para D. Pedro yo colocase á un magistrado que estuvo bajo el peso de un expediente, que ni sus amigos ni sus parientes han podido colocar hace diez años, y que además es de cepa moderada, cuando tengo tantos magistrados cesantes liberales, postergados por el moderantismo, que se están muriendo de hambre, y que además son integérrimos? La elección usted comprende que no es dudosa.

La causa de D. Pedro estaba perdida; tan perdida como la del otro D. Pedro en Montiel.

*
* *

Pero vamos al fin de este episodio, que ha de parecerles á mis lectores desabrido, árido y pesado.

Casi siempre lo es la vida y el sufrimiento de un sér real. Los seres reales son los que verdaderamente sufren, pero sufren prosaicamente; los seres imaginarios de los poetas, de los novelistas y dramaturgos, es decir, los que no existen, son los únicos que sufren artísticamente.

¿Qué le importa á la humanidad ni la tristeza ni el dolor de mi pobre amigo D. Pedro? Gota de agua que se tragó el mar; montoncito de tierra que hoy ni polvo será, y de quien

nadie se acuerda más que yo; y eso que reñimos mortalmente, como voy á explicar.

Desde la entrevista con Zorrilla me encontré en una situación muy falsa con D. Pedro. Aunque intenté muchas veces explicarle el estado del asunto, él ni quiso entenderme ni quiso oirme tampoco; á todas mis observaciones contesta, con unaba terquedad que no sé si era sublime ó era estúpida: «Como usted se empeñe, es cosa hecha; si usted le dice á D. Manuel *esto quiero*, él lo hace». Y de ahí no salía; y yo me sentí vencido por D. Pedro, como me había sentido vencido por don Manuel, con lo cual empezó una época de excusas, dilaciones, esperanzas falsas y todo el arsenal á que acuden los seres que se sienten débiles.

A la hora de almorzar, D. Pedro estaba enfrente de mí.

Enfrente de mí estaba á la hora de comer.

Me acompañaba hasta el coche, al cual no subía nunca; se hacía el encontradizo conmigo al salir yo del Ministerio: su cara era cada vez más sombría, su tono era cada vez más desabrido.

—¿Qué hay?—me preguntaba invariablemente cada vez que nos veíamos.

—Todavía no hay nada, D. Pedro. Zorrilla está muy ocupado.

—Bueno.

Y era como si dijese: «ya te voy conociendo».

Al fin me puso á prueba, me tendió un lazo, en él caí, y vino el rompimiento.

Explicaré cómo fué: entonces me apenó, mejor dicho, me indignó; hoy casi me hace gracia.

Era una sesión del Congreso; yo estaba en el banco azul, Zorrilla estaba á mi lado.

En esto vino un portero y me entregó una carta.

—De un señor que está en la tribuna—me dijo al entregármela.—Es muy urgente.

Era de D. Pedro: me mandaba nuevos datos para Zorrilla,

encargándome que se los diera. Pero aquellos datos los tenía ya Zorrilla hacía mucho tiempo. Yo estaba aquel día de mal humor, como es natural en todo ministro cuando en el banco azul se halla. La insistencia de D. Pedro me exasperó más, y con su insistencia su pesadez. ¡Si aquellos datos estaba harto de tenerlos D. Manuel Ruiz Zorrilla, y veinte veces me había dicho que nada probaban!

Resultado, que rompí la carta y arrojé los pedazos.

Había caído en el lazo.

D. Pedro estaba en una tribuna de orden observándome. Me había enviado la carta para ver el efecto que producía en mí, y si se la daba á Zorrilla; y había visto con sus propios ojos que nada le dije y que rompí la carta sin dársela.

El astuto magistrado me había cogido, como había cogido años antes á su mujer; resultábamos, los dos, dos réprobos, dos traicioneros, dos personas indignas.

Cuando llegué á mi casa, me encontré con una carta de D. Pedro verdaderamente formidable. Desde la tribuna de orden había estado observándome y se había convencido de lo que yo era.

Decididamente me había vendido á sus perseguidores. La política y el banco azul me habían trastornado, y así llenó cuatro carillas en su prosa pesada y ramplona, que nunca me pareció ni más pesada ni más ramplona que en aquel momento.

Ante tamaña injusticia, me sublevé y le escribí una carta más feroz que la suya. Lo más suave que le dije es que siempre me había parecido loco; pero que ya dudaba si era loco ó imbécil. Me harté de llamarle ingrato, y terminé diciéndole que sólo por tratarse de un vejestorio no le contestaba de otra manera.

En fin, una carta en que me coloqué á su altura.

Se la mandé, y luego lo sentí: me inspiró compasión: fué el último desengaño de mi pobre amigo: ya nunca nos vimos.

Pasados algunos años, supe que se había quedado solo en

el mundo, que le atacó un cáncer, que se le murió un criado viejo y de toda su confianza, y que se fué á terminar su vida á una sala de distinguidos del Hospital general.

Esto lo supe dos años después de su muerte, por uno de sus propios hijos.

¡Cuánto sentí no verle por última vez!

Pasó; nadie lo recuerda. No pudo él sospechar que yo había de escribir su historia.

JOSÉ ECHEGARAY

EL CRIMEN DE LORD ARTURO SAVILE

I

Era la última recepción de lady Windermere, á fines de invierno.

Los salones de Bentinck House veíanse más concurridos que de costumbre.

Seis miembros del Gabinete habían ido directamente después de la audiencia del *speaker*, con todas sus bandas y condecoraciones.

Todas las mujeres bonitas llevaban sus trajes más elegantes, y al final de la galería de cuadros estaba la princesa Sofía de Carlsruhe, una dama obesa de tipo tártaro, con unos ojillos negros y maravillosas esmeraldas, hablando con voz chillona un mal francés, y riéndose á carcajadas de todo lo que la decían.

A la verdad que en la reunión aquella había una singular mezcolanza: arrogantes esposas de Pares discurrían cortésmente con violentos radicales. Predicadores populares se codeaban con célebres escépticos. Toda una bandada de obispos seguía, como á la pista, á una magnífica *prima donna*, de salón en salón. En la escalera se agrupaban algunos miembros de la Real Academia, disfrazados de artistas, y se dijo que hubo un momento en que el comedor se vió absolutamente atestado de genios.

En suma, era una de las mejores fiestas de lady Winder-

mere, y la princesa permaneció allí hasta cerca de las once y media.

En cuanto se marchó, lady Windermere volvió á la galería de cuadros, en donde un famoso economista exponía, con solemne acento, la teoría científica de la música á un *virtuoso* húngaro que palidecía de rabia.

Ella se puso á hablar con la duquesa de Paisley.

Estaba maravillosamente hermosa, con su opulento seno de un blanco marfileño, sus ojos grandes y azules de miosotis, y los rizos de sus cabellos de oro. Cabellos de oro puro, no cabellos de ese matiz de paja pálida que usurpa hoy el hermoso nombre del oro; cabellos de un oro como tejido de rayos de sol, ó escondido en un ámbar extraño; cabellos que aureolaban su rostro como un nimbo de santa, con algo de la fascinación de una pecadora.

Constituía el suyo un curioso estudio psicológico.

Desde sus primeros pasos en la vida, había descubierto una importante verdad: la de que nada se parece más á la inocencia que una imprudencia, y con una serie de ligerezas—la mitad de ellas completamente inocentes—había adquirido todos los privilegios de una personalidad.

Varias veces había cambiado de marido: contaba tres bodas; pero como nunca cambió de amante, las gentes dejaron por completo de murmurar á cuenta de ella.

En la actualidad tenía cuarenta años, no tenía hijos y poseía esa pasión desordenada del placer, que es el secreto de los que han permanecido jóvenes.

De repente, miró curiosamente en torno del salón, y dijo con su voz clara de contralto:

—¿Dónde está mi quiromántico?

—¿Su qué, Gladys?—exclamó la duquesa, con un estremecimiento involuntario.

—Mi quiromántico, duquesa. Ahora no puedo vivir sin él.

—¡Qué original es usted siempre, querida Gladys!—murmuró la duquesa, tratando de acordarse de lo que es en reali-

dad un quiromántico, y pensando que no sería lo mismo que un quiropedista.

—Viene á examinar mi mano con regularidad dos veces á la semana—añadió lady Windermere,—y lo hace con mucho interés.

—¡Dios del cielo!—se dijo la duquesa.—Debe de ser una especie de manícuero. Es una cosa verdaderamente terrible. En fin, supongo que por lo menos es un extranjero. De esta manera será la cosa un poco menos desagradable.

—Ciertamente, tengo que presentárselo á usted.

—¡Presentármelo!—exclamó la duquesa.—Eso quiere decir que está aquí.

Buscó en torno de ella su abanico de concha y su antiquísimo chal de encaje, como para estar dispuesta á huir á la primera alerta.

—Claro que está aquí. No se me puede ocurrir dar una reunión sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi pulgar fuese tan sólo un poco más corto, hubiera yo sido una pesimista convencida y me hubiese encerrado en un convento.

—¡Ah, ya!—dijo la duquesa, que se sentía muy tranquilizada.—Por lo que veo, dice la buenaventura.

—Y la mala también — contestó lady Windermere; — dice una porción de cosas de ese género. El año próximo, por ejemplo, he de correr grandes peligros, tanto por tierra como por mar. Así, pues, es preciso que viva en globo, y que todos los días haga que me suban la comida en una cesta. Todo esto se encuentra escrito aquí, en mi dedo pequeño ó en la palma de la mano, no lo sé á punto fijo.

—Pero, seguramente, eso es tentar á la Providencia, Gladys.

—Mi querida duquesa, no hay duda de que la Providencia puede resistir las tentaciones en los tiempos que corren. Pienso que todos deberían hacer que les leyesen en la mano, una vez al mes, á fin de saber lo que no se debe hacer. Si nadie

tiene la amabilidad de ir á buscar al Sr. Podgers, iré yo misma.

—Déjeme usted ese cuidado, lady Windermere — dijo un elegante y apuesto joven que se encontraba allí y seguía la conversación con alegre sonrisa.

—Muchas gracias, lord Arturo; pero temo que no le reconozca usted.

—Si es tan singular como usted dice, lady Windermere, no podré confundirle. Dígame solamente qué tipo tiene, y en el acto se lo traigo.

—Bueno. Pues no tiene nada de un quiromántico. Quiero decir que no tiene nada de misterioso, de esotérico, que no tiene aspecto romántico. Es un hombre bajo, grueso, con una cabeza cómicamente calva y grandes gafas de oro, un término medio entre el médico de la familia y el procurador del pueblo. Lo siento que sea así; pero no es culpa mía. ¡Son tan fastidiosas las gentes! Todos mis pianistas tienen exactamente aspecto de pianistas, y todos mis poetas exactamente aspecto de poetas. Recuerdo que el año pasado invité á comer á un terrible conspirador, á un hombre que había hecho correr la sangre de infinidad de personas, que llevaba siempre una cota de malla y tenía un puñal oculto en la manga de su camisa. Pues bien: sepan ustedes que, cuando llegó, tenía, sencillamente, el aspecto de un buen clérigo. Durante toda la velada hizo un derroche de ingenio. Ciertamente que era muy divertido y muy agradable por varios conceptos; pero yo sufrí una cruel decepción. Cuando le interrogué sobre la cota de malla, se contentó con reír, y me dijo que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra... ¡Ah! aquí tenemos al Sr. Podgers... Sr. Podgers, quisiera que leyese usted en la mano de la duquesa de Paisley... Duquesa, haga usted el favor de quitarse un guante... no el de la mano izquierda... el otro...

—Mi querida Gladys, verdaderamente no creo que esto sea muy correcto—dijo la duquesa desabotonándose como á su pesar un guante de piel bastante sucio.

—Jamás lo es nada de lo que interesa—dijo lady Winder-

mere:—así han hecho el texto. Pero tengo que hacer la presentación, duquesa. El Sr. Podgers, mi quiromántico favorito; Sr. Podgers, la duquesa de Paisley... y si dice usted que tiene ella un monte de la luna más desarrollado que el mío, no volveré en adelante á creer en usted.

—Estoy segura, Gladys, que no hay nada de eso en mi mano—dijo la duquesa con tono grave.

—Su Gracia está en lo cierto—replicó Podgers echando una ojeada sobre la regordeta mano con dedos cortos y cuadrados.—La montaña de la luna no está desarrollada. Sin embargo, la línea de la vida es excelente... Vivirá usted hasta una edad avanzada, duquesa, y será usted sumamente feliz... Ambición muy moderada, línea de la inteligencia sin exageración, línea del corazón...

—En ese punto sea usted discreto, Sr. Podgers—exclamó lady Windermere.

—Nada me sería más agradable—contestó Podgers inclinándose,—si la duquesa diese motivo para ello; pero tengo el sentimiento de decir que veo una gran constancia de afección combinada con un sentimiento muy firme del deber.

—Sírvasse continuar, Sr. Podgers—dijo la duquesa, cuya mirada denotaba la satisfacción.

—La economía no es la menor de las virtudes de Su Gracia—siguió diciendo Podgers.

Lady Windermere soltó la carcajada.

—La economía es una cosa excelente—observó la duquesa con complacencia.—Cuando me casé con Paisley, tenía él once castillos y ni una casa cómoda en la que se pudiese habitar.

—Y ahora tiene doce casas y ni un solo castillo—exclamó lady Windermere.

—Amiga mía—dijo la duquesa,—á mí me gusta...

—La comodidad—asintió Podgers—y los perfeccionamientos modernos, y el agua caliente llevada á todos los cuartos. Su Gracia tiene mucha razón. La comodidad es la única cosa que puede darnos nuestra civilización.

—Ha descrito usted admirablemente el carácter de la duquesa, Sr. Podgers. Ahora, haga el favor de decirnos el de lady Flora.

Y para responder á la indicación de la sonriente dueña de la casa, se adelantó una joven angulosa y de cabellos rojos; exhibió una mano larga y huesuda con dedos aplastados.

—¡Ah! una pianista—dijo Podgers,—una excelente pianista, y tal vez una música excepcional. Muy reservada, muy digna y dotada de un gran amor por los animales.

—Es exacto—exclamó la duquesa volviéndose hacia lady Windermere.—Absolutamente exacto. Flora se dedica con gran entusiasmo á la cría de toda clase de animales; y si su padre se lo permitiera, convertiría la casa en una verdadera arca de Noé.

—Muy bien, eso es precisamente lo que yo hago en mi casa todos los jueves—replicó riendo lady Windermere.—Solamente que prefiero los leones á las gallinas.

—Ese es el único error de usted, lady Windermere—dijo Podgers con un saludo pomposo.

—Si una mujer no puede revestir de encanto á sus errores, no es más que una hembra—respondió ella...—Pero es preciso que todavía nos lea usted en algunas manos... Acérquese usted, sir Tomás; enseñe las suyas al Sr. Podgers.

Y un señor de cierta edad y finos modales se adelantó y tendió al quiromántico una mano ruda, con el dedo de en medio muy largo.

—Naturaleza aventurera; en el pasado cuatro largos viajes, y uno en el porvenir... Naufragado tres veces... No, dos veces solamente, pero en peligro de naufragar en su próximo viaje. Conservador decidido, muy puntual, con la pasión de las colecciones de curiosidades. Una enfermedad peligrosa entre los años diez y seis y diez y siete. Heredó una fortuna al cumplir los treinta. Odia á los gatos y á los radicales.

—¡Extraordinario!—exclamó sir Tomás.—Debería usted también leer en la mano de mi mujer.

—De su segunda mujer—dijo tranquilamente Podgers, que continuaba con la mano de sir Tomás.

Pero lady Marrel, mujer de aspecto melancólico, ojos negros y pestañas de sentimental, se negó en redondo á dejar que se revelara su pasado ó su porvenir.

Tampoco lady Windermere, á pesar de sus esfuerzos, consiguió que el señor de Koloff, el embajador de Rusia, consintiese ni siquiera en quitarse los guantes.

En realidad, muchas personas temían habérselas con aquel hombrecillo de sonrisa estereotipada, de gafas de oro y ojos de un perla brillante; y cuando dijo á la pobre lady Fermor, en alta voz y delante de todos, que á ella le importaba poco la música, pero que le entusiasmaban los músicos, se estimó, en general, que la quiromancia es una ciencia, pero á la que no hay que interrogar sino á solas.

Lord Arturo Savile, sin embargo, que no sabía nada de la desdichada historia de lady Fermor, y que había seguido á Podgers con grandísimo interés, tenía una gran curiosidad por consultarle.

Pero, no atreviéndose á presentarse por sí mismo, atravesó la habitación y se acercó al lugar en donde estaba sentada lady Windermere, y, poniéndose encarnado, le preguntó si pensaba que el Sr. Podgers querría ocuparse de él.

—Desde luego—dijo lady Windermere.—Para eso está aquí. Todos mis leones, lord Arturo, son leones en espectáculo. Pasan por los aros cuando yo lo pido. Pero antes tengo que advertirle que se lo contaré todo á Sybil. Mañana vendrá ella á almorzar conmigo para charlar de sombreros, y si Podgers dice que tiene usted mal genio ó tendencia á la gota, ó alguna mujer que viva en Bayswater (1), seguramente se lo comunicaré.

Lord Arturo sonrió y se encogió de hombros.

(1) Barrio al norte de Kensington Park, habitado por las mujeres entretenidas por la aristocracia de Londres.

—No me asusta—respondió:—Sybil me conoce tan bien como yo á ella.

—¡Ah! Me contraría un poco oír eso. La mejor base del matrimonio es una mala inteligencia mutua... no, no soy del todo cínica. Tengo solamente experiencia, lo que, sin embargo, es muy á menudo lo mismo... Señor Podgers, lord Arturo arde en deseos de que lea usted en su mano. No le diga usted que es el prometido de una de las muchachas más bonitas de Londres; hace un mes que el *Morning Post* publicó la noticia.

—Querida lady Windermere—exclamó la marquesa de Jedburgh,—tenga la bondad de dejar un minuto más aquí al señor Podgers. Acaba de decirme que subiré á las tablas, y la cosa me interesa en alto grado.

—Si le ha dicho eso, lady Jedburgh, no vacilo en quitárselo. Venga usted inmediatamente, Sr. Podgers, y lea en la mano de lord Arturo.

—Bien—dijo lady Jedburgh haciendo una mueca y levantándose de su asiento;—si no se me permite subir á las tablas, espero que por lo menos se me permitirá asistir al espectáculo.

—Naturalmente. Todos vamos á asistir á la sesión—replicó lady Windermere.—Y ahora, Sr. Podgers, díganos algo agradable, porque lord Arturo es uno de mis predilectos.

Pero cuando Podgers vió la mano de lord Arturo se puso extraordinariamente pálido y no dijo una palabra.

Pareció sacudirle un estremecimiento. Sus espesas cejas comenzaron á temblar de una manera convulsiva, irritante, como le sucedía cuando se encontraba embarazado.

Algunas gotas de sudor aparecieron en su frente amarilla, como un rocío envenenado, y sus gruesos dedos se pusieron fríos y viscosos.

Lord Arturo advirtió aquellas extrañas muestras de agitación, y por primera vez en su vida sintió miedo. Un movimiento instintivo le impulsó á huir del salón, pero se contuvo.

Valía más conocer lo peor, por malo que fuese, que permanecer en aquella espantosa incertidumbre.

—Espero, Sr. Podgers—dijo.

—Todos esperamos—exclamó lady Windermere con tono vivo é impaciente.

Pero el quiromántico no contestó.

—Lo que creo es que lord Arturo va á subir también á las tablas—dijo lady Jedburgh,—y que el Sr. Podgers, después de la salida de usted, no se atreve á decirlo.

De repente Podgers dejó caer la mano derecha de Arturo y empuñó la izquierda, inclinándose tanto para examinarla, que sus gafas rozaron la palma de aquella mano.

Por un momento su rostro demostró el horror; pero recobró pronto su sangre fría, y mirando á lady Windermere, le dijo con una sonrisa forzada:

—Es la mano de un joven encantador.

—Ciertamente que sí—respondió lady Windermere.—Pero ¿será un buen marido? Esto es lo que necesito saber.

—Todos los jóvenes encantadores son buenos maridos—contestó Podgers.

—No creo que un marido deba ser demasiado seductor—murmuró lady Jedburgh, pensativa.—Es muy peligroso.

—Nunca son demasiado seductores—exclamó lady Windermere.—Pero lo que necesito son los detalles. Unicamente los detalles interesan. ¿Qué le debe ocurrir á lord Arturo?

—Dentro de algunos días emprenderá un viaje.

—Sí, el de la luna de miel, naturalmente.

—Y perderá un pariente.

—Espero que no será su hermana—dijo lady Jedburgh en tono compasivo.

—Ciertamente que no; no es su hermana—respondió Podgers con un gesto de depreciación de la mano;—un pariente lejano.

—Bueno. Me veo cruelmente desorientada—dijo lady Windermere.—No tengo nada absolutamente que decir á Sybil mañana. ¿Quién se preocupa hoy de parientes lejanos? Hace ya muchos años que no están de moda. Sin embargo, me pa-

rece que hará bien en comprarse un vestido negro de seda: siempre sirve para ir á la iglesia. Y ahora vamos á cenar. Seguramente que se lo habrán comido todo; pero todavía podremos encontrar caldo caliente. Francisco hacía antes un caldo excelente; pero ahora se encuentra tan agitado por la política, que jamás estoy segura de nada con él. Me alegraría que el general Boulanger permaneciese tranquilo... Duquesa, estoy cierta de que se encuentra usted fatigada.

—Nada de eso, querida Gladys—respondió la duquesa, encaminándose á la puerta;— me he divertido mucho, y el quiropedista, digo, el quiromántico, es muy entretenido. Flora, ¿dónde he dejado mi abanico de concha?... ¡Oh, gracias, sir Tomás, muchas gracias!... ¿Y mi chal de encajes?... ¡Oh, gracias, sir Tomás, es usted muy amable!

Y la digna criatura concluyó por bajar las escaleras, sin haber dejado caer más que dos veces su frasquito de esencias.

Mientras tanto, lord Arturo Savile permanecía de pie junto á la chimenea, con el mismo sentimiento de terror que pesaba sobre él, la misma enfermiza preocupación de un porvenir malo.

Sonrió tristemente á su hermana, que pasó, muy bella, del brazo de lord Plymdala, y apenas oyó á lady Windermere cuando le invitó á seguirla. Pensó en Sybil Merton, y la idea de que algo pudiera interponerse entre ambos le llenó los ojos de lágrimas. Parecía petrificado, y su rostro tenía el aspecto de un mármol, en su melancolía.

Había vivido la vida delicada y lujosa de un joven de buena cuna y rico, una vida deliciosa, libre de toda preocupación, y ahora, por primera vez, tuvo conciencia del terrible misterio del destino, de la espantosa idea de la suerte.

¡Qué terrible y monstruoso le parecía todo aquello!

¡Posible era que lo que estaba escrito en su mano con caracteres que él no podía leer, pero que otro podía descifrar, fuese algún terrible secreto de falta, algún sangriento signo de crimen!

¿Había escapatoria alguna?

¿No somos más que peones de un tablero que pone en juego un poder invisible?

Su razón se rebeló contra tal pensamiento, y, sin embargo, sentía que alguna tragedia estaba suspendida sobre su cabeza, y que de repente era llamado á llevar una carga intolerable.

Los actores son verdaderamente felices: pueden elegir el representar ya la tragedia, ya la comedia, sufrir ó divertirse, hacer reír ó hacer llorar. Pero en la vida real es muy diferente.

Muchos hombres y muchas mujeres se ven obligados á desempeñar papeles á los que nada les destinaba. Nuestros Guildensterns nos representan Hamlet, y nuestro Hamlet debe bromear como un Príncipe Hal.

El mundo es un teatro, pero la obra está deplorablemente repartida.

De repente, Podgers entró en el salón.

A la vista de lord Arturo, se detuvo, y su rostro sin distinción se puso de un color amarillo verdoso. Las miradas de los dos hombres se encontraron, y hubo un momento de silencio.

—La duquesa se ha dejado aquí uno de sus guantes, y me ha pedido que se lo lleve—dijo, por fin, Podgers.—¡Ah! ya le veo en ese sofá... Buenas noches.

—Sr. Podgers, es preciso que insista para que me dé usted una respuesta inmediata á una pregunta que voy á hacerle.

—En otra ocasión, lord Arturo. La duquesa me espera.

—No se irá usted. La duquesa no tiene tanta prisa.

—Las damas no acostumbran á esperar—dijo Podgers con sonrisa forzada.—El bello sexo es siempre impaciente.

Los finos labios de lord Arturo se contrajeron en una sonrisa desdeñosa.

La pobre duquesa le parecía de ninguna importancia en aquel momento.

Cruzó el salón y se acercó á Podgers.

Le tendió la mano.

—Dígame usted lo que ve aquí. Dígame la verdad. Quiero conocerla. No soy un niño.

Podgers parpadeó. Se mostraba en su actitud muy contrariado, y sus dedos jugaban nerviosamente con una resplandeciente cadena de reloj.

—¿Qué es lo que le ha hecho pensar, lord Arturo, que haya visto en su mano algo más de lo que he dicho?

—Sé que ha visto usted algo más, é insisto para que me diga usted lo que es. Le daré un cheque de cien libras.

Sus ojos verdes brillaron un minuto; después se ensombrecieron.

—¡Cien guineas!—dijo, por fin, Podgers en voz baja.

—Sí, cien guineas. Le enviaré un cheque mañana. ¿Cuál es su círculo?

—No tengo círculo. Es decir, no lo tengo por el momento, pero mi dirección es... Permítame que le dé mi tarjeta.

Y sacando del bolsillo un pedazo de cartón con cantos dorados, Podgers lo alargó con un profundo saludo á lord Arturo, que leyó:

MR. SEPTIMUS R. PODGERS

Quiromántico.

108 a West Moon Street.

—Recibo de diez á cuatro—murmuró Podgers con tono mecánico,—y hago una reducción á las familias.

—Despache usted pronto—exclamó lord Arturo, que se puso muy pálido, tendiéndole la mano.

Podgers miró en rededor nerviosamente, y echó el portier de la habitación.

—Esto llevará un rato, lord Arturo. Será mejor que se siente.

—Despáchese—exclamó de nuevo lord Arturo golpeando coléricamente en el suelo con el pie.

E. M.—Enero 1906.

Podgers sonrió, sacó de su bolsillo una pequeña lupa de cristal de aumento, y la limpió cuidadosamente con su pañuelo.

—Estoy dispuesto—dijo.

II

Diez minutos después, con el rostro blanco de espanto, con la mirada extraviada por el dolor, lord Arturo Savile se precipitaba afuera de Bentinck House.

Abrióse camino al través de los lacayos, cubiertos de pieles, que esperaban en la salida.

Parecía no ver ni oír nada.

La noche era muy fría, y los mecheros de gas brillaban y vacilaban bajo los latigazos del viento; pero sus manos tenían el ardor de la fiebre y sus sienes quemaban como fuego.

Iba y venía, casi con el andar de un hombre ebrio.

Un agente de policía le miró con curiosidad al pasar, y un mendigo, que se destacó de una puerta para pedirle limosna, retrocedió espantado al ver una desgracia mayor que la suya.

Una vez lord Arturo Savile se paró junto á un farol y se miró las manos. Creyó ver la mancha de sangre, y de sus temblorosos labios brotó un débil grito.

¡Asesino! He aquí lo que el quiromántico viera. ¡Asesino! La misma noche parecía saberlo, y el viento se lo decía al oído. Los sombríos rincones de las calles estaban llenos de semejante acusación. Lanzábase ésta desde los tejados de las casas.

Se dirigió al Park, cuyo sombrío bosque parecía fascinarle. Se apoyó en la verja, fatigado, refrescando sus sienes con la humedad de las hierbas y escuchando el silencio murmurador de los árboles.

—¡Asesino, asesino!—repitió él, como si la reiteración de la acusación pudiera oscurecer el sentido de la palabra.

El eco de su propia voz le hizo estremecer, y, sin embargo,

deseaba casi que el eco le oyese y despertase de su sueño á la ciudad dormida. Sentía ganas de detener al transeunte que pasara y decírsele todo.

Después vagó en rededor de Oxford Street por callejuelas estrechas y vergonzosas.

Dos mujeres con las caras pintadas se burlaron de él al pasar.

De un patio sombrío llegó hasta él un ruido de blasfemias y golpes, y, apelotonados bajo una puerta húmeda y glacial, vió las espaldas encorvadas y los cansados cuerpos de la pobreza y la vejez.

Apoderóse de él una piedad extraña.

¿Estaban predestinados á su suerte, como él á la suya, aquellos hijos del pecado y de la miseria? ¿No eran, como él, sino los muñecos de un guiñol monstruoso?

Y, sin embargo, no fué el misterio, sino la comedia del sufrimiento lo que le llamó la atención; su inutilidad absoluta, su grotesca carencia de sentido. ¡Qué incoherente y desprovisto de armonía le pareció todo! Estaba asombrado de la discordancia que había entre el optimismo superficial de nuestro tiempo y los hechos reales de la existencia.

Era aún muy joven.

Después se encontró enfrente de Marglebane Church.

La silenciosa calzada parecía una larga cinta de plata, matizada aquí y allí por los arabescos sombríos de movientes sombras.

A lo lejos se redondeaba en círculo la línea de los faroles de luz vacilante, y ante una casa pequeña rodeada de muros había un coche solitario, cuyo cochero dormía en el pescante.

Lord Arturo marchó con paso rápido en dirección de Portland Place, mirando á cada instante en rededor como si temiese ser perseguido.

En la esquina de Richstreet estaban parados dos hombres, y leían un pequeño anuncio en una empalizada.

Un extraño sentimiento de curiosidad obró sobre él, y cruzó la calle en aquella dirección.

Al acercarse, tropezó su mirada con la palabra *asesino*, escrita en letras negras.

Se detuvo, y sus mejillas enrojecieron.

Era un anuncio oficial ofreciendo una recompensa á quien proporcionara los informes adecuados para facilitar la detención de un hombre de estatura media, entre treinta y cuarenta años, con sombrero flexible, americana negra y pantalones de algodón rayado. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha.

Lord Arturo leyó el anuncio y volvió á leerlo.

Se preguntó si prenderían al hombre aquel y de qué provendría la cicatriz.

¡Tal vez un día figuraría su nombre de igual manera en Londres! ¡Tal vez un día pondrían también precio á su cabeza!

Este pensamiento le puso malo de horror.

Giró sobre sus talones y huyó por las sombras.

Apenas sabía en dónde se encontraba.

Tenía un vago recuerdo de haber errado al través de un laberinto de casas sórdidas, de haberse perdido por calles sombrías, y el alba comenzaba á apuntar cuando por fin reconoció que se encontraba en Picadilly Circus.

Al pasar por Belgrave-Square encontró los grandes vehículos de acarreo que se dirigían á Covent-Garden.

Los carreteros, con blusas blancas, con agradables rostros tostados por el sol, con incultos cabellos rizados, alargaban vigorosamente el paso, chasqueando los látigos y hablando unos con otros.

Sobre el lomo de un enorme caballo gris, el jefe de fila de un tiro, iba montado un muchachote con un ramo de margaritas en su sombrero, agarrado fuertemente á las crines y riendo á carcajadas.

A la luz matinal, los montones de legumbres se destacaban como bloques de jade verdes sobre los rosados pétalos de alguna rosa maravillosa.

Lord Arturo experimentó un sentimiento de viva curiosidad, sin que pudiera decir por qué.

Había algo en la delicada belleza de la aurora que le parecía de una indecible emoción, y pensó en todos los días que nacen bellos y terminan tempestuosos.

¡Qué extraño Londres veían aquellos mocetones con sus voces rudas, su grosero buen humor! Un Londres libertado de los crímenes de la noche y de los humos del día; una ciudad pálida, espectral; una ciudad desolada de tumbas.

Se preguntó lo que pensaban de ella y si sabían algo de sus esplendores y de sus vergüenzas, de sus alegrías, de sus hambres y de todo lo que palpita y pasa de la mañana á la noche.

Probablemente para ellos no era más que un mercado, al que llevaban sus productos para venderlos y en el que no permanecían más que algunas horas, dejando, al marchar, las calles siempre silenciosas, las casas aún dormidas.

Le agradó verles pasar.

Por rustros que fuesen, con sus claveteados zapatones, llevaban en sí algo de la Arcadia.

Lord Arturo sintió que habían vivido con la Naturaleza y que ésta les había enseñado la Paz. Les envidió toda su ignorancia.

Cuando llegó á Belgrave-Square, el cielo era de un azul pálido y los pájaros comenzaban á gorjear en los jardines.

III

Cuando lord Arturo se despertó eran las doce, y el sol del mediodía se filtraba al través de los blancos cortinones de seda de su cuarto.

Se levantó y miró por la ventana.

Una vaga bruma de calor flotaba sobre la ciudad, y los tejados de las casas parecían de plata mate.

Entre los verdes árboles del square, algunos niños se perseguían como blancas mariposas, y las aceras estaban llenas de gentes que se dirigían al Park.

Nunca le había parecido tan bella la vida. Nunca el mal y su dominio le habían parecido tan lejos de él.

Su ayuda de cámara le llevó una taza de chocolate en una bandeja.

Cuando la bebió, separó un portier de terciopelo y pasó al cuarto de baño.

La luz se filtraba suavemente desde arriba al través de delgadas planchas de ónix transparente, y el agua, en la bañera de mármol, tenía el débil brillo de la piedra de luna.

Lord Arturo se sumergió rápidamente hasta que le llegó el agua á la garganta. Entonces metió bruscamente la cabeza, como si quisiera purificarse de la mancha de algún recuerdo vergonzoso.

Cuando salió del agua se sintió casi tranquilo. El bienestar físico experimentado le dominó, como sucede á menudo en las naturalezas robustas, porque los sentidos, como el fuego, lo mismo pueden purificar que destruir.

Después de almorzar, se tumbó en un diván y encendió un cigarrillo.

Encima de la chimenea tenía un magnífico retrato de Sybil Merton, tal como la viera por primera vez en el baile de lady Noel.

La cabeza, pequeña, de un delicioso modelado, se inclinaba ligeramente de lado, como si al cuello flexible y ligero le costase trabajo soportar el peso de tanta belleza. Los labios estaban ligeramente entreabiertos y parecían hechos para una música dulce, y en sus ojos soñadores se leían los asombros de la más tierna pureza virginal. Parecía una de esas delicadas figuritas encontradas en los olivares próximos á Tanagra, y había en su actitud algunos rasgos de la gracia griega.

Sin embargo, no era *pequeña*.

Era sencillamente perfectamente proporcionada, cosa rara á una edad en la que tantas mujeres son exageradas ó insignificantes.

Al contemplarla en aquel momento, se apoderó de lord Arturo esa terrible piedad que nace del amor. Sintió que casarse con ella, con el *fatum* del asesinato suspendido sobre su cabeza, sería una traición semejante á la de Judas, un crimen peor que todos los que jamás soñaran los Borgia.

¿Qué felicidad podrían tener, cuando en todo momento pudiera ser llamado á realizar la espantosa profecía escrita en su mano? ¿Qué vida sería la suya mientras que estuviera pendiente del destino?

A toda costa había que retrasar la boda. Estaba completamente resuelto.

Aunque amaba ardientemente á aquella joven, aunque el solo contacto de sus dedos cuando estaban sentados juntos sacudiera todos los nervios de su cuerpo con exquisita alegría, no por eso dejó de reconocer con claridad en dónde estaba su deber, y tuvo plena conciencia de que no tenía derecho á casarse con ella hasta que hubiese cometido el asesinato.

Hecho esto, podría presentarse ante los altares con Sybil Merton y poner su vida en manos de la mujer que amaba, sin temor de obrar mal.

Hecho esto, podría tomarla en sus brazos, sabiendo que jamás tendría ella que avergonzarse.

Pero antes había que *hacer aquello*; y cuanto antes, sería mejor para los dos.

Muchas personas en su situación hubieran preferido el florido sendero del placer á los abrojos del deber; pero lord Arturo era demasiado concienzudo para parar el placer sobre sus principios.

En su amor, no tenía más que una sencilla pasión, y Sybil era para él el símbolo de todo lo bueno y noble.

Por un momento experimentó una repugnancia natural contra la obra que estaba llamado á ejecutar; pero pronto se borró esta impresión. Su corazón le dijo que aquello no era un crimen, sino un sacrificio; su razón le recordó que no tenía otra salida. Era preciso que eligiese entre vivir para él y vivir

para los otros, y por terrible, sin duda alguna, que fuese la tarea que se imponía á él, sabía, sin embargo, que no dejar que el egoísmo triunfase del amor, estando llamado, antes ó después, cada uno de nosotros, á resolver el mismo problema: la misma cuestión se nos presenta á todos.

A lord Arturo se le presentó pronto en la vida, antes de que su carácter estuviese contaminado por el cinismo, que calcula en la edad madura, ó que su corazón estuviese corroído por el egoísmo superficial y elegante de nuestra época, y no vaciló en cumplir con su deber.

Felizmente para él, no era un simple soñador, un *dilettante* ocioso. Si hubiera sido tal, hubiese vacilado como Hamlet y permitido que la irresolución perjudicase á su designio. Pero era esencialmente práctico. Para él la vida era la acción más bien que el pensamiento.

Poseía ese dón rarísimo, el sentido común.

Las sensaciones crueles y violentas de la víspera habían desaparecido por completo, y, casi con un sentimiento de vergüenza, pensaba en su loca carrera de calle en calle, en su terrible agonía emocional.

La misma sinceridad de sus sufrimientos les hacía pasar ahora á sus ojos por inexistentes.

Se preguntaba cómo había podido ser bastante loco para declamar y luchar contra lo inevitable.

La sola cuestión que parecía turbarle era la manera de realizar su misión; porque no se le ocultaba que el asesinato, como las religiones del mundo pagano, exige una víctima, así como un sacerdote.

Como no era un genio, no tenía enemigos; y, además, comprendía que no se trataba de satisfacer algún rencor ó algún odio personales: la misión de que estaba encargado era de una grande y grave solemnidad.

En consecuencia, redactó una lista de sus amigos y parientes, y tras un cuidadoso examen, se decidió á favor de lady Clementina Beauchamp, una buena señora de mucha edad,

que habitaba en Curzon-Street, y era prima de él en segundo grado por parte de madre.

Siempre había querido á lady Clem, como todo el mundo la llamaba; y como él era rico por haber tomado posesión de toda la fortuna de lord Rugley, al llegar á la mayoría de edad, no era posible que resultase para él de la muerte de su prima alguna despreciable ventaja de dinero.

En realidad, cuanto más pensaba en la cuestión, tanto más le parecía lady Clem la persona indicada; y juzgando que toda dilación era una mala acción respecto á Sybil, resolvió ocuparse en seguida de los preparativos.

Lo primero que tenía que hacer era ponerse en regla con el quiromántico.

Sentóse ante una mesita, y llenó un cheque de 100 libras pagadero á la orden de Mr. Septimus Podgers. Después, poniéndolo en un sobre, dijo á su criado que lo llevase á West-Moon-Street.

Telefoneó en seguida á sus caballerizas para que engancharan su berlina, y se vistió para salir.

Al salir dirigió una mirada al retrato de Sybil Merton, y juró que, sucediera lo que sucediese, le dejaría siempre ignorar lo que hacía por amor de ella, y guardaría el secreto de su sacrificio para siempre sepultado en su corazón.

Al encaminarse á Buckingham-club paró en una tienda de flores, y envió á Sybil una hermosa cesta de narcisos de bonitos pétalos blancos y pistilos semejantes á ojos de faisán.

Al llegar al club, se dirigió directamente á la biblioteca, tocó el timbre y pidió al mozo que le llevase una soda de limón y un libro de Toxicología.

Había decidido que el veneno era el mejor instrumento para su enojosa tarea.

Nada le desagradaba tanto como un acto de violencia personal y, además, no quería matar á lady Clementina por ningún medio que pudiese llamar la atención pública, porque le horrorizaba la idea de convertirse en el hombre del día en

casa de lady Windermere ó de ver figurar su nombre en los sucesos de los periódicos que leen las personas ordinarias.

Tenía que pensar también en los padres de Sybil, que pertenecían á un mundo un poco rancio, y podrían oponerse á la boda si se originase algo parecido á un escándalo, aunque estuviese seguro de que si les ponía al corriente de todo el asunto serían ellos los primeros en apreciar los motivos que le dictaban su conducta.

Tenía, pues, todas las razones para decidirse á favor del veneno. No ofrecía peligros, era seguro, no daba ruido. Obraba sin necesidad alguna de escenas personales, por las que tenía, como muchos ingleses, una aversión arraigada.

Sin embargo, no conocía absolutamente nada de la ciencia de los venenos, y como el criado parecía completamente incapaz de encontrar en la biblioteca nada más que el *Ruff's Guide* y el *Baily's magazine*, examinó por sí mismo los estantes cargados de libros, y concluyó por poner la mano sobre una edición muy bien encuadernada de la *Farmacopea* y un ejemplar de la *Toxicología* de Erskine, editado por Matheu Reid, presidente del Real Colegio de Médicos y uno de los miembros más antiguos del Buckingham-club, en donde fué elegido por confusión con otro candidato, contratiempo que molestó tanto al comité, que cuando el personaje real se presentó hubo unanimidad de bolas negras.

Lord Arturo se vió muy desconcertado por los términos técnicos empleados en los dos libros.

Comenzaba á lamentar el no haber concedido más atención á sus estudios en Oxford, cuando en el segundo volumen de Erskine encontró una exposición muy interesante y muy completa de las propiedades del acónito, escrita en el inglés más claro.

Le pareció que aquél era el veneno que le convenía.

Era rápido, es decir, casi inmediato en sus efectos.

No causaba dolores, y tomado bajo la forma de una cápsula de gelatina, modo de empleo recomendado por sir Matheu, no tenía nada de desagradable al gusto.

En consecuencia, tomó nota sobre su puño de la camisa de la dosis necesaria para producir la muerte, volvió á poner los libros en su puesto, y subió por Saint-James Street hasta casa de Pestle y Humbey, los grandes farmacéuticos.

M. Pestle, que servía siempre en persona á sus clientes de la aristocracia, se sorprendió mucho del pedido, y con tono muy deferente murmuró algo sobre la necesidad de una receta del médico. Sin embargo, en cuanto lord Arturo le hubo explicado que era para administrarla á un perrazo de Normandía del que estaba obligado á deshacerse porque presentaba síntomas de rabia y había tratado ya por dos veces de morder al cochero en las pantorrillas, se mostró plenamente satisfecho, felicitó á lord Arturo por su asombroso conocimiento de la Toxicología, y ejecutó inmediatamente la prescripción.

Lord Arturo puso la cápsula en una bonita bombonera de plata que vió en un escaparate de Band Street, tiró la fea caja de Pestle y Humbey, y fué en derechura á casa de lady Clementina.

—¡Cómo es esto, caballero!—exclamó la anciana al verle entrar.—¿Por qué no ha venido usted á verme en todo este tiempo?

—Mi querida lady Clem, jamás tengo un momento mío—replicó lord Arturo con una sonrisa.

—Supongo que lo que quieres decir es que te pasas todo el día con miss Sybil Merton comprando trapos y diciendo tonterías. No puedo comprender por qué hacen tantas cosas las gentes para casarse. En mis tiempos, no hubiéramos pensado nunca en dar tanto que hablar para una cosa de ese género.

—Te aseguro que no he visto á Sybil desde hace veinticuatro horas. Por lo que sé, pertenece por completo á sus costureras.

—¡Hola! Esa es la única razón que te trae á casa de una vieja fea como yo. Pues sabe que han hecho locuras por mí, pero ahora aquí estoy reumática, con el moño postizo y mal de salud. El caso es que sin esa querida lady Jansen que me

envía las peores novelas francesas que puede encontrar, no sé cómo pasaría el tiempo. Los médicos no sirven más que para cobrar honorarios de sus clientes. Ni siquiera pueden curar mi enfermedad de estómago.

—La traigo un remedio para ella — dijo gravemente lord Arturo. — Es una cosa maravillosa, inventada por un americano.

—No creo que me gusten los inventos americanos. Hasta estoy segura de que no me gustan. He leído últimamente algunas novelas americanas, y eran verdaderas insensateces.

—¡Oh! Aquí no hay ninguna insensatez. La aseguro que es un remedio radical. Hay que prometerme el probarlo.

Y lord Arturo sacó la bombonera, y la tendió á lady Clementina.

—¡Qué bombonera tan linda, Arturo! Es un verdadero regalo. Eres muy amable... ¿Y aquí está el remedio maravilloso?... Parece un bombón. Voy á tomarlo inmediatamente.

—¡Dios del cielo, lady Clem! — exclamó lord Arturo, cogiéndole la mano.—No hay que hacer nada de eso. Es medicina homeopática. Si la toma usted sin que la duela el estómago, no le hará bien ninguno. Espere tener una crisis, y tómela entonces. La sorprenderá el resultado.

—Me hubiera gustado tomar esto en seguida — dijo lady Clementina, mirando á la luz la capsulita transparente con su bola flotante de acónito líquido. — Estoy segura de que es delicioso. Te confieso que, detestando á los doctores, adoro las medicinas. Sin embargo, lo guardaré hasta una próxima crisis.

—¿Y cuándo ocurrirá esa crisis? — preguntó lord Arturo con apresuramiento.—¿Será pronto?

—Espero que no será antes de una semana. Ayer he pasado un mal día; pero no se sabe nunca.

—¿Está usted segura de tener una crisis antes de fin de mes, lady Clem?

—Lo temo. ¡Pero qué amable estás hoy conmigo, Arturo!

Verdaderamente, la influencia de Sybil te hace mucho bien. Y ahora es preciso que huyas. Cómo con personas serias que no gastan bromas, y sé que si no echo un sueñecito ahora, no podré estar despierta durante la comida. Adiós, Arturo; da mis afectos á Sybil, y te agradezco mucho el remedio americano.

—¿No se olvidará de tomarlo?—dijo lord Arturo levantándose de la silla.

—Seguramente que no se me olvidará. Eres muy amable en acordarte de mí. Te escribiré y te diré si necesito otros glóbulos.

Lord Arturo salió de casa de lady Clementina muy animoso y con un sentimiento de gran alivio.

Por la noche tuvo una conversación con Sybil Merton. Le dijo que se encontraba de repente en una situación horriblemente difícil, y que ni el honor ni el deber le permitían retroceder. Le dijo que había que retrasar la boda, porque hasta que saliera de su asunto no tenía libertad.

La suplicó que tuviese confianza en él y que no dudase del porvenir. Todo iría bien, pero se necesitaba paciencia.

La escena ocurría en la *serre* de la casa de M. Merton, en Park Lane, en donde lord Arturo había comido, como de costumbre.

Sybil jamás se había mostrado tan feliz, y hubo un momento en que lord Arturo sintió tentaciones de portarse como un cobarde: escribir á lady Clementina sobre lo del glóbulo y dejar que la boda se realizara como si no hubiese en el mundo un Sr. Podgers.

Sin embargo, su buen natural no tardó en afirmarse, y, aun cuando Sybil cayó en sus brazos llorando, no mostró debilidad.

La belleza, que hacía vibrar sus nervios, tocó también á su conciencia. Comprendió que hacer que naufragase una vida tan bella por algunos meses de placer sería verdaderamente una fea cosa.

Permaneció con Sybil hasta media noche, animándola y siendo á su vez animado, y al día siguiente, temprano, partió para Venecia, después de haber escrito á M. Merton una carta viril y firme respecto al aplazamiento necesario de la boda.

IV

En Venecia encontró á su hermano lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú en su yate.

Los dos jóvenes pasaron juntos una deliciosa quincena.

Por la mañana discurrían sobre el Lido, ó se deslizaban aquí y allí por los canales verdes en su larga góndola negra. Por la tarde recibían visitas en el yate, y por la noche comían en casa de Florián y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza.

Sin embargo, de una manera ó de otra, lord Arturo no era feliz.

Todos los días leía en el *Times* la «columna de defunciones», esperando encontrarse con la noticia de la muerte de lady Clementina; pero todos los días experimentaba una decepción.

Comenzó á temer que hubiese ocurrido algún accidente, y lamentó varias veces haberla impedido que tomase el acónito cuando se mostró tan deseosa de experimentar sus efectos.

Las cartas de Sybil, aunque llenas de amor, de confianza y de ternura, eran á menudo de un tono triste, y, á veces, pensaba que estaba separado de ella para siempre.

Al cabo de quince días, lord Surbiton se cansó de Venecia y resolvió ir por la costa hasta Rávena, porque había oído decir que hay grandes cosas en el Pineto.

Lord Arturo se negó al principio á seguirle, pero Surbiton, que le quería mucho, le convenció de que si continuaba viviendo en el hotel Davielli se moriría de fastidio; y por fin se hicieron á la mar, con fuerte viento del Nordeste y algo de oleaje.

La travesía fué agradable.

La vida al aire libre volvió á traer los frescos colores á las mejillas de lord Arturo; pero al cabo de veintidós días volvieron á apoderarse de él las preocupaciones respecto á lady Clementina, y, á despecho de las quejas de Surbiton, tomó el tren para Venecia.

Cuando desembarcó de la góndola en el hotel, el propietario le salió al encuentro con un montón de telegramas.

Lord Arturo se los arrancó de las manos y se apresuró á abrirlos.

Todo había salido bien.

Lady Clementina había muerto repentinamente, por la noche, cinco días antes.

El primer pensamiento de lord Arturo fué para Sybil, y le puso un telegrama para anunciarle su inmediato regreso á Londres.

En seguida ordenó á su criado que preparase los equipajes para el rápido de la noche; quintuplicó el pago de sus gondoleros, y subió las escaleras con paso ligero y corazón tranquilo.

Esperábanle tres cartas.

La una era de Sybil, llena de simpatía y de pésame; las otras, de la madre de Arturo y del abogado de lady Clementina.

Esta señora, á lo que parece, había comido con la duquesa la noche que precedió á su muerte. Había encantado á todo el mundo con su buen humor y su ingenio; pero se había retirado temprano, quejándose del estómago.

Por la mañana la habían encontrado muerta en su cama, sin que pareciese haber experimentado sufrimiento alguno.

Habíase llamado entonces á sir Matheu Reid; pero ya no había nada que hacer, y después del plazo legal la habían enterrado en Beauchamp Chalcote.

Pocos días antes de su muerte hizo testamento. Dejaba á lord Arturo su casita de Curzon Street, todo su mobiliario, sus

efectos personales, su galería de cuadros, á excepción de su colección de miniaturas, que legaba á su hermana, lady Margaret Rufford, y su brazaletes de amatistas á Sybil Merton.

El inmueble no tenía mucho valor; pero M. Mansfield, el abogado, deseaba que lord Arturo volviese lo más pronto que le fuera posible, porque había que pagar muchas deudas, y lady Clementina no había tenido nunca en regla sus cuentas.

Lord Arturo se conmovió por el recuerdo de lady Clementina, y pensó que Podgers había verdaderamente asumido una gran responsabilidad en este asunto.

Su amor por Sybil, sin embargo, dominaba todas las demás emociones, y la conciencia de que había cumplido con su deber le daba paz y tranquilidad.

Al llegar á Charing Cross, se sintió completamente feliz.

Los Merton le recibieron muy afectuosamente. Sybil le hizo prometer que no soportaría que se interpusiera entre ambos ningún obstáculo, y la boda se fijó para el 7 de Junio.

La vida le parecía, una vez más, bella y brillante, y toda su antigua alegría renacía para él.

Un día, sin embargo, hacía el inventario de su casa de Curzon Street con el abogado de lady Clementina y Sybil, quemando paquetes de cartas amarillentas y vaciando de los cajones extrañas antiguallas, cuando la joven dió de repente un grito de alegría.

—¿Qué has encontrado, Sybil?—dijo lord Arturo, alzando la cabeza y sonriendo.

—Esta bonita bombonera de plata. ¡Qué preciosidad! ¿Me la das? Las amatistas no me irán bien, á lo que veo, hasta que tenga ochenta años.

Era la caja que había contenido el acónito.

Lord Arturo se estremeció y se puso encarnado.

Casi se había olvidado de lo que hiciera, y le pareció una curiosa coincidencia que Sybil, por cuyo amor experimentó todas aquellas angustias, fuese la primera en recordárselas.

—Desde luego, Sybil, tuya es. Yo mismo se la dí á la pobre lady Clem.

—Gracias, Arturo. ¿Y también el bombón? No sabía que á lady Clementina le gustasen las golosinas: la creía demasiado intelectual.

Lord Arturo se puso terriblemente pálido, y una idea horrible pasó por su mente.

—¿Un bombón, Sybil? ¿Qué quieres decir?—preguntó con voz baja y ronca.

—Hay uno dentro, uno solo. Parece viejo y sucio, y no tengo el menor deseo de comerlo... ¿Qué tienes, Arturo? ¡Qué pálido estás!

Lord Arturo cruzó de un salto la sala y cogió la bombonera.

Allí estaba la píldora de color de ámbar con su glóbulo de veneno.

A pesar de todo, lady Clementina había muerto de muerte natural.

La sacudida de este descubrimiento fué casi superior á las fuerzas de lord Arturo.

Arrojó la píldora al fuego y cayó en el diván con un grito de desesperación.

V

A M. Merton le molestó en alto grado el segundo aplazamiento de la boda, y lady Julia, que había ya encargado su vestido de boda, hizo todo lo que pudo para llevar á Sybil á una ruptura.

Sin embargo, por tiernamente que Sybil amase á su madre, había hecho el dón de su vida al conceder su mano á lord Arturo, y nada de lo que pudo decirle lady Julia la hizo vacilar en su fe.

En cuanto á lord Arturo, necesitó bastantes días para reponerse de su cruel decepción, y durante algún tiempo sus nervios estuvieron completamente desequilibrados.

Sin embargo, pronto volvió á imperar su excelente buen sentido, y su espíritu sano y práctico no le permitió vacilar durante mucho tiempo sobre la conducta que había de seguir.

Puesto que el veneno había fracasado por completo, la cosa que convenía emplear era la dinamita ó cualquier otro género de explosivo.

En consecuencia, examinó de nuevo la lista de sus amigos y parientes, y, tras serias reflexiones, resolvió volar á su tío, el deán de Chichester.

El deán, que era un hombre de mucho saber y cultura, tenía pasión por los relojes. Poseía una maravillosa colección de aparatos para medir el tiempo que se extendía desde el siglo xv hasta nuestros días. Le pareció á lord Arturo que aquella manía del buen deán le proporcionaba una excelente ocasión para realizar sus planes.

Pero el procurarse una máquina explosiva constituía, naturalmente, otro problema.

El *London Directory* (1) no le daba ningún dato sobre el asunto, y pensó que le sería de poca utilidad ir á informarse á Scotland Yard (2). Allí jamás se enteran de los hechos y movimientos del partido de la dinamita sino después de originarse una explosión, y aun con esto tampoco se enteran mucho más.

De pronto pensó en su amigo Ruvaloff, joven ruso de tendencias muy revolucionarias, al que encontró el invierno anterior en casa de lady Windermere.

El conde Ruvaloff pasaba por escribir una vida de Pedro el Grande. Había venido á Inglaterra bajo pretexto de estudiar los documentos relativos á la estancia del Zar en aquel país en calidad de carpintero; pero, generalmente, sospechaban que era un agente nihilista, y no había duda de que la Embajada rusa no veía con buenos ojos la presencia de aquél en Londres.

(1) Libro de señas.

(2) Inspección de policía.

Lord Arturo pensó que era el hombre que le convenía para sus proyectos, y una mañana se fué á verle á Bloomsburg para pedirle parecer y ayuda.

—Veo que piensa usted en ocuparse seriamente de la política—dijo el conde Ruvaloff cuando lord Arturo le hubo expuesto el objeto de su visita.

Pero lord Arturo, que odiaba las fanfarronadas, de cualquier género que fuesen, se creyó obligado á explicarle que las cuestiones sociales no le interesaban, y que necesitaba un explosivo para un asunto puramente familiar y que únicamente le afectaba á él.

El conde Ruvaloff le miró algunos momentos con sorpresa.

Después, viéndole completamente serio, escribió unas señas en un pedazo de papel, firmó con sus iniciales y lo entregó á lord Arturo.

—Scotland Yard pagaría en grande por conocer esta dirección, mi querido amigo.

—No la sabrá—exclamó lord Arturo echándose á reir.

Y después de haber estrechado efusivamente la mano del joven ruso, se precipitó á las escaleras, miró el papel y dijo á su cochero que le condujese á Soho Square.

Allí le despidió, y siguió Greek Street hasta que llegó á una plaza que se llama Bayle's court. Pasó bajo el viaducto, y se encontró en un curioso lugar que parecía un lavadero. De una casa á otra había unas cuerdas, de las que colgaban prendas de ropa blanca puestas á secar.

Lord Arturo fué derecho al final y llamó en una casita verde.

Tras alguna espera, durante la que todas las ventanas se poblaron de cabezas que aparecían y desaparecían, abrió la puerta un extranjero, de aspecto bastante rudo, que le preguntó en muy mal inglés lo que deseaba.

Lord Arturo le tendió el papel que le diera el conde Ruvaloff.

En cuanto le vió, el hombre se inclinó é invitó á lord Arturo á que pasara á una salita del piso bajo.

Pocos instantes después, Herr Winckelkopf, como se llamaba en Inglaterra, entró muy de prisa en la sala, con una servilleta llena de manchas de vino al cuello y un tenedor en la mano izquierda.

—El conde Ruvaloff—dijo lord Arturo inclinándose—me presenta á usted, y deseo hablarle para una cuestión de negocios. Me llamo Smith... Roberto Smith, y necesito que me proporcione usted un reloj explosivo.

—Satisfechísimo de recibirle, lord Arturo—replicó el malicioso alemán soltando la carcajada.—No me mire usted con aire tan alarmado. Es mi deber conocer á todo el mundo, y recuerdo haberle visto una noche en casa de lady Windermere. Espero que Su Gracia estará bien. ¿Quiere usted venir á sentarse á mi lado mientras concluyo de almorzar? Tengo un excelente pastel, y mis amigos tienen la amabilidad de decir que mi vino del Rhin es mejor que ninguno de los que se pueden beber en la Embajada de Alemania.

Y antes de que lord Arturo hubiese vuelto de su sorpresa al verse reconocido, se encontraba sentado en el gabinete, bebía el más delicioso marcobrunner en una copa con monogramas imperiales, y charlaba de la manera más amistosa que fuese posible con el famoso conspirador.

—Los relojes de explosivo — dijo Herr Winckelkopf — no son muy buenos artículos para la exportación al extranjero, hasta cuando se consigue hacer que pasen la aduana. El servicio de trenes es tan irregular, que de ordinario explotan antes de llegar á su destino. Sin embargo, si necesita usted alguno de esos aparatos para un uso interior, puedo proporcionarle un excelente artículo, y garantizarle que le satisfará el resultado. ¿Puedo preguntarle para qué uso le destina? Si es para la policía ó para alguien que tenga relaciones con Sotland Yard, lo siento mucho, pero no puedo hacer nada por usted. Los policías ingleses son verdaderamente nuestros mejores amigos. Siempre he observado que, contando con su estupidez, podemos hacer absolutamente todo lo que queremos; ni

siquiera tocar ni un cabello de la cabeza de ninguno de ellos.

—Le aseguro—replicó lord Arturo—que nada va contra la policía. En realidad, el aparato de relojería está destinado al deán de Chichester.

—¡Ah! No pensaba en modo alguno que le preocupasen á usted tanto las cosas de iglesia, lord Arturo. A los jóvenes hoy no les tiene con gran cuidado.

—Me parece que se equivoca usted, Herr Winckelkopf—dijo lord Arturo ruborizándose.—No sé nada de Teología.

—Entonces es un asunto completamente personal.

—Completamente.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros, y salió de la sala.

Cuatro minutos después, volvió á entrar con un rollo de dinamita del tamaño de un penny, y un bonito reloj francés coronado por una figura de la Libertad pisoteando la hidra del Despotismo.

El rostro de lord Arturo se iluminó al verlo.

—Eso es lo que necesito. Ahora enséñeme usted cómo explota.

—¡Ah! Ese es mi secreto — respondió Herr Winckelkopf, contemplando su invento con una justa mirada de orgullo.— Dígame usted solamente cuándo quiere que explote, y arreglaré el mecanismo para la hora indicada.

—Bueno. Hoy es martes, y si puede usted enviármelo en seguida...

—Es imposible. Tengo mucho trabajo: una tarea muy importante para ciertos amigos de Moscú.

—¡Oh! Siempre será tiempo si se remite mañana por la noche ó el jueves por la mañana. En cuanto al momento de la explosión, fijémosle para el viernes á medio día. A esa hora el deán se encuentra siempre en casa.

Y tomó nota en un gran registro, abierto sobre una mesa cerca de la chimenea.

—Y ahora—dijo lord Arturo—hágame el favor de decirme lo que le debo.

—Es un negocio tan insignificante, lord Arturo, que voy á poner lo justo. La dinamita cuesta siete shellings y seis pences, el movimiento de relojería tres libras y diez shellings, y el porte unos cinco shellings. Me alegro mucho servir á un amigo del conde Ruvaloff.

—¿Pero y su trabajo, Herr Winckelkopf?

—No vale nada. Es un placer para mí. No trabajo por dinero: vivo enteramente para mi arte.

Lord Arturo depositó cuatro libras, dos shellings y seis pences sobre la mesa, dió gracias al alemán por su amabilidad, y, declinando cortésmente una invitación para tomar un té con algunos anarquistas el sábado siguiente, salió de la casa de Herr Winckelkopf y se dirigió al Park.

Durante los dos días que siguieron, lord Arturo se encontró en un estado de grandísima agitación nerviosa. El viernes á medio día fué al Buckingham-Club para esperar noticias.

Toda la tarde, el estúpido lacayo de servicio en la puerta estuvo subiendo telegramas de todos los rincones del mundo dando el resultado de las carreras de caballos, de sentencias en casos de divorcio, del estado de la temperatura y otros informes semejantes, mientras que la cinta comunicaba los detalles más fastidiosos sobre la sesión de la noche de la Cámara de los Comunes y su pequeño pánico en el Stock Exchange (1).

A las cuatro llegaron los periódicos de la tarde, y lord Arturo desapareció en el salón de lectura con la *Pall Mall Gazette*, la *James's Gazette*, el *Globe* y el *Echo*, con gran indignación del coronel Geodchild, que deseaba leer lo que se decía de un discurso suyo pronunciado aquella mañana en la alcaldía respecto á misiones sudafricanas y á la conveniencia de tener obispos negros en cada provincia.

Ahora bien: el coronel, por una ú otra razón, tenía un prejuicio muy acentuado contra las *Evenings News*.

(1) La Bolsa de Londres.

Ninguno de los periódicos contenía la menor alusión á Chichester, y lord Arturo comprendió que el atentado había fracasado.

Fué para él un golpe terrible, y durante algunos minutos permaneció completamente abatido.

Herr Winckelkopf, á quien fué á ver al día siguiente, se deshizo en excusas laboriosas, y ofreció proporcionarle otro reloj por su cuenta ó una caja de bombas de nitroglicerina al precio corriente.

Pero lord Arturo había perdido toda confianza en los explosivos, y Herr Winckelkopf reconoció que todas las cosas se encuentran hoy de tal manera, que hasta es difícil obtener dinamita pura.

Sin embargo, el alemán, aun admitiendo que el movimiento de relojería pudiera ser defectuoso, aún tenía la esperanza de que se descargara. Citaba en apoyo de su tesis el caso de un barómetro que envió una vez al gobernador militar de Odesa, regulado para que estallase al décimo día. El barómetro no produjo nada hasta los tres años. Cierto era también que cuando explotó no consiguió hacer polvo sino á una criada, porque el gobernador había salido de la ciudad seis semanas antes; pero probaba esto por lo menos que la dinamita, como fuerza destructura, bajo el mando de un movimiento de relojería era un agente poderoso, aunque un poco inexacto.

A lord Arturo le consoló un poco esta reflexión, pero aun desde este punto de vista estaba destinado á experimentar una nueva decepción.

Dos días después, al subir la escalera, la duquesa le llamó á su cuarto y le enseñó una carta que acababa de recibir del decanato.

—Jane me escribe cartas encantadoras—le dijo;—vas á leer la última: es tan interesante como las novelas que nos envía Mudia.

Lord Arturo se apresuró á coger la carta.

Decía así:

«Mi querida tía: Le agradezco mucho la flanela para la sociedad Dorcas.

»Soy del parecer de usted en estimar absurda la necesidad de esas gentes de llevar cosas bonitas; pero hoy todo el mundo es tan radical, tan irreligioso, que es difícil hacerles ver que no deben tener los gustos y la elegancia de las clases elevadas. No sé verdaderamente á dónde vamos á parar. Como papá lo dice á menudo en sus sermones, vivimos en un siglo de incredulidad.

»Nos ha ocurrido una cosa curiosa con un relojito que un admirador incógnito envió á papá el jueves último. Ha llegado de Londres, porte pagado, en una caja de madera, y papá piensa que se lo ha enviado algún lector de su notable sermón *¿La Licencia es la Libertad?*, porque el reloj lleva una figura de mujer con un gorro frigio en la cabeza.

»A mí no me parece esto muy bien, pero papá dice que es histórico. Supongo, pues, que no hay nada que decir.

»Parker desempaquetó el objeto, y papá lo puso en la chimenea de la biblioteca.

»Allí estábamos todos sentados el viernes último, cuando, en el momento de dar las doce, oímos como un ruido de alas; una pequeña humareda salió del pedestal de la figura, y la diosa de la Libertad cayó y se rompió la nariz.

»María se asustó mucho; pero la cosa era verdaderamente tan ridícula, que James y yo nos echamos á reir. Papá nos hizo coro.

»Cuando examinamos el reloj, vimos que era una especie de despertador, y que arreglándole para una hora determinada y poniendo pólvora y una cápsula de fulminante bajo un martillito, producíase la explosión á voluntad.

»Papá dijo que era un reloj demasiado ruidoso para estar en la biblioteca.

»Reggie le llevó á la escuela y allí continuó produciendo pequeñas explosiones durante todo el día.

»¿Cree usted que le gustaría á Arturo un regalo de boda de

ese género? Supongo que debe de estar de moda en Londres.

»Papá dice que estos relojes son instructivos, porque demuestran que la libertad no es duradera y que su reinado debe concluir con una caída. Papá dice que la libertad fué inventada en tiempos de la Revolución francesa. Esto parece horrible.

»Voy á ir en seguida á casa de los Dorcas y les leeré la instructiva carta de usted. Es una gran verdad lo que dice usted de que quieren llevar lo que no les corresponde. Debo decir que su preocupación por el traje es absurda, cuando tienen tantas otras graves preocupaciones en este mundo y en el otro.

»Me alegro mucho de que sus encajes no se hayan echado á perder. El miércoles llevaré á casa del obispo la seda amarilla que tan amablemente me ha regalado usted, y creo que producirá el mejor efecto.

»Reggie acaba de obtener una nueva explosión. Papá ha ordenado que se lleven el reloj á la cuadra. No creo que papá le aprecie tanto como en los primeros momentos, aunque le halague mucho haber recibido un presente tan ingenioso. Esto prueba que leen sus sermones y los aprovechan.

»Papá la envía sus afectos; James, Reggie y María unen los suyos, deseando que tío Cecil esté mejor de la gota.

»Su sobrina, que la quiere,

JANE PERCY.»

Lord Arturo miró la carta con aire tan serio y apenado, que la duquesa se echó á reir.

—Mi querido Arturo—dijo,—no te volveré á leer una carta de muchacha. Pero ¿qué decir del reloj? Me parece una invención verdaderamente curiosa y me gustaría tener otro.

—No tengo gran confianza en estos relojes—dijo lord Arturo con triste sonrisa.

Y después de haber besado á su madre, salió de la habitación.

Al llegar á su cuarto se arrojó en un sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Había hecho lo posible para cometer el asesinato, pero en dos ocasiones habían fracasado sus tentativas, sin que tuviese la culpa. Había tratado de cumplir con su deber, pero parecía que el destino le hacía traición.

Veíase abrumado por el sentimiento de la esterilidad de las buenas intenciones, de la inutilidad de los esfuerzos para una hermosa acción.

Tal vez hubiese valido más romper el matrimonio. Sybil hubiera sufrido, es verdad; pero el sufrimiento no arruina un carácter tan noble como el suyo.

En cuanto á él, nada importaba. Siempre hay alguna guerra en la que un hombre puede hacerse matar, alguna causa á la que un hombre puede dar la vida; y si la vida no le era grata, la muerte no le asustaba.

¡Que el destino hiciera de él lo que quisiera! Nada haría él para conjurarle.

A las siete y media se vistió y se fué al Club.

Allí estaba Surbiton con algunos amigos, y lord Arturo tuvo que comer con ellos. La conversación no le interesaba, y en cuanto se sirvió el café les dejó, pretextando una cita.

Al salir del Club, el lacayo le entregó una carta.

Era de Herr Winckelkopf, que le invitaba á ver un paraguas explosivo que era la última palabra de los inventores.

Lord Arturo rompió la carta en pedacitos. Estaba resuelto á no recurrir á nuevas tentativas.

Después recorrió los muelles del Támesis, y permaneció horas mirando al río.

A las dos de la mañana se dirigió hacia Blackfriars.

Como se acercara á la aguja de Cleopatra, lord Arturo, que iba atormentado por sus reflexiones, vió un hombre inclinado sobre el parapeto, y cuando se acercó le reconoció á la luz de un reverbero.

Era el Sr. Podgers.

Lord Arturo se detuvo.

Una idea le iluminó de repente como un relámpago.

Se deslizó calladamente hacia Podgers.

En un segundo le agarró por las piernas y le tiró al Támesis.

Un juramento grosero, un ruido en el agua, y esto fué todo.

Lord Arturo miró con ansiedad la superficie del río, pero no pudo ver del quiromántico nada más que el sombrero, que giraba en un remolino de agua argentado por la luna. Al cabo de algunos minutos desapareció también el sombrero.

Entonces creyó Arturo que había realizado los decretos del destino. Exhaló un profundo suspiro de alivio, y el nombre de Sybil acudió á sus labios.

En los días siguientes tuvo momentos de inquietud. Le parecía que Podgers iba á volver; pero otras veces pensaba que la fortuna no podía ser tan injusta con él.

Deseaba, de todos modos, salir por completo de dudas, y al fin lo consiguió.

Estaba sentado en el Club. Tomaba té, escuchando distraídamente á Surbiton, que le daba cuenta de la última opereta de la Gaité, cuando el criado trajo los periódicos.

Tomó la *Gazette de Saint-James*, cuando se encontró con este epígrafe:

Suicidio de un quiromántico.

Palideció de emoción y se puso á leer.

Decía así la noticia:

«Ayer por la mañana, á las siete, el cuerpo de M. Septimus R. Podgers, el célebre quiromántico, ha sido encontrado, arrojado por el río, en Greenwich, frente á Ship Hotel.

»El desgraciado había desaparecido hacía algunos días. Se supone que se ha suicidado en un momento de perturbación de sus facultades mentales.

»M. Podgers acababa de terminar un tratado completo relativo á la mano humana. Esta obra se publicará próximamente, y despertará, sin duda alguna, gran curiosidad.

»El difunto tenía sesenta y cinco años, y no parece que de-ja familia.»

Lord Arturo salió del Club con el periódico en la mano, con gran asombro del portero.

Corrió á Park Lane.

Sybil, que estaba en la ventana, le vió llegar, y algo le di-jo que traía buenas noticias. Corrió á su encuentro, y cuando le vió la cara comprendió que todo iba bien.

—Mi querida Sybil—exclamó lord Arturo,—casémonos mañana.

—Loco, ni siquiera está encargado el pastel nupcial—re-plicó Sybil, riendo en medio de sus lágrimas.

VI

Cuando se celebró la boda, unas tres semanas después, se llenó San Pedro de lo mejor de la sociedad.

Les casó muy conmovido el deán de Chichester, y todo el mundo estaba de acuerdo para reconocer que jamás se había visto una pareja más encantadora.

Los novios eran más que bellos, porque eran felices.

Nunca se lamentó lord Arturo de lo que había sufrido por el amor de Sybil, mientras que ella, por su parte, le daba las mejores cosas que una mujer puede dar á un hombre: el res-peto, la ternura y el amor.

Para ellos la realidad no mató la novela.

Conservaron siempre la juventud de los sentimientos.

Algunos años después, cuando tuvieron dos hermosos ni-ños, lady Windermere fué á hacerles una visita á Alton Prio-ryr—una antigua posesión regalo de bodas del duque á su hijo,—y una tarde que estaba sentada al lado de lady Artu-ro, bajo un tilo, en el jardín, mirando cómo jugaban los niños, le preguntó:

—¿Es usted feliz, Sybil?

—Sí que lo soy, querida lady Windermere, muy feliz. ¿Y usted, no lo es?

—No tengo tiempo de serlo, Sybil. Siempre he querido al último que me presentaban; pero, de ordinario, en cuanto conozco á alguien me canso de él.

—¿No le divierten ya sus leones?

— ¡Ah! Los leones no sirven más que para una estación. En cuanto se les corta las melenas, se ponen insoportables. Además, si se porta usted bien con ellos, se portarán ellos mal con usted. ¿Se acuerda de aquel horrible Podgers? Era un impostor. Naturalmente, no le conocí al principio, y hasta cuando me pidió dinero se lo dí, pero no podía soportar que me hiciese la corte. Me ha hecho verdaderamente odiar la quiromancia. Actualmente me dedico á la telepatía. Es mucho más divertido.

—Aquí no se puede hablar contra la quiromancia. Es lo único de que no gusta que se rían Arturo.

—¿No querrá usted decir que cree en ella?

—Pregúnteselo. Aquí viene.

Lord Arturo llegaba, en efecto, por el jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano y sus dos hijos saltando á su lado.

—Lord Arturo...

—A sus órdenes, lady Windermere.

—¿Se atreve usted á decir en serio que cree en la quiromancia?

—Ciertamente—contestó el joven riendo.

—¿Y por qué?

—Porque la debo la felicidad de mi vida.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sybil—respondió entregando las rosas á su mujer.

—¡Qué estupidez!—exclamó lady Windermere.—En mi vida he oído estupidez semejante.

OSCAR WILDE

CRÓNICA LITERARIA

Cuestiones mixtas de Moral y Literatura.—A propósito de *Los malhechores del bien*, comedia de D. Jacinto Benavente, representada en el Teatro Lara, de Madrid.

Las obras literarias provocan con frecuencia cuestiones mixtas de Literatura y Moral, cuestiones que unas veces están planteadas en las mismas obras como tesis ó pensamiento de ellas, y otras veces surgen como consecuencia de la apreciación del público y de los doctos ó del efecto social que producen las creaciones literarias.

Lo trae consigo la índole de la Literatura. La amoralidad de las Letras sólo puede admitirse como hecho ó recomendarse en concepto de aspiración en un sentido: el de que el autor de obras de bella literatura no se proponga edificar, atienda á un fin artístico y no á un fin de propaganda y enseñanza moral. Planteada en estos términos la cuestión, es discutible y cabe la posibilidad de que una obra literaria pueda calificarse de amoral, desde ese punto de vista.

Existe, pues, ó puede existir, una amoralidad de intención, de propósito, pero intrínsecamente casi todas las obras literarias, por no decir todas, encierran una cuestión moral. La razón es sencilla. El sujeto de la Literatura es casi siempre el hombre, y por consiguiente las obras literarias son en su inmensa mayoría representaciones de la conducta humana, casos de conducta y por lo mismo casos de moral. Rarísima es la obra literaria en que el hombre está ausente. Únicamente en descripciones de la Naturaleza cabe que el factor humano se

reduzca á la impresión del autor ante el espectáculo de fuerzas ó de seres naturales no humanos. Hasta los géneros más apartados de la acción, como la lírica, encierran un fondo de sentimientos humanos que tienen como antecedente ó consecuencia una determinación de la conducta y ofrecen por ahí un matiz ético, aunque sea mucho más vago y atenuado que el de los géneros de acción, como la novela y el teatro, que son géneros esencialmente morales.

Desde el instante en que las obras literarias encierran casi siempre una cuestión moral, es inevitable que provoquen en el público, además de una reacción estética, una reacción moral. De ahí surgen esas cuestiones mixtas de Literatura y Moral á que antes me refería. Aunque á primera vista parezcan externas á la Literatura y ajenas á la verdadera esencia de esta clase de obras del ingenio, son desde luego importantes, y la crítica literaria puede y debe consagrarlas atención por la dificultad extrema de separar la forma y el fondo en las creaciones de las Letras, particularmente en el concepto de la masa general del público, á quien la parte técnica de la Literatura interesa poco, cuando no la ignora, y que juzga de las obras por la impresión que le producen, á la cual coopera casi siempre, más ó menos activamente, el elemento moral contenido en aquéllas. La importancia de estas cuestiones mixtas dimana de que el arte literario no es un producto meramente subjetivo que exista en una esfera ideal, lejana de las realidades sociales. Las obras literarias son un hecho de comercio social, de comunicación espiritual entre gentes, y apenas se concebirían sin recibir la influencia de un medio social y de una serie de antecedentes históricos y sin ejercer á su vez una influencia más ó menos honda sobre un público.

Si dondequiera que hay Letras y una acción social del arte aparecen esas cuestiones mixtas, aquí en España se plantean con un carácter especial que les da á veces desmedida importancia. En nuestro país, los públicos cultos á quienes interesa la Literatura como tal Literatura sin necesidad de aditamentos

religiosos, morales y políticos, son muy reducidos. Por eso la tesis moral, religiosa ó política de una obra interesa á muchos más que la obra misma. Las creaciones literarias más sonadas y á veces más provechosas para los autores, al menos desde el punto de vista del éxito editorial inmediato, son las que plantean algún problema de esa índole ó las que, con razón ó sin ella, adquieren á los ojos del público una significación social distinta de la meramente artística. No es necesario citar ejemplos. Se le ocurrirán fácilmente al lector que conozca algo el movimiento de nuestras Letras en los últimos años. No sólo sobre la crítica contemporánea, sino sobre los juicios referentes á nuestra pasada historia literaria, pesa un espíritu sectario que atiende muy mucho á los antecedentes religiosos ó políticos de los autores, juzgándolos con muy diversa disposición de ánimo, según sean tradicionalistas ó progresistas (para emplear denominaciones muy generales y comprensivas) y sea ésta ó aquélla la significación personal del censor.

Como al mismo tiempo los medios de propaganda directa de las ideas políticas, religiosas y morales que están en uso en los países donde la opinión es activa, se ejercitan rara y perezosamente en España, resulta que las obras literarias, y principalmente aquellas que tienen acción más rápida é inmediata sobre el público, como las pertenecientes al teatro, son un medio de fijar la atención de las multitudes sobre algún asunto con una eficacia que emula á la de los periódicos, y desde luego supera á la del libro doctrinal y el discurso oratorio. La opinión pública anda aquí distraída y es apática. No hay que pedirle grandes ni medianos esfuerzos. Por eso, con el cebo y atractivo del arte es más fácil cautivarla. De ahí viene la gran importancia que aquí adquieren las cuestiones mixtas suscitadas por producciones literarias.

*
* *

Una de estas cuestiones acaba de plantearse con motivo de la comedia de D. Jacinto Benavente *Los malhechores del bien*,

obra ingeniosa, desarrollada con notable maestría dramática, pero que no tiene, á mi parecer, los vuelos que han coincidido en atribuirle desde contrarios puntos de vista sus impugnadores y sus panegiristas.

Veo yo en esta obra una sátira urbana y mesurada de costumbres que no desdice del escenario apacible y un poco burgués de Lara. No puedo ver en ella, por más que hago, la obra terrible, demoledora y hasta anarquista en que se escarnecen los fundamentos de la sociedad, que han creído ver en ella sus contrarios, ni tampoco la obra valiente, liberal, revolucionaria (la misma cosa que antes con corta diferencia, pero desde el punto de vista apologético) que descubren en esta comedia los que se han entusiasmado con ella. Espero que la breve exposición que voy á hacer del argumento pondrá al lector de mi parte.

La acción de *Los malhechores del bien* se desenvuelve en Moraleda. Moraleda es un pueblo ó ciudad dominado por unas cuantas señoras piadosas, que se dedican á hacer obras de caridad y á inspeccionar y reglamentar, valiéndose de los medios de influencia que poseen, las costumbres de sus convecinos. Esas señoras murmuran un poco del prójimo, son quizás algo curiosas y demasiado entrometidas, defectos corrientes en las poblaciones pequeñas; pero, en resumen, son unas buenas señoras, un tanto ridículas á veces, mas de sana intención, y que hacen el bien con un criterio algo exclusivista, pero que lo hacen al fin. En resumen: unas señoras cristianas, caritativas, aunque poco discretas y algo intolerantes. No sé si en la mente del autor resultarán así las señoras de Moraleda, pero creo que este es el juicio que debe formar de ellas un espectador imparcial y desapasionado.

Entre las buenas obras—buenas en la intención—que se dedican á hacer estas señoras, figura la de concertar matrimonios entre personas que creen ellas que han de formar excelentes parejas. Así han concertado el matrimonio de una señorita huérfana y pobre (Teresa) con el marqués de Santo Toribio,

hombre maduro y rico. Del propio modo se preparan á casar á Natividad (una obrerita á quien protegen) con un mozo obediente y de buenas costumbres. Pero las señoras piadosas de Moraleda tienen un terrible adversario en D. Heliodoro, un calavera tronado que vive al amparo de su hermana, que es precisamente una de las más calificadas entre las señoras piadosas del pueblo. D. Heliodoro, no obstante su precario estado y la protección que recibe, conserva toda la independencia y todo el desenfado necesarios para hacer cuanto puede molestar á las señoras mojigatas. Averigua este personaje que Natividad ama, no al novio que le destinan sus protectoras, sino á Jesús, un muchacho á quien las señoras tienen en entredicho por juzgarle díscolo y de malas costumbres. D. Heliodoro se convierte en paladín del amor contra el matrimonio de conveniencia. Persuade á Natividad, que es muy tímida, pero que al cabo se resuelve á marcharse á América con su enamorado, una vez que D. Heliodoro, que está en fondos por una feliz casualidad, les proporciona recursos para ello. Y de este modo triunfa en la comedia el amor sobre el cálculo y la prudencia, desenlace demasiado frecuente en las tablas para que pueda alarmar como un atrevimiento inusitado.

¿Dónde está el anarquismo de *Los malhechores del bien*? Según sus censores, está en que satiriza la caridad, en que defiende un individualismo desenfrenado; está en que D. Heliodoro, al concertar la fuga de los enamorados, les dice: «Os casáis en el primer puerto, y si no queréis no os casáis». Está también en que el propio D. Heliodoro, que por ser un antiguo calavera guarda poquísimo respeto á las buenas costumbres, dice á Teresa: «Si mi sobrino no fuese tan joven, os embarcaba también». Teresa es casada, como sabe el lector, y el sobrino es un mozalbete que la corteja platónicamente, de quien ella se burla un poco á veces, y con quien otras veces coquetea, moderadamente también.

Para graduar el valor que debe darse á estas últimas proposiciones hay que tener en cuenta la índole del personaje en

boca del cual las pone Benavente. En D. Heliodoro no ha querido presentar el autor un espejo de buenas costumbres, sino un calavera jubilado muy contra su gusto, en quien es explicable esa libertad de palabra y de pensamiento, no mayor que la de otros personajes dramáticos que no han alarmado á nadie. Hay que apreciar también como atenuante que D. Heliodoro abusa un poco de la bebida, y que su espíritu de contradicción, junto con la antipatía que profesa á las virtuosas é indiscretas damas de Moraleda, le ha de impulsar á que extreme un tanto las cosas. Tampoco hay en la obra una impugnación de la caridad *per se*, como la que suelen hacer los socialistas, viendo en ella un medio de prolongar las desigualdades sociales al hacer más llevaderos los padecimientos del pobre, sino una crítica de los errores que pueden empañar esa virtud. Y por lo que hace al individualismo, tan general es su exaltación en las obras modernas, que sería harto injusto convertir en piedra de escándalo, por sólo esta causa, la comedia de Benavente.

Creo yo que esta comedia hace algunos años hubiera causado menos impresión que ahora. La llamada cuestión religiosa ha producido un estado de irritabilidad y de suspicacia en los opuestos bandos, que hace que estén ojo avizor sobre todo lo que puede afectar á sus sentimientos. En este caso me parece que ha habido un exceso de susceptibilidad y una exageración manifiesta en dar tanta importancia á una crítica, más ó menos justa, de la caridad indiscreta. Respetabilísima y amable por todo extremo es la caridad; pero en ella caben, como en todo lo humano, errores y flaquezas. En una época en que todo se discute, de Dios abajo, ¿hemos de maravillarnos ni de alarmarnos porque un dramaturgo satirice las formas, que él juzga indiscretas, de la caridad de una Junta benéfica de señoras? Convengamos en que calificar por eso de anarquista á una comedia es verdaderamente excesivo.

Y si nos volvemos hacia el otro bando, ¿cómo no advertir la propia exageración, sostenida aquí con espíritu apologético?

¿Qué gran idea revolucionaria hallamos en *Los malhechores del bien*? Ni para aplaudirla ni para censurarla podemos convencernos de que sea esta comedia una obra demoledora y terrible. Es una comedia ingeniosa, bien escrita, compuesta con verdadero conocimiento del teatro, pero cuya tesis no ofrece nada de extraordinario. Vemos en esa tesis: por un lado, un tópico dramático que era ya viejo en las tablas cuando se estrenó *El sí de las niñas*: la ventaja de los matrimonios de inclinación sobre los matrimonios de conveniencia; y por otro lado, una sátira de modestos vuelos contra los peligros de la caridad indiscreta y del exceso de tutela sobre los individuos, aunque sea bien intencionada. Ni lo uno ni lo otro representa un gran atrevimiento del pensamiento moderno, ni convierte á Benavente en vocero de las ideas radicales en el teatro. Y el mismo autor de *Los malhechores del bien*, al decir, como ha dicho, según cuentan, en el saloncillo de un teatro: «El día menos pensado escribo una comedia clerical», ha parecido dar á entender que no estaba muy conforme con el sentido que se atribuía á su obra y al homenaje que con motivo de ella se le ha tributado. Es de notar que el breve escrito del Sr. Benavente, que se leyó en el Teatro Español, y en que el autor festejado daba las gracias á los que tomaron parte en el homenaje, no contiene ni una palabra que contribuya á robustecer la significación asignada á su obra. No hay en él alusión alguna política, religiosa ni moral. Se habla tan sólo en ese breve documento del arte y de la patria. Es una tácita declaración de independencia.

*
* *

No voy á discutir el homenaje. Pueden ser éstos de dos clases. A una pertenecen aquellos que coronan y premian la labor literaria de una vida entera, tales como la coronación de Quintana ó el homenaje á Echegaray. A la otra corresponden los que expresan admiración ó simpatía hacia una obra literaria determinada. Dentro de estos últimos cabe el tributado á Be-

navente. Un homenaje de los primeros sería prematuro tratándose de un autor que, aunque ha realizado ya una gran labor dramática, es joven todavía, y es de suponer que producirá aún numerosas obras. Estos homenajes parciales que se tributan á un autor por una obra determinada, á diferencia de los otros, que representan una especie de adelanto del juicio de la posteridad, tal como se figuran que será los contemporáneos, cuando festejan á un escritor que es ya casi una figura histórica, pueden tener muy varios matices: ser exclusivamente artísticos; obedecer, en mayor ó menor grado, á una tendencia religiosa, moral ó política ó al espíritu de una escuela literaria. El tributado á Benavente ha tenido cierto carácter de escuela, y no de escuela literaria, sino político-moral ó político-religiosa. Se ha querido aplaudir con él cierto supuesto radicalismo que aparecía en el teatro. Aun así, es un acto lícito y explicable de opinión y, hasta si se quiere, de propaganda, si bien ha tenido que revestir cierto carácter parcial que ha apartado de él á muchas personas que admiran el ingenio de Benavente.

En ese homenaje se ha hablado de la libertad del teatro, y se ha hablado por persona tan autorizada como el Sr. Pérez Galdós. Pero no basta hablar de la libertad: hay que aprender á practicarla y á entenderla con equidad cuando hacen uso de ella los que no están conformes con nuestra manera de pensar. Esta educación para practicar la libertad y esta imparcialidad para entenderla son bien raras en España, hasta entre los hombres de más valía intelectual.

La libertad en el teatro puede desaparecer ó padecer menoscabo por una intervención del Estado, cuando éste sujeta á censura previa las obras y prohíbe la representación de las que le parecen peligrosas ó inconvenientes. Puede quedar también mermada cuando una turba, como ha ocurrido algunas veces, asalta un teatro ó estorba por algún medio violento la representación. Pero la libertad del teatro, como todas las libertades civiles, supone vida de sociedad y convivencia con otras

libertades. El público tiene también su libertad, y cuando no le agrada una obra puede lícitamente abstenerse de ir á verla y hacer propaganda contra ella.

En el caso de *Los malhechores del bien* no ha habido en el teatro en que esta comedia se representa ninguna manifestación de desagrado, ni la autoridad ha opuesto el menor obstáculo á su representación. La libertad no está en litigio, ni ha padecido quebranto ni merma. ¿Que algunas señoras distinguidas, que una parte del público, en suma, han manifestado su propósito de dejar el abono si se representaban obras de esa tendencia, ó se han abstenido de asistir al teatro Lara? Pues eso es conforme con el régimen de la libertad, que no exige que los que discrepan de una opinión ó de una obra artística se sometan á ella, sino sólo que no se empleen medios violentos ó ilegales para cohibir la expresión de las diversas opiniones posibles. La libertad no consiste en que todos profesen un mismo credo, aunque sea radical y avanzado, sino en la convivencia de las varias opiniones y en la posibilidad de que cada cual pugne por la suya y combata la contraria si quiere, siempre que sea por medios lícitos. ¿Y qué más lícito que dejar de asistir al teatro cuando á uno no le agrada ó no le conviene?

Este recordatorio de lo que es la libertad es tal vez la moraleja más importante que brindan á los espíritus imparciales las cuestiones mixtas suscitadas por *Los malhechores del bien*.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA LITERARIA: El fenómeno del «seiscentismo».—BELLAS ARTES: Teoría estética y técnica del retrato.—El caballo en el arte de Atenas y de Roma.—CRÍTICA LITERARIA: Pablo Bourget.—EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA: Cómo se enseña en Francia la medicina.—ESTÉTICA: La estética nueva y la poética.—COSTUMBRES: El Año Nuevo en China.—IMPRESIONES Y NOTAS: El bello sexo.—Cosas de anglosajones.—Opiniones de las mujeres sobre los hombres.—*La Ráfaga*, de Bernstein.—Inocencio III y León XIII.—El corazón y la ley.

HISTORIA LITERARIA

EL FENÓMENO DEL «SEISCIENTISMO».—Aunque todos sepan lo que se entiende por *seiscentismo*, es difícil definir esta palabra. El seiscentismo es el jesuitismo en el arte—decía Luis Settembrini;—pero si así fuera, ¿qué sería en los países que no han tenido jesuitas? El seiscentismo es una forma grande con pequeño contenido, un exterior al que no corresponde lo de dentro—pensaba Francisco de Sanctis;—pero ¿cómo ajustar esta fórmula al caso, por ejemplo, de Shakspeare? Decir, por otra parte, que el 600 deliraba, es emitir un concepto vago, aunque no fuera de propósito. Hay que notar que si hubo un seiscentismo común á todos los países de Europa, cada uno tuvo su forma particular: marinismo, gongorismo, conceptismo, culteranismo, enfuismo, preciosismo. Aunque cosas diversas, todas ellas tienen, sin embargo, algo de común, que permite agruparlas bajo el mismo nombre; y atendiendo á esta cualidad común, parece que puede decirse que el seiscentismo es, ante todo, una negación de la naturaleza y de la sencillez.

Pero ¿dónde acaban en rigor la sencillez y la naturaleza? En poesía, por ejemplo, ¿hay un lenguaje natural? Sí y no: para quien habitual ó accidentalmente se encuentre en disposición poética, la poesía es un habla natural; para quien no se halle en esa disposición, no sólo no es natural el lenguaje poético, sino que es contra naturaleza. Tomemos la metáfora, que si no es toda la poesía, es gran parte de su alma. «¿Quién nos librará de la metáfora?»—dijo una vez Pablo Luis Courier. Nadie seguramente, ni falta que hace. La metáfora nace de dos capitalísimas operaciones del espíritu: intuición de analogías y asociación de imágenes. ¿Qué se critica al seiscientismo en materia de metáforas? ¿Su atrevimiento? Pues Leopardi, que es lo contrario de Marino, quiere metáforas atrevidísimas y sostiene que cuanto más atrevidas, más agradan; Esquilo y los Profetas están llenos de metáforas de esa clase, y en las cartas de Santa Catalina de Siena las hay que nada tienen que envidiar á las más atrevidas del 600, como ésta, por ejemplo: «Este es un manjar que, mientras seamos peregrinos en esta vida, encierra en sí el olor de las verdaderas y reales virtudes, las cuales virtudes están cocidas al fuego de la divina caridad y se comen en la mesa de la cruz». ¿Será la demasiada abundancia la que se critique? Pero la abundancia de las metáforas está en relación con el hervor de las pasiones y el caldeoamiento de la fantasía: Heine, enamorado, dice que de su boca manan las metáforas, y de Goethe se ha dicho que no podía abrir la boca sin dejar salir un tropo. Claro es que hay metáforas buenas y malas, pero siempre las ha habido, y el seiscientismo se distingue por lo incongruente, falaz y fatigoso de las analogías en que se basan.

Lo mismo que de las metáforas puede decirse de los conceptos: pues aquí también todo se reduce á conveniencia y medida, y es difícilísimo fijar los límites entre lo conceptuoso y lo natural, habiendo existido siempre agudezas y amaneramientos en el decir. Y si se siguen analizando los demás elementos, usos y formas del seiscientismo, se vendrá á la conclusión de

que éste, ó, para hablar con más exactitud, la parte viciosa del seiscientismo, consiste en una habitual exageración de los procedimientos propios del arte que podemos llamar normal. El preciosismo es forma de retención; el marinismo, forma de disolución; ambos se comprenden en el amaneramiento. El barroco no es todo el amaneramiento del 600, pero es su parte más vistosa y característica; su cualidad principal es la tendencia al exceso: de ahí la hipérbole y la hinchazón, crápula de fantasía y de ingenio que no se concilia con el buen gusto.

No todo en lo barroco es, sin embargo, vituperable: el Bernini es, dígame lo que se quiera, un gran artista, y Marino es un hombre de mérito; en el barroco mejor no es posible desconocer juntamente con el atrevimiento, á veces impetuoso, y con la floridez, frecuentemente exuberante, ligereza de espíritu, cierta curiosidad de pensamiento y sentimiento, y un gran amor á lo nuevo. Se quiere lo nuevo á toda costa y se reacciona además contra el humanismo, por lo que puede considerarse el seiscientismo como el primer paso hacia el romanticismo. En la *Guerra del Parnaso*, de Escipión Herrico (Venecia, 1643), se narra cómo Apolo quiso imponer Aristóteles á los poetas, y cómo se rebelaron la mayor parte de éstos, capitaneados por Marino, Lope de Vega y Ercilla, protestando de que no es un filósofo el que debe dar reglas á la poesía.

En el seiscientismo hay, pues, una indisciplina, una eferescencia, una rebelión, que no es posible conciliar con el espíritu del jesuitismo. Lo que hoy llamamos megalomanía fué entonces manía comunísima, y lo que hoy se llama superhombre fué cosa muy conocida en 1600. El lenguaje se hincha, porque se infla el hombre desde su traje hasta su alma. Los títulos de las obras dan la medida de aquella hinchazón: *Los líricos furros*, de Santiago Zinani; *Las primicias canoras, ó más bien los primeros furros poéticos*, de Lucas Tesini; *El Océano de los avisos astrológicos*, almanaque, de Rustico Rustici. Todo se quiere grande, extraordinario, inaudito, estrepitoso, maravilloso; no hay príncipe que no sea un Jove, ni ca-

pitán que no sea un Marte; Marino dedicaba sus *Dicerie sacre* «á la inmortalidad de Paulo V, pontífice, el mejor de los óptimos, el mayor de los máximos, simulacro de Dios, sol de gloria, á cuyo cetro obedece el mundo, tiembla el infierno», etc. Cuando se establece como principio que la poesía debe hacer quedar á la gente con la boca abierta, atontada y estupefacta, pronto se ven las consecuencias: tal poesía rechazará todo freno, y todos los medios le parecerán buenos para obtener aquel resultado: sentimientos excesivos, conceptos artificiosos, personajes y casos fuera de lo corriente y posible, imágenes alucinadoras, hipérboles y metáforas disparatadas, sutilezas y monstruosidades.

De las causas del seiscientismo se ha tratado mucho, sin llegar á un acuerdo. Filarete Chasles las encuentra en la influencia de algunos poetas ávidos de gloria y de dinero, como Lyly, Góngora y Marino, mientras que Settembrini y Sismondo las buscan en la reacción católica y el jesuitismo; en Italia fué cosa corriente que el mal gusto fué importado por los españoles; pero aunque el influjo español fué preponderante en los siglos xvi y xvii en Francia y en Italia, la literatura española á su vez había sido influída por la italiana, y, por lo tanto, las corrientes de mal gusto eran recíprocas. Menéndez y Pelayo halla los orígenes de este mal gusto en la poesía oficial y cortesana, naturalmente artificiosa, hinchada y amanerada; así se desarrolló en España como en Francia y en Inglaterra. Enrique Panzacchi cree que el seiscientismo es el último efecto del humanismo degenerado; Luis Carrer y Ticknor relacionan el seiscientismo con los grandes hechos del Renacimiento, y todos evidentemente tienen alguna razón en sus afirmaciones. El seiscientismo era un fenómeno latente que apareció y se desarrolló en cuanto halló terreno propicio para su aparición y crecimiento, lo mismo en España que en Italia, Francia é Inglaterra, y tanto en la literatura como en las demás bellas artes.

BELLAS ARTES

TEORÍA ESTÉTICA Y TÉCNICA DEL RETRATO.—Fray Mariano Gil, en la revista *España y América*, estudia diferentes clases de retratos: el fotográfico, el de raza, el que pudiera llamarse anatómico, el verdaderamente artístico, objetivista ó subjetivista, y el caricaturesco.

En el retrato de raza se fijan los rasgos típicos de una colectividad con preferencia á los característicos del individuo, como se ven en las escuelas holandesa y flamenca, exceptuando los pintados por Rembrandt y Van-Dick. El anatómico suele referirse á un tipo degenerado, sin interés para el artista, como los retratos de los personajes degenerados de la casa de Austria pintados por Sánchez Coello, Velázquez y Carreño, y los de los Borbones de Goya. Los artísticos objetivistas son los que reflejan á través de sus rasgos fisonómicos el alma de la persona retratada, como los pintados por Antonio Moro; los subjetivistas son los mismos objetivistas con la impresión del alma del artista mismo. El retrato caricaturesco, por último, es el que se distingue por la exageración expresa de un rasgo determinado, más ó menos típico, que constituye la parte cómica ó ridícula del individuo retratado.

La obra artística puede ser examinada por un técnico ó por un profano: el primero estudia en el retrato la parte técnica, y por ella reconoce el temperamento del artista; el segundo, como no comprende esa parte técnica, sólo ve en el retrato la fisonomía é indumentaria del retratado; es decir, que el técnico aprecia en el retrato el artista y el personaje retratado, mientras que el profano sólo puede apreciar al personaje.

Ahora bien: si un profano recorre una galería de retratos de una misma época ó escuela, descubrirá en toda la serie ciertas analogías de rasgos fisonómicos, temperamento, vestimenta, etc., y aun estando mezclados con otros de diferentes escuelas ó épocas, podría asignar á cada cual la época ó la es-

cuela á que pertenecen. Esto indica que tales series de retratos entran en la categoría de tipos y no de individuos, teniendo todos una cantidad mínima de rasgos peculiares y una máxima de rasgos comunes. Así, por ejemplo, si se examinan las obras de Rubens y de su discípulo Jordaens, se verá que en todas se repite el mismo tipo de mujer con ligeras variantes, lo que prueba que aquellas mujeres, más que retratos de individuos, representan el tipo de la época: la mujer flamenca del siglo xvii.

Si comparamos en cambio los cuadros de Rubens ó Jordaens con los de Moro, observaremos que de la serie innumerable de mujeres que figuran en los primeros, sólo quedan en nuestra imaginación los rasgos de una sola mujer, mientras que en los del segundo cada personaje nos deja el recuerdo de un individuo inconfundible con otro, con propia personalidad; éstos son retratos individuales, y aquéllos no.

Dentro de las condiciones exigidas por la estética, pueden citarse como retratos objetivistas los pintados por Durero, Moro, Velázquez, Reynolds, etc.; y como subjetivistas, los debidos á Vinci, Van-Dick, Rembrandt, Greco, Gainsborough, etcétera.

En el retrato artístico, el pintor suprime el accidente en provecho del tipo individual, eliminando todo lo inexpresivo y dejando lo más característico y personal, de modo que el retrato venga á ser como una síntesis biográfica de la persona retratada; el mejor retrato no es el ejecutado con mayor exactitud y escrupulosidad de detalles, sino el que mejor revele al exterior la vida interna del individuo. Baltasar Denner, en el siglo xviii, conquistó fama universal por la incomparable minuciosidad con que reproducía los más insignificantes detalles, siendo solicitado por reyes y príncipes que se quedaban absortos ante aquella exactitud de reproducción; hoy, sin embargo, los cuadros de Denner duermen en el olvido.

En los retratos subjetivistas se revela el temperamento del artista sumado al del personaje retratado. Basta examinar va-

rias obras de Vinci, Greco ó Van-Dick, para ver en todas ellas algo que no es propio del sujeto retratado, sino del retratista, y que permite constituir con todos ellos una sola familia, cuyos individuos, diferentes entre sí, están ligados todos por la procedencia común.

El retrato fotográfico es una simple estereotipación de los rasgos fisonómicos, es decir, de lo más superficial que tiene la persona. Si viéramos el hombre de mayor talento del mundo, es probable que por esta sola vista no adivinaríamos su valor, y lo mismo nos sucedería viendo su retrato; pero si vemos en cambio esa misma figura retratada por un gran pintor, en seguida descubrimos bajo aquellos rasgos al hombre eminente cuyo talento asombra al mundo: la persona así retratada adquiere, por obra del artista, una intensidad de vida que no puede darle la máquina fotográfica.

Pudiera suceder que el retratado fuese un degenerado, y entonces el artista se limita á la reproducción anatómica de la fisonomía, como los retratos de los Austrias de Velázquez ó los de los Borbones de Goya; son cabezas de estudio, y nada más, en las que importa fijar con fidelidad todos los rasgos.

La caricatura es también un arte, pero forma un ángulo con el retrato; ambos se unen por el vértice, que son los rasgos fisonómicos; pero se apartan después para no encontrarse nunca: el retrato busca el temperamento moral, y la caricatura el lado cómico de la persona retratada.

*
* *

EL CABALLO EN EL ARTE DE ATENAS Y DE ROMA.—Preguntado un día Napoleón—dice Ricardo Ulivi en *L'Italia Moderna*—por el gran pintor David sobre la forma en que quería ser retratado, Napoleón respondió sin vacilar: «Ponedme tranquilo y seguro sobre un caballo fogoso y bizarro». Y David, en efecto, creó una de las más hermosas obras de arte, dando vida fielmente al concepto artístico formulado por Napoleón.

Los artistas han dado antigua y constante preferencia al caballo sobre todos los demás animales en sus representaciones plásticas; y es que el caballo posee líneas, contornos y actitudes, y está vaciado, en suma, con tal excelencia en los moldes de la Naturaleza, que figura por su belleza plástica inmediatamente después del hombre entre los seres de la creación, no dejando tampoco de contribuir al favor de que goza entre los artistas el haber sido siempre aliado fiel del hombre en toda alta y hazañosa empresa. El artista debía, naturalmente, unir todos los mayores coeficientes que habían concurrido al cumplimiento de tales obras heroicas, para dar la impresión más completa de una gran epopeya, representando á sus protagonistas en el momento más saliente y en la más épica actitud.

El héroe militar debía, pues, aparecer inmortalizado en su caballo de batalla; pero aunque el asunto sea constantemente el mismo, varía profundamente en los tiempos y en las escuelas diversas la manera de representar el caballo, sea por la idea informadora, sea por la técnica ó por el modelo mismo: así, los artistas griegos representaron siempre el caballo muy pequeño y elegante, cuidándose sobre todo de la forma; el Renacimiento produjo en general caballos corpulentos y robustos para dar relieve á la idea marcial; y la época contemporánea nos ofrece caballos fielmente copiados del natural, con sus cualidades y defectos, aunque con tendencia á las formas esbeltas y ligeras.

El caballo figura en los monumentos de las civilizaciones persa, fenicia y asiria; entre los asirios especialmente, que es de los que se conserva mayor número de documentos, el caballo aparece en actitud natural, tirando de carros de guerra ó triunfales, y siempre de perfil, en bajorrelieves; nunca se presenta elegante, aunque sí muy adornado á la oriental y reproduciendo modelos de la Naturaleza. Entre los egipcios, el caballo figura en escasos monumentos, hecho que se explica porque su introducción en el Imperio del Nilo fué tardía, en la

época del segundo Imperio; desde entonces se ve representado con relativa frecuencia, pero muy torpemente. En el arte etrusco, en cambio, figura mucho de perfil, en tintas monocromas, en los célebres vasos, pero en general bastante amanerado.

El caballo pasó á Grecia del Asia, y en sus líneas se encuentran las del árabe actual, que es el tipo más fino y puro del noble animal. Los griegos lo usaron en la guerra enganchado á carros de combate y de triunfo; en Homero no se halla mención de guerreros á caballo, y sólo los dioses aparecen combatiendo á caballo; quizá parecería cosa imposible montar á caballo, y se reservaba á los dioses tal privilegio, hasta que andando el tiempo se logró vencer la dificultad, y se crearon aquellos cuerpos de caballería en que tanto sobresalieron los atenienses. El caballo de tiro y el de montar fueron entonces tipos distintos, como puede verse en los bajorrelieves: éste, de cuerpo corto y cabeza erguida; y aquél, de formas más prolongadas, destinado especialmente á las famosas carreras de los juegos helénicos.

En la elección de caballos de carrera, el griego exigía que alcanzaran la mayor velocidad para vencer en los juegos; y aunque para ello se cuidara esmeradamente de una de las cualidades del caballo, nunca fué con detrimento excesivo de las demás, lo que explica la admirable armonía de las formas que el caballo griego ostenta en las obras de arte. En el caballo de guerra es todavía esta belleza más sensible, porque, además del culto vivísimo del pueblo helénico á lo bello, el caballo de guerra no tenía que soportar grandes pesos como en la Edad Media, pues el jinete montaba á pelo y llevaba pocas armas y muy ligeras; si se ponen frente á la representación de un caballo griego un artista y un caballista, ambos coinciden en su admiración, aunque partiendo de diversas consideraciones, lo que prueba la fidelidad de la reproducción y la belleza del tipo representado; esto no sucede si se trata de caballos medievales y aun de muchos modernos; pues si el artista los aplau-

de, el inteligente los censura, ó viceversa: unos carecen de verdad y otros de belleza.

El arte en Roma no tenía las raíces que en Grecia: en Grecia el arte fué siempre popular é ingénito; y en Roma, aristocrático y de imitación. Cuando Roma conquistó á Grecia, el arte griego estaba en decadencia, y esta decadencia general tenía que reflejarse en las representaciones artísticas del caballo. El caballo romano no tenía la elegancia ni la ligereza del griego; en cambio, poseía las cualidades de robustez y de resistencia propias de los climas menos templados y más adecuadas para las grandes guerras de conquista que los romanos llevaron á cabo. El tipo del arte lo encontramos en el monumento ecuestre de Marco Aurelio, en la plaza de Campidoglio; allí se ve la pesadez resultante del exceso de masa muscular, corregida por cierta elegancia inspirada sin duda por los modelos griegos.

Como monumentos artísticos que nos han quedado de la representación del caballo en Grecia y Roma, pueden citarse el famosísimo friso y metopas del Partenón, el caballo de Marco Aurelio, el de la estatua ecuestre de Nerón, el de las excavaciones de Herculano, el del Museo Capitolino, el de la Amazona moribunda, de Nápoles; los cuatro de la fachada de San Marcos, de Venecia, procedentes de Corinto; los de Cástor y Pólux de las gradas de Campidoglio, y otros varios ejemplares y fragmentos que figuran en diversos Museos.

CRÍTICA LITERARIA

PABLO BOURGET.—A propósito del último libro de Bourget, *Las dos hermanas*, Pellissier escribe en *La Revue*, de París, un artículo crítico que merece ser recogido.

El argumento, despojado de sus adornos psicológicos, se reduce á que Magdalena Liebaut, deseosa de que su hermana Agata, viuda, vuelva á casarse, cultiva la amistad del co-

mandante Brissonnet, logrando que se enamore de ella misma, con la esperanza, dado el parecido de las dos hermanas, de que al saber que ella, Magdalena, está casada, se dirija á la viuda; la primera parte del plan sale perfectamente, pues no solo Brissonnet se prenda de Magdalena, sino que Magdalena se siente también enamorada de Brissonnet; pero el fin perseguido por Magdalena no se logra tan fácilmente, porque, á pesar del parecido, Brissonnet no quiere á la viuda; Magdalena, acallando su pasión, pone al comandante en el trance de casarse con Agata, y ante su negativa pertinaz le despide para siempre sin dejarle entrever su propio cariño. Como se ve, el asunto es íntimo y apenas sale de los límites de un cuento. Pellissier prescinde de la crítica de los caracteres, del escenario y del desarrollo de la acción, para fijarse tan sólo en el estilo y en la forma de la nueva obra, género de crítica que hoy suele abandonarse y que jamás debiera descuidarse para obligar á los autores á escribir con mayor corrección y gusto.

Bourget incurre en varias consonancias desagradables y repeticiones de palabras verdaderamente censurables: «Magdalena olvidaba que apenas *estaba* cubierta y que los finos zapatos de que *estaba* calzada no *estaban* hechos para hollar el suelo de las alamedas»; «antes hubiera salido del circo que asistir á *esta* parodia; *estos* juegos de *esta* leona y de *estos* cachorros, con el solo fin de divertir á *este* público estragado, con *esta* perspectiva para *estos* pobres animales de morir tísicos»; «á través *de* toda clase *de* complicaciones *de* parte *de* la mayor y *de* toda clase *de* delicados perdones *de* parte *de* la otra». Flaubert no se perdonaba, según Teófilo Gautier, el haber dejado escapar en *Madame Bovary* «una corona *de* flores *de* azahar». Eso era ya una monomanía; pero de ahí á los descuidos y machaqueos de Bourget hay una distancia enorme.

Son fruslerías, y como fruslerías se critican; pero denotan ó poco gusto ó lastimoso descuido. Pero hay cosas más graves:

las impropiedades de todo género que pululan en la prosa de Bourget: «El viento, *cargado* de la frescura de las neveras»; «llegado el tren que esperan, «no piensan sino en *descubrir* el número del compartimiento destinado á la viajera»; «el matiz bronceado de su tez donde *ardían* literalmente dos ojos muy oscuros»; «Magdalena adivinaba este matiz, y si su ternura le prohibía *abandonarse á esta lucidez*, no por eso sufría menos ciertas evidencias»; «el azar se presta á nuestros imprudentes proyectos con una complacencia en que *cuesta trabajo no discernir una fatalidad*»; «de cada uno de estos movimientos *emanaba una atmósfera* de pureza».

Véanse ahora algunas construcciones de Bourget: «ella sufría de ella y precisamente de los rasgos personales que contrastaban más con sus propias insuficiencias»; «se miraban con pupilas de nuevo tan parecidas, con la gracia gemela de su sonrisa»; «la máscara burguesa del doctor, cuyos párpados se habían arrugado guiñándose ante libros de patología y las sienes desguarnecido por meditar recetas»; «Favelles ejecutó varios movimientos, luego apoyó su bastón en tierra diciendo un «he ahí tras diez y siete baños» triunfal que plegó en una semisonrisa los finos labios de Magdalena»; «la señora de Meris había estado dominada respecto de su hermana por esta ilusión».

Tampoco faltan solecismos en *Las dos hermanas*: «Magdalena interrogaba á su hija sobre su empleo de fin de la tarde»; «una escena *vecina* de ser trágica»; «ella permaneció largo tiempo mirando aquel vasto paisaje, *pronunciándose de nuevo* uno de esos interminables diálogos».

Todavía Jorge Pellissier recoge y apunta multitud de otras expresiones, voces y giros incorrectos de Pablo Bourget que revelan el descuido con que el autor de *Las dos hermanas* deja correr su pluma, y concluye diciendo: «Los escritores más grandes no están exentos de censura: el abate Olivet despellejó á Racine, y la crítica de Morellet, por juiciosa que fuera, se ejercitó en vano contra Chateaubriand; hasta quizá, si es-

critores como Molière, Saint-Simon, Balzac y Michelet, en los que las faltas abundan, han sabido representar personas y cosas con tanto brillo y relieve, esa incomparable fuerza de expresión depende en gran parte de sus irregularidades ó incorrecciones; pero Bourget no ha sabido nunca hacer sensible á la vista ningún objeto, y en las quince ó veinte novelas que ha escrito no se encuentra una sola figura que tenga vida; novelista psicólogo, su psicología, que se ostenta en interminables comentarios, le dispensa de pintar la realidad, de poner en pie personajes vivientes. ¿Se le ha de dispensar además el que no escriba siquiera como un retórico decente?»

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

CÓMO SE ENSEÑA EN FRANCIA LA MEDICINA.—Hasta ahora—dice el Dr. Regnault en *La Revue*, de París—los estudiantes sólo pensaban en burlarse de sus maestros; ahora quieren que les sean útiles. La causa aparente de este cambio parece ser los últimos tumultos en la Facultad de Medicina ocasionados por el rigor del profesor de Física en los exámenes. La causa real es debida á la transformación de las ideas, cada vez más prácticas en las nuevas generaciones, y que llevó á los estudiantes de Medicina, en 1901, á fundar una cooperativa para la defensa de sus intereses: allí instituyeron conferencias de terapéutica, de droguería, de arte dentario, de todo lo que estaba descuidado por la Facultad. Su lema era éste: «Ya no somos colegiales á quienes se reprende ó se adula; seremos mañana prácticos á quienes se confiará la vida, y seremos responsables de no saber». Esta campaña ha dado resultado: el ministro ha abierto una información, y los profesores de París han nombrado una comisión para estudiar la reforma de la enseñanza. ¿Qué defectos tiene, pues, la enseñanza oficial, y cuáles son sus causas y sus remedios?

Muchos escritores, al comparar las Universidades francesas con las alemanas, han señalado la inferioridad de las france-

sas; las diferencias entre ambas, pequeñas al principio, han ido acentuándose. Antes de la Revolución, unas y otras Universidades eran autónomas, y casi independientes del Estado; los estudiantes pagaban directamente á sus profesores. Estas tradiciones se han conservado en Alemania: el alumno paga al profesor cuyas lecciones quiere recibir, y así se comprende que haya catedráticos que lleguen á aumentar su sueldo fijo hasta percibir 40, 50 y 60 mil francos anuales. El profesorado es una carrera, y el maestro, para atraerse alumnos, trata de interesarlos en su enseñanza, de serles útil; así están atentos y son asiduos para sacar partido del dinero que se gastan. De este modo tienen cursos elementales, que forman cada año una enseñanza completa. Todo procedimiento que pueda facilitar el aprendizaje del estudiante se generaliza en seguida. Constantemente se recurre á la fotografía y á las proyecciones del epidiáscopo; toda cátedra tiene anejo un museo, que no sirve, como entre nosotros, para conservar curiosidades, sino que está realmente dedicado á la enseñanza.

En Francia la Revolución destruyó las Universidades, y el Imperio, al reorganizarlas, las convirtió en instituciones del Estado; el alumno paga sus inscripciones al Gobierno, y el profesor tiene un sueldo fijo que le asegura un modesto pasar. De tal modo entró este sistema en las costumbres, que hoy un profesor se avergonzaría de recibir dinero de sus alumnos; su cátedra es una propiedad, conquistada mediante largos y penosos trabajos; estima que no debe al Gobierno, que tan mal le paga, sino un *mínimum* de esfuerzo, y se pone en regla con su conciencia empleándolo.

El profesor elige todos los años un asunto de los más limitados de su asignatura, y se entretiene en desarrollarlo en el curso; poco importa que constituya una parte *mínima* de la materia que debe enseñar; su único cuidado es ostentar su erudición y hacer admirar su elocuencia; así sus lecciones, puramente teóricas, son poco seguidas, y á nadie puede extrañarle que lo sean.

¿Cómo se ha producido esta anomalía? Porque Napoleón, al hacer del profesor un funcionario del Estado, ha destruído en él todo deseo de progreso. Otra causa es el modo de reclutamiento del Profesorado: en Alemania el aspirante es, ante todo, *privat docent*, que tras largos años de práctica se acredita y puede llegar á catedrático; en Francia tiene que someterse al concurso de agregación, medio teóricamente superior al otro, pero desnaturalizado en la práctica, porque la erudición y la elocuencia triunfan sobre la originalidad. En Francia la tarea única del aspirante es preparar su concurso siguiendo una conferencia, y esforzándose en llegar á recitar ó escribir una lección en determinado tiempo.

Lo más importante es llegar al Profesorado; si llega, suele ser tarde; la clientela está hecha, y más que una nueva misión, se busca la cátedra como un honor que corona la carrera. De ahí que se soliciten cátedras para las que no se tienen aptitudes; un clínico se hace catedrático de Historia de la Medicina, y un cirujano profesor de Anatomía; se pasa caprichosamente de una cátedra á otra, y estas permutas escandalizan. ¿Qué puede esperarse de tales profesores? Agréguese á esto la diversa organización material de las Facultades en Francia y Alemania, y se comprenderá mejor la inferioridad de la enseñanza francesa.

¿Cómo, entonces, ha producido Francia tan brillantes profesores? Porque la iniciativa privada ha suplido á la oficial. La superioridad de la clínica en Francia es indisputable, pues el método alemán ha dado en esto malos resultados, todo lo cual prueba que, siendo necesario reformar la enseñanza, conviene evitar al hacerlo un doble escollo: admirar todo lo alemán y copiarlo servilmente, ó bien rechazarlo todo por puro prejuicio. Acéptense las innovaciones útiles y perfecciónese lo existente.

ESTÉTICA

LA ESTÉTICA NUEVA Y LA POÉTICA.—En uno de sus brillantes artículos había Camilo Mauclair denunciado «la ignorancia del literato contemporáneo», preguntándose si acertaría á encontrar una nueva fórmula de arte ó se dejaría arrastrar por la tradición académica, afirmando por su parte que «hay que desprender de la realidad una belleza nueva, enteramente distinta de la que ayer nos satisfacía», y confiando en la juventud para llegar á la creación de la nueva estética. León Vannoz responde al llamamiento de Mauclair, y explica en *La Revue* cómo entiende que debe resolverse el problema de la estética.

Se ha dicho que lo que caracterizaba las tendencias estéticas de la nueva generación era el abandono del verso libre y la vuelta á la métrica tradicional en cuanto á la forma, y el repudio de todo ese sentimentalismo enfermizo y ese cinismo de aparato que triunfaban hace años, volviendo con entusiasmo por la sencillez vigorosa de la naturaleza. Ciertamente es que existió ese movimiento de reacción; pero duró poco, porque nada se podía construir sobre tan pobres afirmaciones; y aunque Fernando Greggh mantuvo contra el cosmopolitismo simbolista la protesta humanitaria, aquello fué circunstancial y pasajero como inspirado por la cuestión Dreyfus. Más vigorosos se mostraron los *naturistas*; pero casi todos se han hecho prosistas, y únicamente Bouhelier se ha manifestado con temperamento poético. Pero ¿qué hay que entender en esa «vuelta á la naturaleza» predicada por los naturistas? ¿Es la naturaleza como la entendían Lucrecio ó Espinosa ó como la comprende el burgués de Batignolles? Si se pretende oponer la naturaleza al arte, ¿para qué escribir versos, y sobre todo versos regulares?

Es una necesidad de la naturaleza humana vaciar la realidad fluida en un molde que la dé su forma; la realidad es de

aprehensión imposible; sólo conocemos su apariencia, la representación simbólica que de ella tenemos; esta representación simbólica de lo real es el fondo sólido y resistente sobre el que se ha edificado el simbolismo. El artista—músico, pintor ó poeta—experimenta una emoción estética que no puede traducir en estado puro; entonces, para comunicarla á los demás, necesita servirse de un símbolo, que es así «una generalización del pensamiento por la imagen». Cuanto más expresivamente bella y rica en significaciones sea la imagen, más valor tendrá la obra de arte; y aquí tenemos ya un criterio racional de la belleza. Pero esta es una verdad general que plantea más problemas que los que resuelve. ¿Qué es la creación poética? ¿Qué asegurará el valor verdadero de la obra de arte? ¿Cuáles son las relaciones de la obra de arte y del medio?

Puede explicarse la creación poética psicológicamente, como lo hacen la mayor parte de los estéticos, como lo hace Gabriel Seailles en su *Ensayo sobre el genio en el arte*; pero también puede acudirse á los datos de todos nuestros conocimientos, creando así innumerables relaciones. La obra poética y artística, nos dice la Psicología, nace de una emoción estética, y en torno de este embrión las ideas se asocian por contigüidad y semejanza, trabajo á la vez clarividente é inconsciente. «En el poeta—dice Lacuzon—es preciso que el estado de alma pase del modo afectivo al estado activo, se dinamice en cierto modo, y sólo entonces toma el nombre de inspiración; para que haya creación poética será, pues, preciso que el estado de alma, convertido así en moción de alma, esté inscrito en un símbolo; y esta inscripción es una integración de función, porque las palabras y las frases representativas de pensamiento, sentimiento y emoción son valores, y estos valores son funciones, atendido á que las variaciones de la una implican las de la otra; «que el ritmo intervenga, y la obra nace».

Si esto es así, claro es que cada época debiera renovar la materia del arte: el plagio, la imitación, lo ya conocido y con-

siderado por todos como pobreza literaria y artística; el imitador es una especie de mendigo que viene á recoger las migajas de la mesa de los creadores. ¿Qué es lo que puede, según esta fórmula, ser objeto de la creación poética? Todo, salvo lo que ya conocemos demasiado; el cansancio del público respecto de las repeticiones perpetuas de las mismas cosas nos garantiza que tenemos razón. Hoy todo indica que estamos en una época en que necesitamos un lenguaje nuevo. Cuando todo ha cambiado en el mundo, ¿hemos de seguir sirviéndonos de los modos de expresión del pasado? ¿Es posible separar el fondo de la forma?

Para el poeta, realizar la obra concebida es escribirla; y para esto sólo dispone de un léxico, igual en poesía que en prosa. ¿Por qué magia hará vibrar las palabras para producir la sensación estética? Por el enlace imprevisto de vocablos evocadores, sin duda; pero también el prosista dispone de los mismos medios: por el auxilio de la métrica tradicional; pero hay poetas deplorables que componen versos muy regulares por el misterio del ritmo, sobre todo; y aquí tocamos el corazón de toda poesía. Por el ritmo entra el poeta en relación con lo más universal é inteligible que hay en el mundo, con el movimiento, verdad presentida ya por los pitagóricos. El ritmo es el gesto del alma, como ha dicho Lacuzon.

Tal es la nueva vía que hay que seguir para entresacar de la realidad la belleza nueva. El movimiento simbolista tal como ha existido en los últimos quince años no puede contentarnos ya; pero las fórmulas que se han propuesto en oposición ó en reacción al simbolismo, tampoco satisfacen á la juventud. Los problemas que algunos han entrevisto son más complejos de lo que se ha supuesto; las soluciones, sobre todo, pueden ser infinitamente más amplias y más afortunadas de lo que se ha imaginado. La juventud, con clara conciencia de su papel, se prepara á realizarlo en todos los dominios, lo mismo del pensamiento que de la acción.

COSTUMBRES

EL AÑO NUEVO EN CHINA.—En la serie de curiosos artículos sobre costumbres chinas que publica en *España y América* el P. Hospital, encontramos el relato de la manera como los chinos celebran las fiestas de Año Nuevo, que duran toda una quincena, en la que nadie piensa más que en divertirse, al contrario del resto del año, dedicado por todos al trabajo.

Las diversiones son las mismas en todas partes y todos los años. La más popular es el *Uan se Tsec* ó juego del león. He aquí cómo describe el P. Hospital esta y otras diversiones:

«El juego del león es una parodia extravagante, en la que se hace representar un papel verdaderamente lastimoso al rey de los animales. En una piel, compuesta de varias de ovejas, acomodan un pedazo de cartón ó tela engomada, que dicen que es la cabeza del león; en el extremo opuesto pegan la cola, y ya tienes el disfraz. En esa piel se envuelven dos hombres: el de adelante, que hace de cabeza, se arrebujá en la piel, que sujeta al pecho con ambas manos; el que está detrás, ó sea el que hace de rabo, se calza unas perneras cosidas en la misma piel de oveja; doblan la mitad del cuerpo y cátales convertidos en un león con cuatro patas traseras. Así disfrazados, empiezan á moverse muy despacio al son de un batintín, levantando y bajando la cabeza, y volviéndola á los lados con muchas muecas y visajes. De vez en cuando dan una carrerita y algunas volteretas, y por último, cuando ya están entusiasmados, el del batintín acelera el compás, y entonces el león se desata en una de saltos, piruetas y corcovos, que ni un mono.

»Hasta aquí la primera escena. Como los actores han representado tan *al vivo* su papel, deben de figurarse que el público los ha tomado por un león de verdad, y que la gente estará asustada; así que para desengañarla y tranquilizarla se

despojan de su piel de oveja, se limpian el sudor y se sientan á descansar un rato.

»Mientras tanto, de la casa inmediata sacan una mesa; la colocan en medio de la calle; vuelve á sonar el batintín, y sale á las *tablas* un nuevo personaje. Es una máscara con careta verde y un chaleco de piel de cabra. Saluda al público y de un salto se planta encima de la mesa, y allí, en cuclillas, se pone á hacer muecas á los dos del disfraz de león. Estos se echan á la espalda su piel de oveja y la emprenden con la máscara, y allí los verás, á la máscara y al león, escurrirse por debajo de la mesa, saltar por encima, correr por los lados, y acometerse y esquivarse. La máscara, como más ágil, aprovecha un descuido del león y le coge del rabo ó levanta la piel; el león se enfurece y tira un mordisco rabioso á la máscara, y el público que lo presencia se desternilla de risa. ¡El chiste no es para menos! Después luchan á brazo partido la máscara y el león; aquélla le rinde y sujeta, se monta en él, y azuzándole á gritos y espoleándole con los talones, le lanza á la carrera por entre los grupos, que abren paso y aplauden estrepitosamente.

»No concluyen con esto las fatigas del león, que después de haber regocijado al público tiene que ir, de casa en casa, espantando á los diablos. Esta operación es tan eficaz como sencilla. Llega á una casa; desde la puerta da un vistazo á todos los rincones; sacude varias veces la cabeza, y entra. El amo de la casa enciende dos velas ó pebetes en el altar del ídolo, y saluda á éste con una inclinación profunda. El león, entonces, se pone á hacer tales pantomimas y contorsiones, que los diablos, por no verlas, se tiran por las ventanas ó escapan atropelladamente por la chimenea. El dueño de la casa, en pago de habérsela limpiado de diablos, le entrega al león unas cuantas chapecas, y le despide disparando cohetes.

»Otra de las diversiones de Año Nuevo es la visita á las pagodas.

»El acto religioso—llamémosle así—se reduce á encender

unas cuantas velas ó pebetes en la mesita que está delante del altar del ídolo, hacerle una postración y pedirle... chapecas. Los chinos no saben más oraciones ni entienden de otras ceremonias religiosas. Hecho esto, forman corrillos dentro de la pagoda, sacan la pipa y se ponen á fumar ante las mismas barbas del ídolo, y charlan, ríen y bromean, sin que á nadie le ocurra pensar que el ídolo tome estas cosas á irreverencia ó falta de respeto. ¡Valiente respeto el que los chinos profesan á sus deidades! Los bonzos suelen escribir en la puerta de sus pagodas: *Entra y adora al ídolo cual si estuviere delante*; pero esta máxima se convierte en boca del vulgo en una aleluya, porque añade: *Si no lo haces así, el ídolo se queda tan campante.*

»La diversión clásica de Año Nuevo, la más aparatosa y la que más entusiasmo y regocija á la gente, es el *paseo del dragón* por las calles, que se hace con mucha algazara y acompañamiento de luces.

»El dragón ocupa un lugar muy preeminente en la mitología china. Es el Genio de las aguas, vive en el fondo de los mares y se esconde en las entrañas de los montes; vuela por los aires y se arrastra por la tierra; por lo que se ve que es un bicho anfibio y que hace á los cuatro elementos, pues también hay dragones en el fuego. De la vena del dragón—*Lungme*,—que es el sitio donde se supone que el dragón reside, depende la felicidad de las familias y de los pueblos. La imagen del dragón se encuentra en todas partes, desde la bandera nacional hasta los sellos del correo. En una palabra: el dragón—infernal, se sobrentiende—es el señor y soberano absoluto de esta tierra.

»Explicado lo que es el dragón, vamos al modo como los chinos lo representan y la manera de divertirse. Ya te he dicho que los chinos son poco escrupulosos en eso de la verosimilitud. La figura ó espantajo que ellos llaman dragón apenas si guarda cierta semejanza con el original: más se parece á una enorme lombriz.

»Es un pedazo de tela de varios colores, de un metro ó poco más de ancho, por catorce ó diez y seis de largo. Esta tela se arrolla, de trecho en trecho, á un aro de cañas, del que pende un palo que sirve de mango para los que pasean el dragón. El pescuezo, que es muy largo y erguido, está hecho de un tejido de cañas ó mimbres, lo mismo que la cabeza y la cola, cubierto con papel. Nada de garras y aletas y demás aditamentos propios de dragones; pero, en cambio, le ponen unas orejas tremendas y luenga barba que cuelga de la mandíbula inferior.

»El paseo del dragón se vérifica con toda pompa y solemnidad el quince de la Luna. Este día, al anochecer, acude á la ciudad la gente de los barrios, cada familia de distinto apellido con su dragón, y cifran todo su orgullo en que su dragón sea el de mayor tamaño y el más acompañado de luces y ruido de batintines. Al llegar á la ciudad la comitiva del dragón se forman en hilera, encienden los faroles ó teas que traen preparados para la fiesta, suenan los batintines y empieza la procesión por las calles. Va delante el dragón, llevado por veinte ó más hombres, que al andar lo balancean y mueven de un lado para otro, imitando las ondulaciones de la serpiente. A veces lo agitan con furia y lo retuercen y enroscan, lanzando gritos horribles. Da miedo ver la expresión de aquellas caras, porque parecían como poseídos de un entusiasmo y frenesí diabólicos. Al pasar por frente de las casas, los dueños de ellas disparan bombas y cohetes, saludando al dragón. Es un ruido infernal. Detrás del dragón viene la charanga, que se compone de platillos, batintines y trompetas; añade á esto el estallido de los cohetes y bombas, la gritería de la gente, y podrás formarte alguna idea de aquella algarabía y espantosa baraúnda. Después de recorrer las calles, llevan el dragón de casa en casa, para desinfectarlas y aventar y destruir los gérmenes de la peste y de toda clase de enfermedades. El paseo del dragón suele terminar casi siempre de una manera más ó menos trágica. Algunas familias que se tienen enemiga

aprovechan esta ocasión para armar camorra con cualquier pretexto. El más ordinario es hacerse los contradizos cuando pasean su respectivo dragonzuelo; y sobre si has de ser tú ó he de ser yo quien ceda el paso, se traban primero de palabras, después se insultan y maldicen, y últimamente se vienen á las manos. La cosa no suele pasar á mayores, y rara vez llega la sangre al río; porque cuando se apalean, los estacazos más furibundos los descargan sobre la cabeza y costillas del dragón enemigo, al que hacen trizas. Ayer presencié yo aquí un simulacro de batalla entre la familia *Ly* y la familia *Tcheng*.

»Al retirarse los de este último apellido con su dragón deshecho y las bajas que tuvieron en la pelea—dos contusos,—ocurió un incidente que hizo reir mucho al público, pero que pudo costar muy caro á cierto viejecito. Fué el caso que se le enredaron los pies en la tela y cuerdas del dragón, y le llevaron á rastras un buen trecho, y al pasar por el malecón del río, ¡cataplum! se fué al agua de cabeza. Algo más serio es lo que sucedió en Yang Chi, la misión vecina de los PP. Franciscanos, hace una semana. Mientras el paseo del dragón, gritó uno: ¡A la Iglesia! ¡Vamos á destruir la Iglesia! Y allá se fueron todos y la destruyeron. Afortunadamente, el Misionero había salido días antes de casa, pero á los tres cristianos que la guardaban los apalearon bárbaramente. En China ya es cosa sabida: en todas las revueltas, siempre han de ser los cristianos quienes han de pagar, por fas ó por nefas, los platos rotos.

»En algunas partes, el día quince de la Luna se celebra lo que llaman *fiesta de los faroles*. Por la noche adornan las fachadas de las casas con muchos farolitos de papel, semejando flores, frutas, peces, pájaros y animales. Es una iluminación que no deja de tener gracia por lo original y caprichosa. El juego á las cartas es otro de los pasatiempos de Año Nuevo, el más general y el que cuenta con mayor número de aficionados. A la puerta de las casas, dentro de ellas, en medio de la

calle, en cualquier parte, no se ven más que chinos y... chinas que se dedican con ardor á tirar de la oreja á Jorge. Durante estos quince días se permite toda clase de juegos, y la gente aprovecha bien la temporada.

»La visita á los parientes y amigos, obligatoria en este tiempo, sirve también de distracción y recreo á los chinos, y más á las chinas, sobre todo á las principales, que como salen poco de casa, disfrutan más cuando se les ofrece ocasión de lucir sus trapillos y ver y ser vistas.»

IMPRESIONES Y NOTAS

EL BELLO SEXO.—¿Cuál de los dos sexos es el bello? Hasta el presente parecía indiscutible que lo era el femenino, y así es en efecto, por consentimiento unánime, en la especie humana, siendo reconocido universalmente que cuando se habla del *bello sexo* nos referimos á la mujer. Pero, según ha demostrado en la solemne sesión del Instituto de Francia Edmundo Perrier, no puede afirmarse otro tanto de las demás especies, siendo corriente entre los naturalistas que el bello sexo es el masculino en general.

La belleza y el adorno para realzarla y hacerla más visible no son privilegio exclusivo de las hijas de Eva. En el género humano son efectivamente las mujeres las que tienen más afición al adorno; pero en las demás especies animales, el macho suele ser el más lujoso. En los insectos y en los pájaros es una verdadera orgía de colores la que ostentan los machos, y lo mismo sucede con la generalidad de las especies animales, bastando recordar especies tan conocidas como las del pavo real con su vistosísima cola, ó el ciervo con su magnífica cornamenta, siendo de notar que en muchas especies, sobre todo en las inferiores, los machos tienen una existencia efímera, mientras que las hembras disfrutan de relativa longevidad. «El sexo femenino—dice el sabio director del Museo—es en

cierto modo el sexo de la previsión fisiológica, de la economía, de la riqueza; el sexo masculino, el del gasto lujoso, pero improductivo, de la vida al día, y frecuentemente de la miseria.»

*
* *

COSAS DE ANGLOSAJONES.—En Inglaterra, según la *Revue Universelle*, hay muchas mujeres que ejercen oficios varoniles; así se cuentan: 212 médicas, 140 dentistas, tres veterinarias, 212 pintoras de muestras, 382 viajantes de comercio, 58 cambistas, 219 sepultureras, ocho cocheras de ómnibus, 660 cocheras de simones, 54 deshollinadoras, cuatro caldereras, seis armeras, 316 herreras, 387 ujieres, 1.219 periodistas y literatas, y 5.487 pintoras.

En el mismo país, en Bovington, condado de Hertford, había una señora que padecía frecuentes dolores de cabeza que la impedían conciliar el sueño. Un americano la aconsejó que pasara la noche encima de un montón de heno de los que forman los labradores en el campo para secarlo y recogerlo. Aunque el consejo era bastante extraño, la señora, en su deseo de aliviarse, lo puso en práctica; y el resultado ha sido tan excelente, que desde entonces todas las noches, en invierno y en verano, ella y sus dos hijas de catorce y diez y seis años se encaraman á la cima del henil y allí pasan tranquilamente la noche.

Las costureras americanas han celebrado recientemente una reunión, acordando que sigan estando de moda los talles esbeltos, y recomendando como medios necesarios para obtener la esbeltez los dos siguientes: 1.º, dormir siempre de costado y nunca de espalda; 2.º, colocar la almohada debajo del cuello y de la espalda, pero no debajo de la cabeza.

*
* *

OPINIONES DE LAS MUJERES SOBRE LOS HOMBRES.—Así se titula un trabajo publicado por Dora Melegari en la *Nuova*

Antología, del que recogemos las notas más interesantes. Si los hombres se equivocan al juzgar á la mujer, no se equivocan menos las mujeres al juzgar al hombre. Ellas lo consideran subjetivamente, por sus relaciones con el bello sexo. El hombre se ha formado, respecto á la mujer, un código de moral especial: faltar á su palabra á otro hombre equivale al deshonor; faltar á una mujer es un juego amable que el público masculino aplaude y contra el que ni siquiera las víctimas se revuelven. Gracias á ese modo subjetivo de juzgar, hay siempre en el espíritu de la mujer cierto fondo de desprecio al hombre, desprecio que está en razón directa de la degradación de la mujer; pues cuanto más caída está la mujer, mayor es su desprecio al hombre. Son rarísimas las mujeres que juzguen á los hombres sin prejuicios unilaterales. No hay más que un remedio eficaz para hacer desaparecer el mutuo error: la educación mixta. Cuando la mujer, dejando de ver en el hombre sólo al seductor, al amante, al novio ó al posible marido, empiece á conocer sus defectos y sus cualidades, será más serena en sus juicios sobre su compañero.

Cuando un espíritu imparcial escucha á las mujeres hablar en la intimidad de los hombres, se siente generalmente sorprendido por la ligereza y subjetividad de sus juicios, basados en los más deleznable argumentos. Es un hábito mental propio de las mujeres el referirlo todo á sí mismas; de ordinario no fundan sus amistades en los méritos ó en el carácter, sino en la amabilidad con que se las trata; el mayor pecador, si las muestra su admiración ó deferencia, consigue fácilmente hacerse perdonar, si es que sólo ha pecado contra otras mujeres. En general, no ven en el hombre un sér destinado á realizar su propio destino, sino una criatura que ha venido al mundo para adorarlas, protegerlas y servir las.

Si las mujeres no encuentran alientos en el hombre cuando se trata de desarrollar sus más nobles cualidades, tampoco el hombre suele encontrar en la mujer una inspiradora que le incite á elevarse. La mujer pertenece por instinto á la escuela

empírica, y no ve en todo sino los resultados aparentes y prácticos: el dinero, la posición, los honores. Eso es lo que más aprecia, y á quien se lo sabe proporcionar es al que más estima; rara vez va más allá, y la integridad del carácter la interesa poco en general. En cuanto al poco aprecio que el hombre hace de las opiniones de la mujer, es humillante, pero merecido; pues la mujer cree que el hablar infantilmente es un atractivo, y se equivoca.

El hombre continúa viendo en la mujer un sér frívolo que en esta fiera lucha por la existencia en que hoy vivimos no tiene tiempo de estudiar.

La mujer, por su parte, se irrita al no encontrar ya en el hombre el adorador esclavo de que le hablan las novelas de otro tiempo; quiere reconquistarlo y tenerlo á sus plantas, y este deseo es vano, porque los ociosos disminuyen cada vez más, y para dedicar largas horas al culto de la mujer hacen falta horas superfluas que la vida moderna no concede. Hoy las mujeres tienen que conquistar al hombre de otro modo.

*
* *

«LA RÁFAGA», DE BERNSTEIN.—Según Marcelo Mistil, de la *Grande Revue*, Enrique Bernstein, en su nueva obra representada en el Gimnasio, no ha sabido desentenderse de la fórmula en moda del teatro moderno, que exige que haya en toda pieza una mujer que engañe á su marido. Aquí la mujer infiel es Elena de Brechbel, y el amante el Sr. de Chaceroy, un gentilhombre de principios, amigo del juego, pero incapaz de una ruindad.

Chaceroy, perseguido por la mala vena, pierde cuanto tiene y juega el dinero de los comanditarios de su caballeriza de carreras, perdiéndolo también; si en el término de cuarenta y ocho horas no encuentra la suma necesaria para reembolsar á sus amigos, está perdido su honor, y tiene que declararse en quiebra. Elena lo sabe, y, adorando á Chaceroy, trata de evi-

tar á todo trance tan fatal resultado. Pero Chaceroy se niega á que su querida le proporcione el dinero, porque no está viciado como esos amantes sin escrúpulos tan corrientes en la novela y en el teatro contemporáneos, y Elena tiene que hacer verdaderos esfuerzos para vencer su resistencia.

Chaceroy acepta, violentándose, y entonces comienza Elena sus trabajos para encontrar quien la preste el dinero necesario. Acude ante todo á un primo suyo que en otro tiempo la había hecho infructuosamente la corte; éste no vacila en poner á su disposición la crecida suma que le pide, pero á condición de que ella se le entregue; Elena se subleva ante tan odiosa proposición, y se retira indignada. Busca entonces un usurero, y ofrece la garantía de sus alhajas; pero el usurero necesita ocho días para reunir la cantidad necesaria, y, como el plazo es tan angustioso, nada puede hacerse por aquel lado. Implora entonces á su padre; pero éste es un hombre positivo: sabe el destino que ha de tener el dinero que su hija le pide, y se lo rehusa. ¿Qué hacer? Elena se entrega á su primo, y entre avergonzada y gozosa lleva á su amante el precio de su deshonra; pero su sacrificio es estéril, porque Chaceroy, antes que envilecerse, prefiere morir, y se suicida.

* * *

INOCENCIO III Y LEÓN XIII.—Con motivo de la publicación de las magníficas obras de Luchaire sobre Inocencio III, cuenta Nemi en la *Nuova Antologia* una curiosa anécdota. Uno de los modernos admiradores entusiastas de Inocencio III fué el Papa León XIII, el cual tenía constantemente sobre su mesa de trabajo el volumen de Regesti, que le había dado lord Askburnham, y no ocultaba el vivísimo deseo que tenía de imitar su vida y obras y de ser parangonado con él entre los más ilustres pontífices. Un día exaltaba las cualidades y méritos de Inocencio III y de Gregorio Magno mientras conversaba con un cardenal, noble romano, bastante conocido por su pobreza de

ingenio y falta de cultura. En vano León XIII, en el curso de su disertación, esperaba un cumplimiento halagador, hasta que, con propósito de provocarlo, y no contentándose con el asentimiento mudo del cardenal, le preguntó:

—¿Qué decís de esto, Eminentísimo? ¿qué decís de estos trabajos sabios y fecundos para la Iglesia de Cristo?

Y el eminentísimo, apurado y sin saber por dónde salir, no acertó con otro cumplido que contestar: «¿Qué quiere Vuestra Santidad que yo le diga? ¡Que aquéllos eran Papas!»

*
* *

EL CORAZÓN Y LA LEY.—Es el título de un drama en tres actos de los hermanos Pablo y Víctor Margueritte, de que da cuenta á sus lectores de *La Revue* el crítico Camilo de Sainte Croix.

En el primer acto aparece la sala de espera del Palacio de Justicia. Un Sr. Hagre, sorprendido por su mujer Francina en flagrante delito de adulterio después de quince meses de matrimonio, se ve llevado ante los tribunales por el proceso de divorcio que intenta la ofendida. Francina es una hermosa mujer que ha llevado al matrimonio una buena dote y que ha tenido de su enlace una niña, Pepita; si gana el proceso, el marido tiene que devolverla la dote y la hija. Hagre medita sobre todas estas cosas.

—¿Conque mi mujer me detesta ahora? ¡Está bien!... ¡Por eso mismo quiero conservarla..., cuerpo y bienes, siempre! Que se quede ahí aborreciéndome si quiere, sufriendo, pero ligada á mí, á su casa, por la ley, por la fuerza. ¡El divorcio! ¿Lo reconoce acaso la Iglesia? ¡No! Pues entonces... ¡yo tengo religión, yo! Cuando uno se casa es para siempre. Sería muy cómodo poderse uno marchar... así, cuando hay intereses por medio. Soy el jefe de la comunidad. Tengo miras financieras, una colocación fructuosa... Tengo necesidad de la firma de mi mujer, de su dote. Y ¿había ella de tener el de-

recho de llevarse el dinero de la asociación, su..., nuestro..., MI dinero?

Los esposos comparecen ante el presidente del tribunal, y aunque la madre de Francina, por evitar el escándalo, excita á su hija á la resignación y al perdón, el intento de reconciliación fracasa, y Hagre sale de la casa agobiado por las invectivas de su mujer ultrajada.

El segundo acto pasa en el salón de la señora Favié, la madre de Francina. Pepita, mientras se resolvía el pleito, había sido entregada á su madre, y era llevada un día por semana á casa de su padre; en una de estas visitas se había caído por la escalera, y habiéndose hecho daño tuvo que quedarse allí; avisada la madre, acudió á su antigua casa para cuidar á su hija, y aunque el marido se encerró con ella, no cruzaron ni siquiera una palabra. Pero esta simple reaparición de Francina en el domicilio conyugal bastó para que el tribunal denegara el divorcio, por suponer que había habido reconciliación. Un antiguo amigo de Francina, Eparvié, que la había amado antes y que todavía la quería, había regresado por entonces de un viaje de exploración al Sudán, y al encontrarse con que Francina tenía entablado pleito de divorcio, sintió renacer con su nunca extinguido amor todas sus esperanzas. La sentencia irrevocable del tribunal mata en germen todos sus proyectos. Francina se ve condenada á vivir para siempre con Hagre, el hombre que aborrece. ¿Qué hacer? Francina ama á Eparvié: la justicia del corazón hará frente á la justicia de la ley.

En el tercer acto, Hagre, firme en sus propósitos y fuerte con la sentencia obtenida, se presenta en casa de la señora Favié para llevarse á su mujer y á su hija. Allí se encuentra con Eparvié, y Francina, entonces, dominando la situación en un arranque de pasión atrevidísimo, se lanza entre ellos y los presenta uno á otro: «El Sr. Hagre, mi marido; el Sr. Eparvié, mi amante». Hagre, ante semejante audacia, balbucea unas palabras y se retira amenazador. Eparvié y Francina hacen vestir á toda prisa á Pepita, y se marchan como proscritos,

como emancipados, hacia el único puerto de salvación que les dejan los embustes de la sociedad y los engaños del Código: hacia la unión libre.

Tal es la nueva obra de los hermanos Margueritte, hermosa como concepción dramática, muy discutible como tesis social.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Introducción á la historia de las instituciones locales de Cuba, por el doctor F. Carrera Justiz.—Habana, 1905. Dos volúmenes de xxxii-301 y vi-510 páginas, respectivamente, sin indicación de precio.

El Sr. Carrera Justiz se viene dando con preferencia, hace tiempo, á estudios de sociología municipal. Ya lleva dadas á luz varias obras de esa índole. Pero últimamente, con motivo de la independencia de Cuba, su país, se ha consagrado á hacer trabajos sobre la sociología municipal cubana, porque—dice él—«hay que poner manos á la obra de exteriorizar la conciencia nacional cubana; poner bien de relieve la psicología de nuestro pueblo; destacarlo como tipo propio, mediante la fijación de sus diferencias y analogías con otros; abordar, en suma, la sociología de Cuba en todos los interesantísimos aspectos que reviste ese orden científico de los conocimientos, donde ocupa un rango de primera importancia la historia de nuestras instituciones locales, llamada á desentrañar cómo ese sér moral que llamamos pueblo cubano ha vivido políticamente, por cuatro siglos justos, en los hogares de su propio país, ó sea en sus municipios».

«Pero importa dejar puntualizado —dice más adelante el mismo Sr. Carrera—que lo que nos proponemos hacer no es una historia política, sino una historia institucional. No estudiar hombres ni obra de individuos, sino algo más elevado y trascendental. Estudiar épocas y tendencias. Fijar los rumbos de la sociedad local cubana en su camino, como un gran todo, á través de los tiempos. Abarcar desde lo más alto del enten-

dimiento las grandes síntesis del movimiento sociológico de nuestro pueblo en cuanto se contrae al orden de la política local.» Y en otra parte: «El estudio científico de las instituciones locales cubanas no consiste sólo en su descripción histórica, refiriendo datos y fechas, sino en exponer esas instituciones en relación con sus análogas de otros países; engranarlas con sus precedentes genealógicos institucionales; desentrañar cuál sea la vieja cepa que, como principio político activo, viene tradicionalmente animando la actual vida colectiva de la sociedad local cubana, y, por último, dejar fijado el lugar que les corresponde en la gran familia universal de las instituciones políticas del mundo».

Así explica su propio autor la índole de la obra. Con esto y con saber además que se trata de una Introducción, según lo indica su mismo título, de una obra «inicial de un plan más vasto sobre instituciones locales», á la cual seguirá otra sobre autonomía municipal, tienen bastante los lectores para conocer cuál sea el carácter y tendencias del nuevo libro del señor Carrera Justiz, quien trata la materia con no poco dominio de ella y no corta preparación científica.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La cartera de Gravina</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	5
<i>Sobre el rango y el mérito</i> , por Miguel de Unamuno.....	28
<i>Los siete Infantes de Lara</i> , por Gastón París.....	45
<i>La evolución del socialismo en Italia</i> , por José Ingegneros.....	70
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	104
<i>El crimen de lord Arturo Savile</i> , por Oscar Wilde.....	118
<i>Crónica literaria</i> (<i>Cuestiones mixtas de Moral y Literatura.—A propósito de «Los malhechores del bien», comedia de D. Jacinto Benavente</i>), por E. Gómez de Baquero.....	158
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	167
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	198

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Floren-
cia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Moussset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 ptas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumpowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Krüger. — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti. — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
Manduca. — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
Meyer. — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
Miraglia. — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
Mommsen. — Derecho público romano, 12 pesetas.
Neumann. — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Posada. — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
Ricci. — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
Savigny. — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Sighale. — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Sohm. — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
Spencer. — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. —

De las leyes en general, 8 pesetas.
 — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl. — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine. — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacioual, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino. — Derecho mercantil, 12 pesetas.
Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
Todd. — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
Varios autores. — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
Idem. — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.) — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine. — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
 Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
 Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
 Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
 Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
 Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
 Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
 Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
 Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
 Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
 Heine.—Alemania, 6 pesetas.
 Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
 Nietzsche.—Así hablaba Zarathustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—
Estudio de la sociedad romana del
tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, 2
tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa,
8 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatu-
ra francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía,
2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Histo-
ria, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura
Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María An-
tonieta, 7 pesetas.—Historia de la
Pompadour, 6 pesetas.—Las favori-
tas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura
clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**—Estudio de Historia reli-
giosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los
santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del
Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura
Inglesa: Los contemporáneos, 7
pesetas.—Los Orígenes, 7 pese-
tas.—El Renacimiento, 7 pesetas.
—La Edad Clásica, 6 pesetas.—
—Los orígenes de la Francia con-
temporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol,
3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la
Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en
la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**—Historia de las Literaturas

Castellana y portuguesa, con no-
tas de M. Menéndez y Pelayo,
2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de
la Monja Mariana Alcofurado,
3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificia-
les, 3 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos,
3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusia-
nas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria,
2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Se-
dán), 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New-York,
3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—
Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3
pesetas.—Placeres viciosos, 3 pts.
- Varios autores.**—(Thebussem, Ma-
nuel del Palacio, Picón, Campoa-
mor, Pardo Bazán, Zorrilla, Pala-
cio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés,
Valbuena, etc.)—Novelas y capri-
chos, 3 pesetas.

NOVELA

- Ealzac.**—Eugenio Graudet, 3 pese-
tas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ur-
sula Mironet, 3 pesetas.—César
Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra
de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabeci-
lla, 3 pesetas.—Venganza de una
mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas,
3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas.
La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.
Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.
—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3

pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.

—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral*. Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

- Darwin.**--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. —
 Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.